ZAYLEN CADAVID



EL JARDIN DE LOS NIÑOS

EL JARDÍN DE LOS NIÑOS

Zaylen Cadavid

Edición independiente

2026-05-16

© 2026 Zaylen Cadavid. Todos los derechos reservados.

EL JARDÍN DE LOS NIÑOS

1. El Jardín de los Niños
2. Capítulo 1
    1. La cifra inútil
3. Capítulo 2
    1. La doctora dijo
4. Capítulo 3
    1. La recomendación
5. Capítulo 4
    1. El afinador
6. Capítulo 5
    1. Diez de dieciséis
7. Capítulo 6
    1. El sábado
8. Capítulo 7
    1. Asunción
9. Capítulo 8
    1. Cuarenta y siete nombres
10. Capítulo 9
    1. Dos llamadas
11. Capítulo 10
    1. Todos los Santos
12. Capítulo 11
    1. Marín
13. Capítulo 12
    1. Música Antigua
14. Capítulo 13
    1. Apartado 14087
15. Capítulo 14
    1. Trafalgar 19
16. Capítulo 15

    1. Conchas 14
17. Capítulo 16
    1. La Mallorquina
18. Capítulo 17
    1. Martes 12
19. Capítulo 18
    1. Mañana es jueves
20. Capítulo 19
    1. Jueves
21. Capítulo 20
    1. La banqueta
22. Capítulo 21
    1. Patio 22
23. Capítulo 22
    1. El BMW de Concepción
24. Capítulo 23
    1. Veintiún días
25. Capítulo 24
    1. El Afinador 2006
26. Capítulo 25
    1. Margarita Salieri
27. Capítulo 26
    1. He decidido
28. Capítulo 27
    1. Las once en punto
29. Capítulo 28
    1. El cuaderno
30. Capítulo 29
    1. Lo que mi madre decía sin decir
31. Capítulo 30
    1. El té
32. Capítulo 31
    1. El email
33. Epílogo
    1. El patio

EL JARDÍN DE LOS NIÑOS

Para las que entendieron tarde.

CAPÍTULO 1

La cifra inútil

Llevo dieciocho años calculando muertes. Esta mañana he encontrado once que no cuadran.

Once mujeres adultas. Distribuidas por España entre 1989 y 2023. Once médicos distintos firmaron los certificados. Causas también distintas. Expedientes cerrados los once. Eso debería ser el final del asunto. No lo es. La desviación estadística que las cruza no la veo yo porque sea inteligente. La veo porque mi cerebro está cableado para verla y porque nadie más en este edificio se ha molestado en mirar.

El despacho es de seis metros cuadrados. Compartido. Mi compañera de mesa se llama Almudena y tiene cuarenta y un años y dos hijos pequeños que se ponen enfermos cada semana. Almudena no ha venido hoy. La niña pequeña tiene gastroenteritis. La grande algo que el pediatra no termina de diagnosticar. Almudena me lo escribió por WhatsApp a las siete y media. Cuando llegué a las nueve y cuatro su silla seguía recogida bajo la mesa y yo agradecí los seis metros cuadrados para mí sola sin que ella tuviera que enterarse.

Lunes. Septiembre. La luz entra por la ventana del lado norte del edificio del INE y no llega del todo. Las persianas siguen como las dejó alguien en julio. Mi café está en la taza de la final del Mundial de 2010. Me la regaló mi padre. Mi padre se murió en 2015. La taza tiene un descantillado en el borde de la izquierda. Cuando bebo lo evito sin pensar.

Abro el archivo. Excel del trabajo, no del personal. El personal lo tengo en otra ubicación que no comparto con nadie. El del trabajo es la base ECD-2024-MOR, mortalidad acumulada extraordinaria, mujeres adultas treinta a cincuenta y cinco años, todo el territorio nacional, ventana 1989 a 2023. Lo tengo abierto desde junio. Lo abro y lo cierro varias veces al día. Cada vez añado una columna nueva. La de hoy me ha quitado el café del cuerpo a las nueve y media.

Hoy la columna es “tipología de domicilio”. Casa propia. Alquiler. Compartido. Casa familiar de origen. Otros.

Las once son propietarias. Las once.

Hago la lista en una hoja aparte. Once nombres, once edades, las edades todas entre treinta y seis y cincuenta y dos años. Cinco vivían

en Madrid. Dos en Bilbao. Una en Granada, otra en Oviedo, otra en Salamanca, otra en Sevilla. Once profesiones que en los setenta de mi madre no se decían y ahora se dicen casi sin notar el cambio. Once pisos propios. Once mujeres que vivían solas, o con una pareja también mujer, o con una compañera de piso.

Once expedientes cerrados con causas distintas. Once familias que ya no esperan respuesta.

Necesito una doceava para confirmar. Eso es lo que diría cualquier estadístico de doctorado preguntando por la base. Una más y descartas que esto sea casualidad. Una más y empiezas a poder ir a la dirección. La duodécima no la tengo todavía. La voy a tener. Esta semana o la siguiente. Mi cerebro lo sabe. Mi cerebro a veces sabe cosas antes de tener los papeles.

A las once bajo a la máquina de café del piso seis. Necesito moverme. Lo aprendí durante la pandemia, cuando trabajábamos en casa y yo me quedaba doce horas en la silla y a la séptima semana el lumbago me lo dijo. Ahora bajo cada noventa minutos. Bajo en el ascensor con una mujer del piso siete a la que conozco de vista. Llevamos doce años saludándonos sin saber el nombre de la otra. No me molesta. A ella tampoco.

En la cafetería está Asunción.

Asunción es la jefa de mi área. Sesenta y un años. Lleva treinta y siete en la casa. La voy a invitar a cenar el jueves que viene, pero todavía no lo he decidido. Está delante de la máquina con su taza propia, no la de cartón. Asunción no usa las tazas de cartón. Asunción odia el café flojo. Tarda noventa segundos en hacerse el café del modo en que ella lo hace, con dos cargas seguidas, una con cápsula y otra sin, para concentrarlo.

Me ve. Dice:

—Helena, te veo cansada.

—He dormido seis horas y veinte minutos. Es lo normal mío.

—Pues mira, yo siete y media. Va por ti.

Asunción hace ese gesto suyo. Levanta la taza dos centímetros como brindando. Lo hace con cualquiera con quien se cruza en la

máquina. Lo hace conmigo desde 2009 y nunca me ha pedido que reciproque, lo cual le agradezco.

Hago el café. La máquina pita. Espero los cuarenta y cuatro segundos que tarda el ristretto. Mientras espero, Asunción dice, sin mirarme, mirando la pared:

—¿En qué estás?

—En la base de mortalidad extraordinaria femenina.

—La que llevas desde junio.

—Esa.

—¿Cuántas?

—Once todavía. Espero la doceava esta semana.

—¿Y?

—Y nada todavía. A final de mes te paso un memorando en limpio si lo confirmo.

Asunción asiente con la barbilla, sin la cabeza. Es un gesto pequeño. Yo lo guardo. Asunción no me ha dicho que sí ni que no a la presentación, pero el asentimiento de barbilla es lo que ella hace cuando algo le parece serio.

Subo al despacho. Trabajo hasta la una y veinte. A la una y veinticinco voy a la cafetería del barrio, Casa Lucio del Castellana, no el Lucio famoso, otro. Tortilla de patata fría con cebolla y un café con leche. Treinta y nueve minutos exactos desde que entro hasta que pago. Vuelvo al INE. Trabajo hasta las seis y cuarto. Recojo. Mi compañero de pasillo, Ignacio, me dice "hasta mañana" cuando paso por delante de su despacho. Yo le contesto "hasta mañana, Ignacio" con la entonación que ensayé en 2017 hasta clavarla.

A las siete y cinco estoy en el portal de Aurora, Trafalgar 19. Subo a la tercera. Aurora me abre con la mochila azul Quechua de Inés ya preparada al lado de la puerta, cremallera lateral medio abierta. Aurora lleva un jersey gris de cuello vuelto que ya ha llevado tres lunes seguidos, lo cual quiere decir o que es un jersey de mucha confianza o que Aurora está pasando una racha. Inés sale del salón

con las manos manchadas de algo blanco. Yeso, pienso, pero no le pregunto.

—Bien, Helena. Bien. Bien. Está ya en el sexto estudio de Czerny. Le va a costar un poco más este que el quinto. Es normal. Tiene buena mano izquierda.

—¿Buena mano izquierda?

—Sí. Sorprendentemente buena. La mayoría de los niños la tienen tonta. Inés la tiene viva. Hay que aprovecharla.

—Vale.

—Helena, una cosa. El piano de casa, ¿cuánto hace que no lo afinas?

—Quince años. No lo toca nadie desde que mi madre murió.

—Inés está ya en piezas donde el oído se forma. No debería estudiar con un piano fuera de tono. Piénsalo y la semana que viene me dices.

—Lo pienso.

Le cierro la cremallera a Inés en el rellano mientras esperamos el ascensor. Le doy un beso en la coronilla. Aurora ya no nos ve. El ascensor llega. Bajamos.

Caminamos hacia Sagasta por Trafalgar. Inés me cuenta lo del estudio sexto. Lo del estudio sexto consiste en que tiene que hacer un escalonamiento de la mano izquierda mientras la derecha mantiene un legato que Inés llama “el largo”. El estudio sexto le aburre. Inés sabe que el aburrimiento es el precio del piano. Lo ha aceptado. Yo escucho. Mi cerebro registra: la doceava me la tiene que dar el Registro Civil de Vigo, donde estoy esperando una solicitud de certificado desde hace tres semanas. Vigo va con retraso. Vigo siempre va con retraso.

Llegamos al portal de casa. Sagasta 28, planta cuarta. El piso lleva en la familia desde el setenta y dos. Lo heredé yo de mi madre, no Mario, que es una de las cuatro o cinco razones por las que a Pilar Iturmendi le sigo tocando los ovarios desde 2009.

Hacemos pasta con tomate frito Hacendado y atún en aceite Calvo. Inés se sienta en la mesa de la cocina y va dictándome las cantidades aunque las sé. Esa es nuestra cosa de los lunes. Yo finjo que no las sé. Inés finge que me las enseña. Cuando estamos las dos solas, el piso es de doce kilos más caliente que cuando yo estoy sola sin ella. No sé explicar bien esa cifra. Pero la siento exacta.

A las nueve y media Inés ya está en pijama. A las nueve y cuarenta se lava los dientes. A las nueve y cincuenta y dos está en la cama. Lee veinte minutos. Yo le digo desde el salón "apaga". Ella me contesta "vale", pero yo sé que va a apagar dos minutos después, y el lunes que viene tres, y el lunes siguiente cuatro, hasta que un día yo tenga que entrar yo misma a quitarle el libro de las manos. Por ahora dos minutos. Por ahora tolerable.

A las diez y cuarto entro a comprobar. Está dormida. Pongo la mano abierta sobre su espalda durante doce segundos. No la beso porque los besos en la frente no me salen y a Inés le da risa. La mano abierta es nuestra cosa. Cuando me voy de la habitación, ella sigue durmiendo. Cuando vuelvo media hora más tarde a comprobar de nuevo, está girada hacia la pared. La mano que tenía hacia arriba sigue extendida en el sitio donde yo la había dejado. Como si me esperara.

Mi despacho del piso está al fondo. Doce metros cuadrados. Mesa Ikea de las de hace doce años. Un flexo de luz cálida que Mario me regaló por nuestro tercer aniversario. Mario prefería la fría. Cuando se fue se llevó las suyas. Esta se quedó.

Mi base de datos personal está en un disco duro externo Seagate de 4TB que se llama Ramona. Le puse Ramona en 2019 sin motivo. Sigue funcionando. Es la única cosa de mi vida que no me ha decepcionado en cinco años. Costó ochenta y nueve euros.

Conecto a Ramona. Abro la base. La base personal es la que importa. La del INE es la que comparto. La personal es la que llevo cruzando con archivos públicos de prensa, certificados de defunción que he ido pidiendo al Registro Civil con mi propio dinero, obituarios de tres hemerotecas, y un foro académico de demografía aplicada donde colgué en julio una hipótesis preliminar sin nombres explícitos pero con datos que para alguien con ojos eran identificables.

Las leo una por una. Asunción Berasategui, Madrid 1989. Lourdes Cebrián, Madrid 1992. Mar Andueza, Bilbao 1996. Begoña Sanromán, Madrid 2001. Pilar Acebal, Salamanca 2005. Charo Lavín, Granada 2008. Eulalia Bermúdez, Oviedo 2011. Ana Crespo, Valencia 2014. Mónica Tort, Madrid 2016. Lola Cinca, Zaragoza 2019. Carmen Vidal, Sevilla 2023.

Once. Once en treinta y cuatro años. No es una cifra alta. No es una cifra alta hasta que aplico los filtros: mujeres entre treinta y seis y cincuenta y dos, propietarias del domicilio, viviendo solas, profesión universitaria activa, mantenimiento documentado de un instrumento de música clásica en el piso. El último filtro lo añadí el viernes pasado y por eso sé que esto no es coincidencia. El último filtro tendría que sobrar. El último filtro es el que la cabeza no busca a no ser que ya esté tirando del hilo. Y el último filtro me lo dan diez de las once. La que no, no porque no tuviera piano. Porque su hermana lo regaló al funeral y no me consta el dato.

Diez de once con piano. En España, en treinta y cuatro años, la probabilidad de que once muertes accidentales en mujeres de mi grupo seleccionado tengan diez pianos en casa por azar es algo así como uno entre tres millones. No lo he calculado exacto. Lo voy a calcular antes del jueves para el memorando de Asunción.

Saco la libreta azul de espiral del cajón derecho. Es mi libreta del trabajo personal. La compré en 2019 en una papelería de la calle Trafalgar que ya no existe. En la primera página tiene una fecha: 14 de marzo de 2019. Es el día en que empecé. La pregunta de marzo de 2019 era otra. Mortalidad por intoxicación accidental en hombres mayores de sesenta y cinco. Trabajo del INE. Esa libreta llevó la mortalidad masculina dos años. Luego, en 2021, cuando enterré a mi madre y empecé a no dormir, la libreta se volvió otra cosa. Pasé a la página 47. Empecé otro tema. El de ahora.

Anoto la fecha de hoy. Anoto debajo: *Once confirmadas. Diez con piano. Una sin dato confirmado, piano probable. Espera Vigo. Doceava posible esta semana o la próxima.*

Hago una cosa más antes de cerrar. Abro el correo. Le mando uno a Mª Luisa Etxeberria. Mª Luisa es amiga mía desde la universidad. Trabaja en El Confidencial. Le mandé en julio una primera versión

de la hipótesis sin los pianos. No me contestó. Esta vez le mando dos líneas:

> *Mª Luisa, lo del verano. Tengo casi el doceavo dato. Llámame cuando puedas.*

Cierro el correo. Cierro Ramona. La desconecto. La guardo en el cajón con llave que tiene mi mesa, que abro con una llave que llevo siempre en el bolsillo del pantalón izquierdo y que no he perdido en cinco años.

Apago la lámpara del despacho. Subo la persiana. Madrid a la una y cuarto de septiembre tiene una luz amarilla baja que viene de la farola del portal, y otra blanca que viene del rótulo de la farmacia de guardia de la esquina de Sagasta con Manuela Malasaña. Las dos luces se cruzan en la fachada de enfrente. Cambian de patrón cada noche. Llevo cinco años aquí y todavía no me las aprendo.

Hay once mujeres muertas y nadie las ha contado juntas. Yo no debería contarlas juntas. No tengo encargo. No tengo equipo, ni cobertura institucional, ni interlocutor en la dirección general, ni siquiera espalda profesional para defenderlo si alguien me preguntara. La persona que tenía que hacer este trabajo no existe.

Voy a apagar la luz del cuarto de Inés que se quedó encendida desde la cena. La cocina huele todavía a tomate frito. Inés ha dejado el caramelo del bolsillo del chubasquero rojo sobre la encimera, sin envoltorio, pegándose un poco a la madera. Lo voy a recoger por la mañana. Eso es lo que decido a la una y veintidós: que el caramelo lo recoja por la mañana.

Mañana llamo al Registro Civil de Vigo. Cuento las once otra vez. Y la doceava llega, antes o después. La doceava ya está. Lo único que falta es que llegue el papel.

Me voy a la cama.

CAPÍTULO 2

La doctora dijo

Sábado por la mañana. Inés quiere hacer pan. Lleva pidiéndomelo desde el miércoles. He sacado el bol grande de Pyrex de mi madre, la balanza Soehnle digital del cajón de los trastos, y la harina Harimsa de fuerza que compramos hace dos sábados en el Carrefour de Cuatro Caminos. Inés está de pie en una silla del comedor traída hasta la encimera. Lleva el delantal Tuc Tuc azul con luna llena y una mancha de aceite que no le sale desde febrero.

—Mamá, ¿tú eres diferente?

Sigue mirando la harina sin levantar la vista, aunque la balanza ya le ha enseñado la cifra de los 500g.

—¿Diferente de qué?

—Maite, la del cole, le ha dicho a Sara que su madre le dijo a su padre que tú eres diferente. ¿Eso qué quiere decir?

Echo el agua templada en el bol. Treinta y siete grados centígrados de los del grifo, no del microondas. Mezclo con la varilla. Treinta segundos.

—Sí. Soy diferente.

—¿Cómo de diferente?

—Mi cerebro funciona un poco distinto al de la madre de Maite. Eso es lo que quiere decir.

—¿Distinto cómo?

—Se me cansa de las fiestas grandes. Necesito saber a qué hora pasa cada cosa. Cuando alguien dice una cosa entre líneas a veces no la pillo. Pero también se me dan bien otras cosas. Como las cifras. Y como saber lo que de verdad te importa cuando me lo cuentas.

Inés piensa. Cuento veinticinco segundos.

—Yo creo que yo también pillo lento las cosas entre líneas.

—Tú procesas las cosas como un cohete. A veces te falta tiempo para entender lo que estás procesando. Pero eso es por edad, no por cerebro.

—Vale.

—¿Te ha explicado Maite por qué la madre de Maite ha dicho diferente?

—Eh. Pues que la madre de Maite vino a buscar a Maite el viernes y tú estabas hablando con la profesora y no le diste dos besos a la madre de Maite. Y no la saludaste.

—Yo no sabía que era la madre de Maite.

—Ya.

—Si lo hubiera sabido le habría dado los dos besos.

—Bueno. Eso es lo que tú dices, mamá.

Mi hija tiene ocho años. La respuesta es más adulta que la edad. La guardo. Mezclo la levadura Saf-Instant con el agua. La mezcla burbujea. Echo la harina poco a poco, los 500 gramos completos, mientras Inés mira la balanza por mí y me canta los números. Se distrae con los números antes de llegar al final. Termino yo.

A los treinta y seis años fui a la consulta de la doctora Vallejo porque llevaba seis meses sin dormir bien. Las noches empezaron a aplanarse en abril, primero dos horas, luego tres y media, luego cuatro y diez que ya no era dormir. Mario me propuso un viaje sorpresa a Lisboa por mi cumpleaños de junio. Me lo dijo como una buena noticia. Yo le contesté que cuándo había decidido todo eso y por qué no me había preguntado. Mario me dijo que era una sorpresa, que la sorpresa era el punto. Yo le dije que para mí no era una sorpresa, que era una invasión. Lloré dos horas. No fuimos a Lisboa. Esa noche llamé a la consulta de la doctora Vallejo.

Marina Vallejo, despacho propio en la calle Goya 47, recomendada por una compañera del INE que ya no trabaja conmigo. Cuatrocientos euros la sesión. Cuatro sesiones de evaluación. Una sesión de devolución de informe. La doctora preguntó. Yo respondí. La doctora preguntó cosas concretas sobre mi infancia, mi adolescencia, mi matrimonio, mi maternidad, cómo cojo el teléfono cuando suena, cómo me siento cuando entra alguien sin avisar.

En la sesión de devolución la doctora Vallejo dijo: trastorno del espectro autista, nivel uno, sin déficit cognitivo, sin déficit

comunicativo verbal, perfil compatible con presentación femenina tardía.

Yo dije: vale.

La doctora dijo: Helena, ¿qué piensas?

Yo dije: que ya tengo la palabra.

La doctora dijo: ¿Cómo te sientes?

Yo dije: como si me hubieran dado un manual que llevaba treinta y seis años intentando escribir de cabeza sin tenerlo delante.

La doctora dijo: ¿Y eso es bueno?

Yo no dije nada durante los doce minutos siguientes. La doctora esperó. Mi reloj de pulsera dio las seis y dieciocho de la tarde. Salí a la calle Goya. Caminé veintidós minutos. Bajé al metro de la línea dos en Manuel Becerra. La luz de junio del Madrid de las siete de la tarde estaba ahí. Yo la registré. Esa luz no la había mirado bien en treinta y seis años.

Llegué a casa a las ocho y catorce. Mario estaba cocinando macarrones. Le conté el diagnóstico en la encimera mientras él escurría la pasta. Mario asintió. Mario dijo "vale, tranquila, lo vamos a manejar". Sirvió los macarrones. Comimos.

Mario aguantó tres meses.

Tres meses en los que yo dejé de fingir cosas. Dejé de fingir que disfrutaba las cenas de empresa con sus compañeros de Telefónica. Dejé de fingir que no me molestaba el ruido del fútbol los domingos. Dejé de fingir que la luz fría del salón me valía. Dejé de fingir que su madre me caía bien. Compré una lámpara amarilla y la puse en mi lado del sofá.

Mario me dijo una noche, en la cocina, mientras comía macarrones recalentados que él mismo había recalentado mal: Helena, yo ya no sé cómo estar contigo.

Yo le dije: Llevas doce años estando conmigo.

Mario me dijo: Llevo doce años estando contigo cuando yo no sabía que tenías esto. Ahora lo sé. Y no sé estar contigo.

Yo le dije: Eso significa que aguantabas porque no sabías lo que estabas aguantando.

Mario no contestó. Soltó el tenedor en el plato. Me dijo: Helena, no me la líes con frases así.

Yo le dije: ¿Cuál es la frase que te he liado?

Mario no me la repitió. No repetía nunca. Yo lo aceptaba.

—Mamá, está burbujeando.

Inés mira el bol del pan. La masa está empezando a hincharse. Levanto el trapo y miro. Lleva una hora. Treinta minutos más y la trabajamos.

—Bien.

—Mamá, ¿papá se fue porque eres diferente?

Mi hija tiene ocho años. Su pregunta no pide la respuesta adulta. Pide otra cosa.

—Papá se fue porque cuando supimos que yo era diferente, papá no supo qué hacer con eso. Pero quererte te quería igual. Papá te quiere igual. Eso no cambió.

—Vale.

Inés vuelve a la encimera. Empieza a darle vueltas a la balanza con un dedo. La balanza marca 0.2 g, luego 0.0 g, luego 0.1 g. Inés se ríe con las cifras pequeñas. Yo la dejo. Pongo el horno a precalentar a 220 grados con la piedra dentro. La piedra es mía desde antes de Mario, desde la cocina de mi madre. Tiene veintinueve años en mi vida. Pesa un kilo y medio. La he usado para hacer pan, focaccia, pizza y galletas de jengibre que ya no hago desde que nos quedamos solas.

Hago el resto del proceso. Treinta minutos. La masa hincha. La amaso. La parto en dos bollos. Reposo de cuarenta minutos. Horno de treinta. Inés se pone a hacer un dibujo en la mesa del comedor mientras esperamos. Yo me siento en el sofá del salón con la libreta azul abierta.

Anoto: *Esto que estoy haciendo ahora son las cosas que voy a echar de menos. No sé por qué lo sé.*

Lo tacho. No lo borro, lo tacho. Esa frase no es de hoy. No sé de dónde es. No me hace falta saberlo.

Anoto debajo: *Doceava aún sin confirmar. Vigo sigue sin contestar.*

Comemos pan caliente con aceite y sal. Inés come tres rebanadas. Es la primera vez que hace pan. A las cuatro y media Mario la llama por FaceTime. Inés habla con Mario veintitrés minutos. Yo paso por delante de la cámara para saludar. Mario me saluda con dos dedos. Idoia pasa al fondo. Mario se gira y le pide que les deje un rato a Inés y a él. Idoia se va. Inés sigue contándole lo del pan.

A las cinco y media Inés practica el sexto estudio de Czerny en el piano del salón. Toca cuarenta minutos. Yo escucho desde el despacho del piso. La nota *la* de calentar dedos suena fuera de tono. Aurora tiene razón. El piano necesita afinación. Lo anoto en el calendario del móvil para llamar a alguien el lunes.

A las nueve cenamos sopa de fideos Gallo y queso fresco. A las nueve y treinta y cinco Inés está en pijama. A las nueve y cincuenta está en la cama. Lee diecisiete minutos. Apaga sin que yo se lo diga. Le pongo la mano abierta en la espalda durante doce segundos. Se gira ya antes de que termine la cuenta. No se había girado antes de los doce en cuatro meses. La cuenta sigue corriendo en mi cabeza dos segundos extra pero la mano la levanto al noveno porque ella ya está dada la vuelta.

Bajo al despacho del piso. Conecto Ramona. Abro la base personal.

Hago una búsqueda que no se me había ocurrido antes. La subtabla MEX-2024-RUR, mortalidad en mujeres adultas en zonas rurales o semirurales con población inferior a quince mil habitantes. La he ignorado seis meses porque mis once estaban todas en capitales. La abro a las once menos cuarto.

A las once y dos encuentro a Yolanda Estévez. Pontevedra, en realidad municipio de Marín, segunda residencia familiar en una aldea de Cangas. Cuarenta y dos años. Arquitecta de paisaje en su propio estudio en Vigo. Diciembre de 2021. Muerte por hipotermia “accidental” en la cocina de la casa de Cangas, encontrada por un vecino que pasó a cortar el agua para el invierno. Sin signos de

violencia. Caso cerrado en cuatro semanas. La autopsia mencionó alcohol pero no en cantidad incapacitante. La calefacción de la casa estaba apagada con válvula cerrada manualmente, lo cual el atestado describió como compatible con accidente doméstico de mujer recién llegada a la casa que no entendió bien el sistema antiguo.

Yolanda Estévez tenía un piano. Un Bechstein vertical de los años treinta heredado de su abuela. Afinado dos veces al año según un perfil póstumo que su hermana dio a una revista de arquitectura en 2022.

Doce. Tengo doce.

La probabilidad de coincidencia se cae a uno entre veinte millones aproximadamente, sin calcular fino. Lo voy a calcular bien el lunes.

Cierro Ramona. La guardo. Apago. Subo la persiana. La luz amarilla de la farola del portal sigue donde estaba el lunes. La luz blanca de la farmacia ya no está porque la farmacia de guardia cambia los sábados.

Le mando un WhatsApp a Asunción. Una sola línea: *Tengo la doceava. Confirmada. Marín-Pontevedra 2021. Hablamos el lunes.*

Asunción no contesta. Asunción no usa el WhatsApp después de las diez. Lo va a leer mañana por la mañana. Va a contestar con un emoji de un dedo levantado. Es lo que hace.

Es la una y once de la madrugada.

Mañana es domingo. El domingo no se trabaja.

Pero el lunes sí.

CAPÍTULO 3

La recomendación

Lunes a las nueve y siete. Mi despacho ya tiene a Almudena dentro. Ha vuelto. La pequeña se ha curado de la gastroenteritis. La grande sigue con algo que el pediatra no termina de diagnosticar pero que ya no la deja en la cama. Almudena lo cuenta como excusa anticipada por si tiene que irse antes de tiempo de cualquier día de la semana. Yo le digo que vale, sin mirar.

Asunción ha contestado a mi WhatsApp del sábado. Lo veo cuando enchufo el portátil. El emoji del dedo índice levantado, el de OK. Debajo un mensaje del domingo a las dos y catorce: *Lo hablamos mañana en mi despacho, no en pasillos.*

Lo cuelgo en el cajón de Asunción. Asunción es de las que escriben cosas concretas. *No en pasillos* significa que esta conversación importa.

Trabajo dos horas. A las once Asunción se asoma a la puerta de mi despacho.

—Helena, cuando puedas.

—Voy.

Cojo la libreta azul y subo a su despacho en el piso once. Asunción cierra la puerta. Tiene el ordenador apagado. Es la primera vez en seis años que veo el ordenador de Asunción apagado a las once de la mañana.

—Cuéntamela.

Le cuento a Yolanda Estévez. Marín. Diciembre 2021. Cuarenta y dos años. Arquitecta de paisaje. Calefacción manual cerrada. Caso cerrado en cuatro semanas. Bechstein vertical de los años treinta afinado dos veces al año hasta el último año de su vida.

Asunción me escucha sin interrumpir. Cuando termino, dice:

—Es la doceava.

—Sí.

—¿Has calculado la probabilidad?

—Uno entre veinte millones aproximadamente. Voy a calcular el número fino esta semana.

—No lo calcules todavía.

—¿Por qué?

—Porque si la cifra es real, vas a querer hacer algo con ella. Y todavía no estás lista para hacer algo con ella.

Asunción se queda mirando la mesa. Pasan once segundos. Los cuento.

—Helena, lo que tú estás viendo es lo que es. Llevo cuarenta años en el INE y no había visto algo así. Lo digo en serio. No te estoy haciendo terapia. Pero te vas a meter en una cosa muy grande. Necesitas pensar antes en qué quieres exactamente. Si quieres publicarlo, si quieres ir a la policía, si quieres que aparezca en la prensa, si quieres pasárselo a un investigador serio. Cada cosa tiene un coste. Tú no eres una persona pública. Tú tienes una niña.

—Vale.

—Esta semana piénsalo. La que viene hablamos. Y entre tanto, no le hables de esto a nadie más.

—Ya se lo mandé en julio a Mª Luisa Etxeberria.

Asunción se queda quieta.

—¿Helena?

—Por correo. Una versión preliminar de la hipótesis, sin los pianos. Y otra el lunes pasado avisándole de que tenía casi la doceava. No me ha contestado a ninguno de los dos.

—Bien que no te haya contestado. Llámala.

—¿Para qué?

—Dile que se olvide. Que estabas equivocada. Que no era nada.

—Asunción.

—Helena, escúchame. Mª Luisa Etxeberria es periodista. Es buena. Pero si lo que tú tienes es lo que tú crees que tienes, no puede salir por la columna de opinión de un dominical. Ni siquiera por una

pieza de fondo. Sale como una bomba o no sale. Y todavía no sabemos quién la tira.

—Vale.

—Llámala. Hoy. Y no le mandes nada más por correo.

Asunción me hace un gesto pequeño con la mano que significa puedes irte. Me voy.

Vuelvo a mi mesa. Almudena está al teléfono con el pediatra. Pongo los auriculares para no escucharla y marco el de Mª Luisa Etxeberria desde el fijo. Salta el contestador a la quinta. Dejo mensaje.

—Mª Luisa, soy Helena. Por favor, llámame cuando puedas. Es urgente pero no es grave. Olvida lo que te mandé, ¿vale? Llámame y te explico. Gracias.

Cuelgo. Es lo más cerca que voy a estar nunca de retirar el correo de julio. Lo sé. Mi cerebro lo guarda en el cajón equivocado por tercera vez en una semana.

Trabajo el resto del lunes con la sub-tabla rural abierta. Encuentro tres muertes más que casi encajan pero no lo suficiente para añadir al archivo confirmado. Las anoto aparte en la libreta azul, en una página que se llama *posibles*. Margarita Salas en Cuenca 2007. Felisa Aymerich en Cáceres 2013. Una tercera de la que ni siquiera tengo el nombre completo, solo iniciales y un pueblo de Soria. Las dejo para más adelante.

A las cinco y catorce de la tarde recibo un WhatsApp de Aurora.

Helena, ¿puedes venir media hora antes hoy? Te quiero comentar algo de Inés.

Le contesto:

Vale. A las seis y media.

Aurora me pone un pulgar.

A las seis y veintisiete estoy en el portal de Trafalgar 19. Subo a la tercera. Aurora me abre. Inés está practicando el sexto estudio de Czerny en el piano del salón. Me asomo desde el pasillo. Inés me ve,

me sonríe con los dientes apretados de concentración, y sigue tocando.

—Está bien la concentración —dice Aurora—. La estoy entrenando a no parar cuando entran personas. Va aprendiendo.

—Bien.

—Ven a la cocina. Le quedan diez minutos.

La cocina de Aurora es de seis metros cuadrados como la mía, pero todo es viejo. Encimera de fórmica amarilla de los años setenta. Frigorífico Edesa de mediados de los ochenta. La cafetera es una italiana de seis tazas Bialetti. Aurora la pone al fuego, saca dos tazas pequeñas blancas con un dibujo de un piano en el lateral. Las puso ahí su madre, dice. Aurora heredó el piso, la cocina, la profesión y las tazas.

—Helena, lo de Inés. He estado pensando.

—Vale.

—La mano izquierda. Lo que te dije el otro día, que era buena. Es mejor de lo que te dije.

—¿En cuánto?

—Inés está sacando el estudio sexto en tres semanas. Yo a mis alumnos les pongo seis semanas. En algunos casos ocho. Inés es de las que en un año puede empezar a hacer pequeñas piezas de Bach a dos manos. Puede ser una buena pianista si quiere.

—Vale.

—No te lo digo para que te ilusiones. Te lo digo porque a partir de ahora va a necesitar más.

—¿Más qué?

—Más horas de clase. Más práctica en casa. Y un piano que no esté fuera de tono. Helena, ¿lo de la afinación?

—No. Todavía no he llamado a nadie.

—Helena.

—Lo iba a hacer mañana.

—Llama hoy. Y si te dice que el martes que viene tiene hueco, te lo llevas a casa el martes que viene. Lo que tienes en casa, ¿qué piano es?

—Un Kemble vertical de los noventa. Lo compró mi madre en 1991.

—Buen piano. Suficiente para Inés tres o cuatro años más. Pero si lleva quince años sin afinar, lo que está haciendo Inés en casa es aprender a oír mal. Cada semana que pasa es una semana que le entra el mal oído. Yo no puedo desaprenderlo después.

—Vale.

—Un instrumento es como una persona, Helena. Si no le haces caso un tiempo largo, te lo devuelve.

—Vale.

—Yo trabajo con Pablo Méndez. Llevo veinte años con él. Es el mejor de Madrid. Te paso su contacto.

Aurora coge su móvil, me lo enseña con la pantalla. Es una ficha de contactos con el nombre *Pablo Méndez Afinador* y un teléfono fijo del 91 422 67 18. Me lo envía por WhatsApp.

—Es un poco más caro que otros. Noventa euros la afinación, ciento veinte si tiene que volver al mes para retoque. Pero la afinación dura. Y es de los que vienen a casa sin enredo. No tienes que estar todo el rato pendiente. Entra, hace, se va. Le abres y le cierras la puerta.

—Vale.

—Helena, llámalo hoy.

—Lo llamo cuando llegue a casa.

—Bien.

La cafetera silba. Aurora sirve dos cafés. Inés deja de tocar en el salón. Termina con un acorde de re mayor que yo conozco porque es siempre el acorde con el que Inés termina sus tandas de práctica. Aurora me sonríe.

—Tu hija es una niña muy específica, Helena.

—Lo sé.

—Por eso te lo digo. Las niñas específicas no pueden estudiar con pianos cualquiera. Las niñas específicas se merecen lo que es.

—Vale.

Inés entra a la cocina con la partitura en la mano y la cara levemente roja por la concentración. Aurora le pone una galleta María Fontaneda en un plato pequeño y un vaso pequeño de agua. Es el ritual del final de clase.

Caminamos hacia Sagasta por Trafalgar. Inés me cuenta lo del estudio sexto. Según Inés, hoy, Aurora le ha dicho que ya casi lo tiene. Inés dice "casi lo tiene" como si fuera ella la persona que va a tener algo, no la pieza. Guardo el matiz.

Hacemos albóndigas con tomate Hacendado y arroz blanco. Inés cena en treinta y cuatro minutos, lo cual es mucho para ella. Está cansada. A las nueve y veinte está en pijama. A las nueve y cuarenta y cinco está en la cama. Lee diez minutos. Apaga sin que se lo diga.

Le pongo la mano abierta en la espalda. Cuento. Se gira al ocho. Es la segunda vez seguida que se gira por debajo de los doce. Antes de los cuatro meses se giraba siempre exactamente al doce, a veces al trece. Cifra que mi cerebro guarda y archivo en *cambios pequeños de Inés*.

Bajo al despacho del piso. Saco la libreta azul. Anoto:

Aurora dice que Inés es buena. Más de lo que pensaba. Necesita piano afinado.

Saco el móvil. Marco el número que Aurora me envió. Es un fijo de la zona centro de Madrid.

Contesta al cuarto tono. Voz masculina, mayor, calmada, ni grave ni aguda. Cincuenta y tantos.

—¿Diga?

—¿Pablo Méndez?

—Soy yo.

—Llamo de parte de Aurora Liaño. Para una afinación.

—Encantado. ¿En Madrid?

—Sí. Chamberí.

—¿Marca del piano?

—Kemble vertical. Años noventa. Comprado en el 91.

—¿Cuánto sin afinar?

—Quince años.

—Vale. Va a necesitar dos sesiones probablemente. Una de afinación profunda y otra a las tres semanas de retoque, según cómo aguante la madera. Si la primera me deja la afinación firme, no hace falta la segunda. Pero contemos con dos.

—De acuerdo. ¿Cuándo podría?

—El martes que viene a las once me iría bien. Si no, el jueves a las once.

—El martes.

—Apunte el nombre.

—Helena Aragüés.

—Apuntado. Y la dirección.

—Sagasta 28, cuarto izquierda.

—Sagasta 28, cuarto izquierda. ¿Hay ascensor?

—Sí. Cabe el maletín de afinador.

—Bien. ¿Algo que deba saber del piano antes de subir? ¿Ha tenido humedades, golpes, traslados?

—Que yo sepa no. Está en el salón, junto a una pared interior. No le ha entrado el sol nunca.

—Mejor. Hasta el martes que viene, Helena.

—Hasta el martes.

Cuelga él primero. Mi reloj marca las diez y diecinueve.

Vuelvo a la libreta. Anoto:

Pablo Méndez. Martes 1 de octubre. 11h. Afinación. 90€ profunda + 120€ retoque opcional a tres semanas.

Cierro la libreta. La guardo en el cajón izquierdo del escritorio.

Mañana hablo con Mª Luisa Etxeberria si me coge el teléfono. Mañana llamo a Vigo Registro Civil otra vez. Mañana sigo con la subtabla rural y con las tres posibles que he añadido a la página de *posibles*.

Hoy ya está hecho lo que había que hacer hoy.

Apago la lámpara.

CAPÍTULO 4

El afinador

El timbre del portal suena a las once en punto.

Voy al telefonillo del recibidor. Es de los antiguos, de los de auricular separado del altavoz. Lo descuelgo.

—¿Pablo?

—Soy yo. Pablo Méndez.

—Cuarta izquierda.

Pulso el botón de abrir. El ruido del portal cerrándose abajo se oye al rato. El ascensor sube tres minutos y dieciocho segundos después. Lo sé porque empiezo a contar cuando descuelgo y dejo de contar cuando llama al timbre del piso. Tres y dieciocho. El ascensor de Sagasta 28 nunca baja de los tres minutos. Subir o bajar.

Abro la puerta.

Pablo Méndez mide un metro setenta y ocho aproximadamente. Pelo blanco peinado hacia atrás con fijador, no abundante pero suficiente. Camisa azul de algodón sin marca visible, abrochada hasta el último botón pero sin corbata. Pantalón de pinza gris. Zapatos negros limpios. Lleva una mochila de lona gris en la mano izquierda y un maletín pequeño de cuero marrón en la derecha. El maletín es viejo. Las correas están tirantes pero no rotas.

—Encantado, Helena.

—Hola. Pase.

Entra. Se limpia los zapatos en el felpudo el tiempo justo, dos veces cada pie. Deja el maletín en el suelo del recibidor mientras se cuelga la mochila al hombro. Vuelve a coger el maletín. Todo el proceso le lleva cuatro segundos.

—¿Por dónde?

—El piano está en el salón. Pase por aquí.

Caminamos por el pasillo. Le señalo el salón a la izquierda. El piano está en la pared del fondo, contra el muro interior. La pared exterior tiene la ventana al patio interior del edificio. Hay una butaca

al lado del piano. Un sofá al otro lado, debajo de la lámpara amarilla que Mario no se llevó.

Pablo deja el maletín al lado de la banqueta. Se acerca al piano. Pasa la mano por la tapa cerrada con la palma abierta. La tapa es de roble lacado oscuro, con un pequeño cerco más claro donde mi madre apoyaba la taza de café los domingos por la mañana. Pablo no comenta el cerco.

—Kemble Cambridge —dice—. Buen piano. Madera buena. Lo voy a abrir.

—Vale. ¿Necesita algo?

—Un vaso de agua si me hace el favor. Y silencio, si está trabajando ahí al lado. Pero un silencio normal, no estricto. Yo voy a hacer ruido.

—Vale. Estoy en el comedor. La puerta corredera del salón al comedor la dejo entornada por si necesita avisarme.

—Perfecto.

Voy a la cocina. Le sirvo un vaso de agua del grifo en uno de los vasos finos largos que reservo para las visitas, no en los gruesos de diario. Vuelvo al salón. Pablo ha abierto la tapa del piano y ha sacado las llaves del maletín. Son llaves Schaff alemanas. Lo sé porque en Wikipedia leí hace dos meses, cuando Aurora me dijo por primera vez lo de afinar, que las marcas profesionales eran tres y Schaff era la más reconocible por la forma del mango. Pablo tiene cuatro llaves de tamaños distintos colocadas sobre un paño de fieltro gris encima del piano.

Le dejo el agua sobre el paño. Pablo asiente. Se sienta en la banqueta.

Vuelvo al comedor. Cierro la puerta corredera hasta dejar una rendija de ocho centímetros.

A las once y dieciséis Pablo toca la primera nota. Es la *la*. La 440. La oigo desde el comedor como un sonido sostenido y limpio. La toca, escucha tres segundos, vuelve a tocarla, escucha cinco, vuelve a tocarla. Empieza a girar la llave en la clavija. La toca otra vez. Sigue. Es un proceso lento. Yo conozco la cadencia básica de la afinación

porque mi madre, cuando todavía tocaba, traía a un afinador cada año. El afinador de mi madre se llamaba Hilario. Murió en 2008. Hilario tardaba tres horas. Pablo va más rápido.

Abro el portátil. La sub-tabla rural sigue en el sitio donde la dejé el lunes. Margarita Salas, Cuenca 2007. Felisa Aymerich, Cáceres 2013. La tercera, iniciales A.M., un pueblo de Soria del que no tengo el nombre. Empiezo a tirar del hilo de A.M.

A las once y treinta y dos Mª Luisa Etxeberria no me ha llamado. Llevo desde ayer mirando el móvil cada cuarenta minutos por si. No me ha llamado. Tampoco me ha contestado al WhatsApp que le mandé esta mañana a las nueve. Cada día sin respuesta pesa más que el anterior.

A las once y cuarenta y cinco Pablo lleva sin parar tres cuartos de hora. Toca, ajusta, toca, ajusta. La cadencia es deliberada. Las pausas entre nota y nota son más largas de lo que serían las de un afinador con prisa, más cortas que las de un afinador inseguro. Hilario hacía las pausas largas porque el oído se le cansaba a los sesenta. Pablo no para por cansancio. Para porque su forma de trabajar es así.

A las doce y diez Pablo toca un acorde completo de do mayor. Es la primera prueba real de afinación cruzada. Suena bien. Lo toca tres veces, ajusta una nota, lo vuelve a tocar. Después prueba con un acorde de re mayor. Suena bien también.

A las doce y veintiuno encuentro a A.M. Se llama Asunción Mateos. Pueblo de Almazán, provincia de Soria. Muerte en febrero de 2018. Cuarenta y siete años. Bióloga jubilada, trabajaba en la Estación Biológica de Doñana antes de jubilarse anticipadamente por motivos de salud. Vivía sola en una casa heredada de sus padres. Murió de hipoxia por monóxido de carbono. La caldera de gas tenía un defecto de tiraje. Caso cerrado en tres semanas. La autopsia mencionó que la caldera había sido revisada por última vez en 2015.

Asunción Mateos tenía piano. Lo sé por un boletín de la sociedad de antiguos alumnos de la facultad de Biología de Sevilla, donde Asunción había sido alumna en los ochenta. El boletín hizo un perfil póstumo. *Asunción tocaba el piano en su casa de Almazán cada tarde, una hora justa antes de salir a caminar.*

Tengo trece.

Lo anoto en la libreta azul. *Trece. A. Mateos. Almazán-Soria. Febrero 2018. Caldera. Piano confirmado vía boletín alumnos.*

A las doce y veintinueve Pablo deja de tocar. Oigo cómo guarda las llaves en el maletín. Oigo la cremallera. Después la cremallera del bolsillo lateral. Después un click metálico que es el cierre del maletín.

A las doce y media en punto Pablo aparece en la puerta corredera.

—Helena, ya está.

Cierro el portátil. Me levanto. Voy al salón.

El piano está cerrado. El maletín está en el suelo al lado de la banqueta. El paño gris ya está guardado. El vaso de agua está vacío sobre la repisa del piano, sobre un posavasos de corcho que Pablo ha sacado de no sé dónde. Probablemente lo trae él. Pablo no quiere dejar marca en el barniz del piano. Eso es de profesional.

—¿Cómo ha quedado?

—Bien. Mejor de lo que esperaba. La madera está cuidada. La tabla armónica no tiene fisuras. Los macillos están un poco endurecidos pero todavía aguantan. He hecho una afinación firme. Probablemente aguante ocho, diez meses. Yo le había dicho lo del retoque a las tres semanas porque suelen necesitarlo cuando llevan quince años parados, pero éste no. Si le notan algo raro, me llaman, vengo y se lo retoco gratis dentro del primer mes. Si no, no hace falta segunda visita hasta verano.

—Vale.

—Le toco un par de acordes y un par de escalas para que oiga el sonido, si le parece.

—Sí.

Pablo se sienta en la banqueta. Abre la tapa. Toca un acorde de do mayor. Luego uno de fa mayor. Luego uno de sol. Después una escala cromática completa subiendo y bajando. Después una escala de do mayor a dos manos. La escala dura quince segundos. Pablo no toca más de lo necesario. Se levanta. Cierra la tapa.

—¿Tiene niños? —dice.

—Sí. Una. De ocho.

—¿Toca?

—Empezó en septiembre.

—Bien que lo haya afinado entonces. Es importante a esa edad.

Saca un papel de la mochila. Es una factura prerrellenada con su nombre, NIF, dirección, y el importe en blanco. Saca un bolígrafo del bolsillo. Rellena el importe: noventa euros. Me la entrega.

—¿Efectivo o transferencia?

—Efectivo, lo tengo aquí.

Voy al despacho del piso. Saco los noventa euros del cajón con llave. Vuelvo al salón. Se los entrego: tres billetes de veinte y tres de diez. Pablo los cuenta sin mirarme, doblándolos en cuartos, y se los guarda en el bolsillo interior izquierdo de la camisa. Me firma la factura como pagada. La fecha es 1 de octubre de 2024.

—Era una buena pieza —dice Pablo—. Ha aguantado bien los quince años.

—Mi madre lo cuidaba.

—Se nota.

Coge el maletín. Coge la mochila. Va hacia la entrada.

En ese momento se oye la llave de Inés en la cerradura. Inés viene del colegio para comer. Son las doce y treinta y siete y mi hija llega cuatro minutos después de la hora a la que la conserje del colegio la libera. Está aprendiendo a venir sola los cien metros entre el portal del colegio y nuestro portal. Lleva tres semanas haciéndolo.

Abre la puerta. Entra. Lleva el chubasquero rojo Cóndor abierto encima del jersey verde del cole. La mochila azul Quechua a la espalda. Ve a Pablo en el pasillo. Se queda quieta.

—Hola —dice Inés.

—Hola —dice Pablo—. ¿Tú eres Inés?

—Sí.

—Tu profesora Aurora me ha dicho que tocas el piano. Acabo de afinártelo. Estaba un poco fuera de tono.

—Ya. Mamá tardaba en llamar.

Pablo se sonríe con la boca cerrada. No emite sonido.

—¿Qué estás trabajando?

—El estudio sexto del Czerny.

—Ah. Ese. No te rindas con los Czerny aunque sean aburridos. Después se hacen interesantes.

—Vale.

—Hasta luego, Inés.

—Hasta luego.

Pablo se gira hacia mí.

—Hasta luego, Helena. Si necesita algo, ya tiene el número.

—Hasta luego. Gracias.

Pablo sale. Cierro la puerta. Echo la llave porque siempre la echo cuando cierro detrás de una visita, hábito de mi madre que yo nunca he revisado.

Inés deja la mochila Quechua sobre la silla del recibidor.

—Mamá, ese señor es viejo.

—Tiene cincuenta y tantos. No es viejo.

—Es más viejo que papá.

—Sí.

—Vale.

Va al salón. Yo voy al despacho del piso a sacar la libreta azul.

Mientras anoto, oigo a Inés en el salón. Ha levantado la tapa del piano y está tocando una nota con un dedo. Es la *la* central, la 440. La toca una vez. La escucha. La vuelve a tocar. La escucha.

Anoto en la libreta: *Afinador piano. Pablo Méndez. 90€. Afinación firme. Aguanta 8-10 meses. Factura pagada en efectivo.*

Cierro la libreta. Vuelvo al salón.

Inés sigue tocando la nota *la*. Una. Dos. Tres. Cuatro.

—Inés, ¿qué haces?

—Compruebo si está bien afinado.

—Lo tiene que estar. Lo acaban de afinar.

Inés vuelve a tocar la nota.

—Pero por si acaso.

CAPÍTULO 5

Diez de dieciséis

Almudena no ha llegado. Le ha vuelto a subir la fiebre a la grande durante la noche. WhatsApp suyo a las siete con un emoji de termómetro: *llego tarde si llego*. Le he contestado vale.

A las nueve y catorce enchufo el portátil. Tres correos sin abrir. El primero es del INE de País Vasco. Solicitud cursada en marzo. Marzo a octubre son siete meses. Siete meses es el plazo medio para gestionar una solicitud autonómica según los datos que yo misma publiqué hace dos años sin que los leyera nadie.

Lo abro.

Listado de mortalidad de mujeres adultas en País Vasco, 1995-2020, segmentado por causa. Le había pedido específicamente las muertes accidentales en mujeres entre treinta y cincuenta y cinco años, ocupación profesional registrada, residencia urbana o periurbana.

El archivo carga en once minutos. Es grande.

Empiezo el filtrado con la libreta azul a la izquierda y el folio de descartes a la derecha. Ciento veintinueve mujeres en la franja de edad. Setenta y dos por accidente doméstico. Treinta y nueve urbanas. Dieciocho viven solas. Once con ocupación profesional con vinculación cultural o intelectual confirmada en la Seguridad Social.

A las once y catorce encuentro a Pilar Otxoa. Pianista de concierto retirada por una lesión de muñeca. Vivía en Vitoria. Cuarenta y dos años. Cayó por las escaleras de su casa una tarde de noviembre de 1999. Fractura craneal en la base del cráneo. Vivía sola. La encontró la asistenta el lunes por la mañana. La autopsia fue rutinaria.

Pilar Otxoa enseñaba piano a niños tres días a la semana después de retirarse de los conciertos. Lo sé por una nota necrológica de El Correo del Pueblo Vitoriano del 28 de noviembre de 1999, que un familiar dejó pública en un blog familiar al que llega la búsqueda. La nota dice: *"Daba clases a los niños del barrio en su Steinway vertical heredado de su abuela materna, una pieza que cuidaba hasta el último detalle"*.

Tengo catorce.

Lo anoto. *14. P. Otxoa. Vitoria. Noviembre 1999. Caída de escalera. Steinway vertical confirmado vía blog familiar.*

Almudena llega a las once y media. Ojos rojos. Se sienta y enciende el ordenador. No pregunto. Si quiere contar algo lo cuenta. No cuenta nada. Yogur del bolso. Plátano. Los deja al lado del teclado y no los toca en dos horas.

A las doce y treinta y dos encuentro a Reme Castaño. Listado andaluz que llegó hace tres semanas y que no había peinado en detalle. Cádiz, 2002. Cincuenta y un años. Profesora de piano del Conservatorio Superior de Cádiz. Ahogamiento en bañera. La autopsia mencionó una epilepsia no diagnosticada previamente. El médico forense la estimó compatible con una crisis convulsiva durante el baño que la dejó inconsciente boca abajo en cinco centímetros de agua.

El Conservatorio era el detalle. Las profesoras del Conservatorio Superior de Cádiz salen en el periódico local cuando se mueren. Diario de Cádiz, 3 de marzo de 2002. La nota de duelo del centro decía: *"Reme tenía un piano vertical Yamaha que afinaba con el mismo afinador desde hacía quince años, un señor de Madrid que venía dos veces al año a la ciudad y al que había llegado a tratar como a un hermano mayor"*.

El detalle no entra en el listado de víctimas. Va a otro sitio. Va al de coincidencias por confirmar.

Quince.

Lo anoto. *15. R. Castaño. Cádiz. Marzo 2002. Ahogamiento bañera. Yamaha. Afinador madrileño mencionado en nota de duelo del Conservatorio.*

Bajo a la cafetería a la una y media. Almudena no baja. Es lo que come ahora, los meses de niñas enfermas le han adelgazado quince kilos y nadie se lo dice porque una mujer no le dice a otra que ha adelgazado quince kilos cuando es porque está mal.

Asunción está en una mesa al fondo con dos hombres a los que no conozco. Asunción me ve. No me saluda. Gira la cabeza el setenta y cinco por ciento hacia los hombres y mantiene su atención ahí

durante los dieciocho minutos que estoy en la cafetería. Es el saludo de Asunción cuando no quiere que me acerque. La leo.

Vuelvo arriba a las dos menos cuarto con un café del termo y un sándwich de pan de molde con jamón cocido que no voy a terminar.

A las dos en punto Almudena recoge. La grande tiene cita en Niño Jesús a las tres. Hasta mañana. Hasta mañana. Cierra la puerta.

Despacho vacío.

A las dos menos cinco encuentro a Aurelia Iglesias. Listado de Castilla-La Mancha. Toledo, 2010. Cuarenta y nueve años. Viuda. Restauradora de bienes patrimoniales del Museo de Santa Cruz. Vivía sola en una casa heredada de sus padres en el casco antiguo. Murió por intoxicación alimentaria de hongos recogidos en el campo durante un paseo. La autopsia describió *Amanita phalloides*. El informe propuso que Aurelia había recolectado las setas por su cuenta y se había equivocado al identificarlas. Sin testigos. Expediente cerrado en dos semanas.

Aurelia Iglesias era restauradora de instrumentos antiguos. Restauraba pianos, clavecines, pianofortes. Tenía cuatro instrumentos en su casa de Toledo. Tres clavecines y un pianoforte de 1820. Lo sé por el catálogo de subastas que su primo único, heredero único, hizo seis meses después en Christie's Madrid. El catálogo es público, en PDF, y describe la procedencia de cada pieza. El pianoforte de 1820 lleva al pie: *"Mantenido en estado óptimo por el afinador madrileño que lo visitaba anualmente desde 2003"*.

Dieciséis.

Lo anoto. *16. A. Iglesias. Toledo. Septiembre 2010. Setas Amanita. Pianoforte 1820 + tres clavecines. Restauradora. Afinador madrileño en catálogo Christie's.*

Cierro la puerta del despacho. Es lo que hago cuando necesito pensar sin que pase nadie por delante del cristal. Saco las dieciséis fichas. Las pongo en orden cronológico encima de la mesa. Folio aparte. Dos columnas. La primera: causa de muerte. La segunda: si en algún registro aparece referencia al afinador del instrumento.

Reme Castaño tiene el afinador madrileño en la nota del Diario de Cádiz. Eso ya estaba guardado.

Voy a Yolanda Estévez. Marín, diciembre 2021. Le había mirado el perfil póstumo de la revista de arquitectura hace tres semanas. Lo releo. Ahí estaba la frase y yo no la había leído como hoy: *"Yolanda traía a un afinador desde Madrid una vez al año porque decía que en Pontevedra no había a quien encargárselo"*.

Voy a Pilar Otxoa. Vuelvo al blog familiar. Hay un post de 2017 del sobrino contando lo que ella era. Bajo en el texto. Ahí: *"el afinador de Madrid que la quería mucho y que vino a su entierro de cuerpo presente"*.

Voy a Asunción Mateos en Almazán. Boletín de antiguos alumnos de Biología de Sevilla. Busco la palabra afinador. Aparece dos veces. *"El piano que Asunción cuidaba con un afinador madrileño al que trajo a Almazán durante veinte años seguidos"*.

Voy a las dieciséis sistemáticamente. Diarios locales. Obituarios. Necrológicas. Boletines culturales. Catálogos de subasta. Blogs familiares dejados a medias en 2014. Comentarios de Facebook que ya solo se ven entrando desde el perfil del fallecido. Grupos de antiguos alumnos en extinción digital.

Empiezo a marcar. Sí. Sí. No. Sí. Sin datos. Sí. Sí. No. Sí. No. Sí. Sí. Sin datos. Sí. Sí. Sin datos.

A las cinco y media tengo el conteo.

Diez de dieciséis con referencia documentada a un afinador madrileño. Los otros seis con afinador local, afinador no especificado, o sin datos. Ninguno con un afinador madrileño nombrado por su nombre completo. Todas las referencias anónimas, todas en boca de terceros, todas con el mismo tono cálido de gente recordando a un profesional discreto. *El señor de Madrid. El afinador madrileño. El hombre que venía de la capital. El de Madrid. El afinador que venía dos veces al año desde Madrid. El señor del piano que venía de Madrid. Aquel hombre simpático de Madrid que la trataba como a una hija.*

Calculo. Bien, esta vez. Sin redondeos. La probabilidad de que diez de dieciséis víctimas de muertes accidentales distribuidas geográficamente entre cinco comunidades autónomas distintas hayan tenido el mismo proveedor de servicio profesional madrileño por casualidad, considerando la densidad de afinadores

profesionales registrados en la Comunidad de Madrid según el directorio del Gremio del Piano, es uno entre cuarenta y un millones aproximadamente.

Cuarenta y un millones.

Lo escribo en la libreta. Subrayo el cuarenta y un millones con un Bic negro. La línea no sale recta. Da igual. Lo dejo.

A las seis menos diez cierro las pestañas. Outlook. Empiezo a escribir.

Mª Luisa,

Cuarto correo. Sé que no me has contestado a los tres anteriores. Este es el último antes de buscar otra forma.

Dieciséis casos confirmados. Mujeres profesionales entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. Distribuidas entre 1999 y 2021. Cinco comunidades autónomas. Todas con piano en propiedad. Todas muertas por accidente doméstico con expediente cerrado en menos de seis semanas. Probabilidad de coincidencia: uno entre cuarenta y un millones según las premisas detalladas en la pestaña 3 del Excel.

Patrón nuevo de hoy. En diez de las dieciséis víctimas, el entorno familiar o profesional menciona en testimonios póstumos a un afinador madrileño o variantes ("el señor de Madrid", "el de la capital", "el hombre que venía desde Madrid"). Sin nombre conocido. Solo procedencia y profesión. Lo voy a buscar.

Excel adjunto. Pestaña 2: columna nueva, afinador madrileño. Pestaña 3: probabilidad.

Llámame. Lo que sea. Aunque sea para decirme que no quieres tener nada que ver. Pero llámame.

Helena.

Adjunto el Excel. Lo reviso. Está limpio. El cursor sobre enviar. No cuento esta vez. Le doy a las seis y dieciocho.

Asunción está dos plantas por encima en su despacho. No lo sabe.

Apago el portátil. Bajo a por Inés.

Aurora me abre la puerta de Trafalgar 19 a las seis y cuarenta y dos. Inés está en el salón terminando el séptimo estudio de Czerny. Aurora le ha pasado del sexto al séptimo en menos de tres semanas. La mitad del tiempo medio para una niña de ocho años. Aurora me sonríe.

—¿Cómo está el piano?

—Bien. Pablo lo dejó fino.

—Te lo dije. Doce meses por lo menos.

—Sí.

—Helena, una cosa. El recital de invierno es el quince de diciembre. Voy a hacer que toque Inés.

—Vale.

—Que toque el sexto. No el séptimo. El sexto ya lo tiene. No quiero ponerla nerviosa.

—Vale.

—Que se prepare un vestido bonito. Te paso el sitio y la hora por WhatsApp.

—Vale.

Inés sale. Bajamos en ascensor. Por Sagasta andando. Mi hija me cuenta el séptimo. Me dice que es como dos personas tocando a la vez. La mano izquierda hace una cosa y la derecha hace otra y no se ponen de acuerdo. Le digo vale. Le digo que va más rápido de lo que va una niña de ocho años. Inés me dice que Aurora le ha dicho lo mismo. Camina dos centímetros más erguida durante doscientos metros. Después se le pasa.

Cenamos a las nueve menos cuarto. Macarrones del Mercadona con queso rallado y un plátano. Inés está cansada. Se duerme en el sofá a las nueve y veinte. La despierto para el baño y la cama. Lava los dientes en piloto automático. Llora cuarenta segundos sin razón cuando se sienta en la cama. Después se le pasa. Le digo que mañana le hago tostadas con mantequilla y chocolate Valor calientes para desayunar. Inés me dice vale con la voz pequeña.

A las nueve y cuarenta y cinco está en la cama. No lee. Apaga la luz ella sola.

Le pongo la mano abierta en la espalda durante doce segundos.

Cuento.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Once. Doce.

Inés no se gira.

No se gira antes del doce esta noche. La mano sigue al doce. Sigue al trece. Al catorce. A los quince Inés respira hondo una vez como cuando empieza el sueño profundo. A los dieciocho levanto la mano.

Hacía cuatro meses y dos semanas que mi hija no se quedaba pasados los doce.

Salgo sin cerrar la puerta del todo. La dejo en su rendija habitual de cinco centímetros, la que ha pedido desde los tres años.

Bajo al despacho del piso. Saco la libreta. Anoto:

Dieciséis. Diez con afinador madrileño. Probabilidad casual: 1 entre 41 millones. Correo a M.L.E. enviado 18:18. Sin respuesta.

Más abajo, en línea separada:

Inés hoy se quedó.

Cierro la libreta. La guardo en el cajón izquierdo.

Mª Luisa Etxeberria no ha contestado a las diez y media. Es la hora a la que normalmente contesta lo del día si va a contestar.

Mañana es miércoles. Mañana trabajo.

Me lavo los dientes. Apago.

CAPÍTULO 6

El sábado

El sábado a las ocho cuarenta y dos abro los ojos. Inés ya está despierta. La oigo en el cuarto de al lado riéndose con algo en el iPad. Pocoyo, supongo. Inés lleva tres meses dejando Pocoyo por debajo de su edad real pero algunos sábados vuelve a ponerlo.

Antes de junio Inés se despertaba a las nueve y diez clavadas. Era un patrón estable. Llevamos cuatro meses con la rutina del despertar girando: a veces siete y media, a veces nueve, hoy ocho cuarenta y dos. No tengo dato suficiente para llamarlo un patrón nuevo. Lo guardo.

Me levanto. Voy al baño. Me lavo los dientes. Bajo a la cocina.

—Mamá.

—Buenos días.

—¿Hoy haces las tostadas con el chocolate?

—Sí.

Inés viene al pasillo en pijama del Decathlon, con dibujos de jirafas. Me dice que sí con la cabeza dos veces seguidas. Es como dice sí cuando algo le importa más que de costumbre.

Hago las tostadas. Pan de molde Bimbo, dos rebanadas por persona, mantequilla Pascual fría sobre el pan caliente para que se derrita en la diagonal correcta. Chocolate Valor del que viene en bloque, rallado encima con el rallador pequeño. Inés se come las suyas en seis minutos. Yo las mías en doce porque mientras como leo *El País* en el móvil, y mientras leo me distraigo y la mantequilla se enfría en la encimera y termino sirviéndome otra cucharada caliente del cazo.

—Mamá, ¿hoy practico solo el sexto o también el séptimo?

—El sexto. Aurora dijo que para el recital era el sexto.

—Vale. Pero el séptimo lo voy a tocar de todas formas en mi cabeza mientras toco el sexto.

—Vale.

Inés se va al salón. Levanta la tapa del piano. Empieza con la escala cromática para calentar. Después la *la* central durante cuatro segundos para comprobar el tono. Después el sexto estudio de Czerny.

Yo recojo la cocina. Pongo el lavavajillas. Es un Balay de cuatro años. Lo programo en eco. Me vuelvo al sofá del salón con un café del termo y *El País* abierto en la portada digital.

Inés toca cuarenta minutos. El sexto entero ocho veces. Cada pasada un poco mejor en la mano izquierda. La derecha hace su rato y luego se distrae. Inés vuelve a la primera mitad. Eso es lo que le ha dicho Aurora: cuando algo no sale, no se castiga, se vuelve atrás.

A las once menos diez Inés cierra la tapa del piano. Viene al sofá. Se sienta a mi lado con los pies sobre mi regazo. Las plantas frías.

—Estoy aburrida.

—Llevas tocando piano cuarenta minutos.

—Por eso. Después de tocar piano siempre estoy aburrida.

—Vale.

—¿Vamos a la calle?

Miro por la ventana. Llueve fino. Es la primera lluvia de octubre. La he visto desde las nueve sin decir nada.

—Llueve.

—Llueve poco.

—Bajamos a por el pan.

—Vale.

Cogemos el paraguas grande del paragüero del recibidor. Es un Vogue azul marino que le regaló mi madre a Mario en 2014 y que se quedó conmigo cuando se fue. Aguanta. Inés se quiere poner las botas de agua amarillas del año pasado. Le entran justas. Cinco meses como mucho. Botas de invierno, talla 32, hay que comprar antes de noviembre.

La panadería de Trafalgar 26 está abierta desde las siete y cuarto. A las once de la mañana del sábado huele a hogaza recién sacada del

horno y a bollería de canela. Inés se conoce a Cristina, la dependienta. Cristina la conoce a ella. Le da un picatoste pequeño gratis cada sábado desde febrero. Hoy Inés se lo come en el portal de vuelta, antes de subir, sentada en el banco de madera del rellano de la entrada del edificio.

—Mamá.

—Dime.

—¿Cuando yo sea mayor te puedo invitar a desayunar tostadas con chocolate los sábados?

—Sí.

—¿Hasta dónde de mayor?

—Hasta cuando seas mayor para siempre.

—Vale. Pero hasta entonces las haces tú.

—Vale.

Subimos. Inés se quita las botas de agua amarillas. Las deja al lado de la entrada para que se sequen. Se va a su cuarto. Vuelve al salón con Lupe en la mano. Lupe es la muñeca de tela que le hizo mi madre antes de morir, en 2019, cuando Inés tenía cuatro años. Lupe lleva un vestido de lino blanco con un peto rojo cosido a mano. Tiene la cara descosida en la parte derecha. Inés no deja que se la cosa. Dice que Lupe tiene que tener la cara así porque era así cuando se la dio la abuela y por tanto era así cuando estaba bien.

Pongo *Coco* en Disney+ en la tele del salón. Inés coloca el cojín del sofá para apoyar la cabeza. Lupe va al lado.

Comemos lentejas Hacendado con un chorizo pequeño cocido aparte, salidas del bote, calentadas en la sartén con un poco más de cebolla picada y un ajo. Inés deja la mitad en el plato. Termina la película llorando con la canción final. Yo, en el sillón del otro lado, también lloro un poco sin programarlo. Inés me ve.

—Mamá, ¿tú lloras con Coco?

—Hoy sí.

—Yo también.

—Vale.

—Mamá.

—Dime.

—¿Tú vas a estar muerta antes que yo?

—Sí. Eso es lo normal.

—Vale.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque en Coco los abuelos estaban muertos y los nietos vivos. Y la abuela está muerta, y tú estás viva, y yo estoy viva. Pero algún día tú vas a estar muerta.

—Sí.

—¿Y vas a estar muerta como la abuela?

—Sí. Cuando me toque.

—¿Cuándo te toca?

—No se sabe.

—Vale.

—Pero falta mucho.

—Vale.

Inés se queda mirando los créditos finales de la película dos minutos. Después dice:

—Mamá, ¿me dejas leerte el libro que estoy leyendo?

—Sí.

Sube a por el libro. Es *Manolito Gafotas* el primero. Va por el capítulo tres. Lee veinticinco minutos en voz alta sentada a mi lado, su pierna izquierda apoyada en la mía. Se equivoca dos veces con palabras largas (*urbanización*, *circunstancia*). Las corrige sola. Yo no la corrijo nunca cuando lee. Eso lo decidí cuando tenía seis y se aprendió a leer.

A las cinco y media suena el teléfono fijo. Es Pilar. Pilar Iturmendi nunca llama al móvil porque dice que el móvil es una intromisión.

Llama al fijo del piso que Mario y yo compartíamos y donde yo me quedé. Lleva tres años llamando a su nieta los sábados a las cinco y media en punto.

Cojo yo.

—Pilar.

—Helena.

—Te paso a Inés.

—Espera. ¿Va todo bien?

—Va todo bien.

—¿Inés está comiendo?

—Inés está comiendo bien.

—¿La estás llevando al cole con el desayuno completo?

—Sí, Pilar.

—¿Le has comprado ya las botas para el frío?

—Esta semana.

—Bueno. Tú sabrás. Pásamela.

Le paso el teléfono a Inés. Inés habla con su abuela once minutos. La conversación entera son preguntas de Pilar sobre la rutina, las notas, el piano, lo que come, si duerme bien, si yo la visto con la ropa adecuada para el frío. Inés contesta con monosílabos los primeros minutos. Se anima cuando Pilar le pregunta por Aurora y el piano. Pilar fue pianista aficionada de joven, le encanta. Inés le toca el sexto Czerny por teléfono sosteniendo el inalámbrico apoyado en el atril.

Cuando Inés cuelga, me dice:

—La abuela dice que mi tono ha mejorado mucho desde la última vez.

—Bien.

—La abuela dice que es porque ya está afinado.

—Bien.

Inés se va a su cuarto a dibujar un rato con los rotuladores Stabilo de punta fina. Yo me quedo en el sofá. Saco el móvil. Tres mensajes sin abrir.

Almudena. Foto de la grande dormida en el sofá con un termómetro al lado: *36.2 por primera vez en cuatro días*.

Asunción. Un solo símbolo de interrogación, sin texto. Mandado a las dos y catorce de la tarde. Le falta el contexto pero no le falta el contexto.

Mario. Cinco frases. Le toca Inés en las vacaciones de Todos los Santos. Viene a Madrid el viernes 1 de noviembre a recogerla, se la lleva a Bilbao hasta el lunes 4 por la tarde. Idoia y él están ilusionados. Pilar les va a hacer la mona de Pascua aunque sea noviembre. Mario quiere saber si me parece bien.

Le contesto a Almudena con un emoji de pulgar arriba.

A Asunción no le contesto.

A Mario le contesto: *vale. La traes el lunes antes de las ocho.*

Mario me contesta: *trato hecho*.

Es la primera vez en seis meses que Mario me contesta sin signo de puntuación a una frase mía con punto.

Llamo a Inés a cenar a las nueve menos cuarto. Sopa de fideos Gallo y queso de bola en cuadraditos cortados a tijera. Es lo que ceno los sábados cuando no hago nada elaborado. Inés está cansada. Se duerme casi en la mesa. La llevo en brazos los últimos seis metros de pasillo porque ya pesa veintinueve kilos y mi espalda no la sube los escalones hasta su cuarto. La meto en pijama de invierno con felpa azul. Le pongo Lupe en la almohada al lado. Inés se gira hacia Lupe sin abrir los ojos.

Le pongo la mano abierta en la espalda. Cuento.

Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Inés se gira hacia mí al cuarto. Me dice “te quiero, mamá” sin abrir los ojos. Se vuelve a girar hacia Lupe.

Levanto la mano al sexto.

Salgo de su habitación. Dejo la puerta en su rendija de cinco centímetros.

Bajo al salón. Recojo los platos de la sopa. Pongo el lavavajillas otra vez. Echo el cierre a la puerta del piso.

Vuelvo al sofá. Pongo *The Crown* — la cuarta temporada que ya he visto dos veces. No la veo. La pongo de fondo.

Saco la libreta azul del cajón del escritorio bajo que tengo al lado del sofá desde julio. Anoto:

Sábado 19 de octubre. Inés despertó a las 8:42. Tocó piano 40 minutos, el sexto Czerny ocho veces. Comió la mitad de las lentejas. Lloró con Coco. Me preguntó si yo voy a estar muerta antes que ella. Le dije que sí.

Cierro la libreta.

Mª Luisa Etxeberria no me ha llamado el sábado. Tampoco me ha mandado WhatsApp. Lleva once días sin contestar al último correo.

Asunción me ha mandado un signo de interrogación.

Mañana es domingo. Mario va a llamar por la tarde para hablar con Inés. Lo demás se queda quieto hasta el lunes.

Apago la luz del salón. Voy a la cama.

CAPÍTULO 7

Asunción

El lunes a las nueve y diez Almudena ya está en el despacho. Es la primera vez en cuatro semanas que llega antes que yo. La grande se ha curado del todo. Treinta y seis dos durante setenta y dos horas seguidas. Almudena trae un termo grande de café y dos pastas de la pastelería de la calle Hortaleza para celebrar.

—Llegas tarde, Helena.

—Sí.

—Toma. Una de chocolate y una de almendra. La que quieras.

—La de almendra.

—Yo me como la otra. Y trabajamos.

Trabajamos.

A las nueve y treinta y siete suena el fijo. Es Asunción. Voz lenta y exacta.

—Helena. Sube cuando puedas.

—Voy.

Cuelga.

Almudena me mira durante un segundo y medio. No pregunta. Almudena no pregunta nada de Asunción nunca. Es una norma no dicha entre nosotras desde el primer año de despacho compartido.

Subo a la planta once. Asunción está sentada en su mesa con su mug del escudo del INE. La puerta del despacho ya está abierta. Entro. Asunción se levanta. Cierra la puerta detrás de mí con cuidado, no de golpe. Vuelve a sentarse.

—¿Lo mandaste?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El martes pasado por la tarde. A las seis y dieciocho.

—El Excel completo.

—El Excel completo. Dieciséis casos. Las dieciséis fichas. El patrón nuevo del afinador madrileño en diez de las dieciséis.

—¿Mª Luisa te ha contestado?

—No.

—¿Tampoco al WhatsApp?

—Tampoco. Tampoco a la llamada al fijo del miércoles. Tampoco a nada.

Asunción asiente con la cabeza dos veces seguidas. Asunción no asiente con la cabeza nunca. Le sale un gesto fuera de su catálogo habitual de gestos. Lo registro.

—¿Cómo te has enterado?

—Da igual.

—No me da igual.

—Bien. Me da igual a mí. A ti te tiene que dar igual.

—Vale.

Asunción saca un Kleenex de una caja que tiene en el segundo cajón de la mesa. No llora. No tiene moco. Lo despliega y lo vuelve a doblar en cuatro. Es un gesto que le he visto hacer dos veces en seis años. Le sale cuando está procesando algo que no le gusta y quiere darse veinte segundos.

—Helena, te dije una cosa.

—Sí.

—Te dije que no le hablaras a nadie más hasta hablar conmigo.

—Sí.

—Y has hablado.

—Sí.

—Y no me has avisado.

—No.

—Vale. Bien.

Vuelve a doblar el Kleenex en otros cuatro pliegues más pequeños. Lo deja en la esquina derecha de la mesa, encima de la pila de carpetas verdes.

—Helena, lo que voy a decirte ahora es importante. Escúchame entera.

—Vale.

—Si esto se convierte en un caso, en algún momento van a venir a preguntarme. Periodistas. Policía. Inspección interna del INE. Cualquiera. Y van a preguntarme si yo sabía lo que tú estabas haciendo. Y yo voy a tener que decir lo que sea verdad. Yo no voy a mentir por ti. Ni una vez. Ni con buena intención. ¿Me sigues?

—Sí.

—Lo que voy a hacer es protegerte por adelantado. A partir de hoy yo no sé. Tú no me cuentas nada más. Tú no me mandas más correos al INE sobre esto. Tú no me preguntas si tienes que hacer X o no hacer X. Yo no he sabido nada. Yo no te he advertido. Yo no te he dicho que pares.

—Vale.

—Cuando te pregunten un día —porque te van a preguntar— tú dices que yo no sabía nada. Mientes por mí. Es la única mentira que te pido en todo esto.

—Vale.

—¿Lo vas a hacer?

—Sí.

—Helena.

—Sí.

—Si pasa algo grave, dejas el archivo limpio y ordenado. La libreta entera. Las fichas. Los correos. En un sitio donde alguien después pueda seguirlo si tú no estás.

—¿Si no estoy en el INE?

—Si no estás. Donde sea. Donde no estás.

—Vale.

Asunción me mira el tiempo que me mira. Después baja la vista a sus papeles. La conversación ha terminado.

—¿Algo más? —dice.

—No.

—Que vaya bien el día.

Salgo. Cierro la puerta detrás de mí con cuidado, como ella, no de golpe.

Bajo al despacho. Almudena no levanta la vista del ordenador. Yo me siento. Abro el portátil. La pantalla tarda dos segundos en cargar.

Almudena dice sin levantar la vista:

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te pasa algo con Asunción?

—No.

—Vale.

Vuelve al ordenador. Es como pregunta Almudena. Pregunta dos veces como mucho, da por buena la respuesta, no insiste. Esa es una de las cosas suyas que yo aprendí a aceptar el primer año y a apreciar el segundo.

Mi cerebro guarda la conversación con Asunción en el cajón al que va lo que es más grande de lo que la cabeza sostiene entera.

A las once y veintiuno me viene la idea del Gremio del Piano. El directorio profesional. La lista de afinadores madrileños registrados con licencia. Si hay diez afinadores en activo desde finales de los noventa que cubren rutas provinciales, son pocos. Si hay cien, es más difícil pero sigue siendo finito. Lo apunto en la libreta. *Mañana llamar al Gremio del Piano de la Comunidad de Madrid. Pedir directorio histórico de afinadores con licencia operando desde Madrid con cobertura territorial provincial. Periodo 1995-2024.*

A la una y media bajo a la cafetería. Asunción no está. Es la primera vez en seis meses que bajo a la cafetería del INE a la una y media y Asunción no está. Lo registro.

Por la tarde trabajo lento. La cabeza pesa. Adelanto el informe trimestral de defunciones por causa externa que tenía que entregar el viernes. Repaso los datos de septiembre. Cifras pequeñas, manejables. La parte conocida del trabajo. No abro las dieciséis fichas en toda la tarde.

Termino a las seis menos cuarto. Recojo. Salgo a Castellana a las seis y dos. El aire de las seis y dos del lunes 21 de octubre es el aire que me viene bien. Me llega un olor a hojas mojadas de la mediana. Llovió poco esta mañana en mi barrio pero aquí debe de haber llovido más.

Cojo el metro hasta Iglesia. Salgo a Sagasta a las seis y veinticuatro.

Paro en el Manolo Bakes de Sagasta como hago a veces antes de subir cuando he tenido un día largo. Pido un café cortado y un cruasán de almendra. Es la una y cuarto del lunes en mi cuerpo aunque el reloj diga las seis y media. Quiero azúcar.

Mientras espero el café, miro el local. Está medio lleno. Tres mesas ocupadas. En la del fondo, contra la ventana, hay un hombre solo leyendo el ABC. Camisa azul de algodón abrochada hasta el último botón. Pelo blanco peinado hacia atrás con fijador. Maletín de cuero marrón en el suelo, contra la pata de la silla.

Pablo Méndez.

Coge el ABC, lo dobla por la mitad, lo deja sobre la mesa. Levanta la mano dos centímetros para saludarme. La boca cerrada se le abre un poco a un lado. No es sonrisa entera.

—Helena.

—Hola, Pablo.

Me acerco a su mesa los tres pasos que la separan de la barra.

—¿Qué tal el piano?

—Bien. Como dijo usted. Aguanta.

—Bien.

—Tengo una afinación en Manuel Silvela esta tarde. Vine a tomar el café antes.

—Vale.

—Si nota algo raro en el suyo, me llama.

—Vale. Gracias.

—Que vaya bien la tarde.

—Igualmente.

Me vuelvo a la barra. Recojo el cortado y el cruasán. Pago tres euros con setenta y cinco céntimos. La cajera me da el ticket. Lo doblo y lo meto en el bolsillo lateral del bolso porque siempre los meto ahí. Salgo del local. La campanilla de la puerta suena dos veces, una al abrir y otra al cerrar.

Tardo cuarenta y dos segundos en llegar al portal de Sagasta 28 caminando rápido. Subo.

Inés está en casa con Aurora. El lunes es día de piano y a veces Aurora la trae arriba si yo tardo. Aurora me abre la puerta de mi propio piso. Inés está en el sofá leyendo Manolito Gafotas otra vez. Aurora me sonríe.

—Helena, está bien. He aprovechado para revisarle el séptimo y le he dejado dibujada la digitación de los compases nueve y diez. Está apuntada en el atril.

—Gracias.

—¿Todo bien?

—Sí. Largo el día.

—Ya. Vete que estás cansada.

—Gracias por traerla, Aurora.

—Mañana a las cinco la tengo en mi casa, como siempre. ¿Vale?

—Vale.

Aurora sale. Cierra la puerta de fuera con su llave de cortesía que tiene desde 2023.

Cenamos sopa de letras con queso rallado y unos huevos pasados por agua. Inés se come los huevos primero, los dos. Yo me como la sopa. Inés está más callada de lo normal. Le pregunto si está bien.

Me dice que sí. Le pregunto si en el cole ha pasado algo. Me dice que no.

A las nueve y media termina la cena. A las nueve y cuarenta y cinco está en la cama. Le pongo la mano en la espalda. Cuento. Uno. Dos. Tres.

Se gira al tres y me dice:

—Mamá.

—Dime.

—El sábado le dije a la abuela por teléfono que tú lloraste con Coco. No quería contárselo pero salió.

—Vale.

—Y la abuela dijo que era raro.

—Vale.

—¿Es raro?

—No.

—¿Por qué dijo entonces la abuela que era raro?

—Porque tu abuela piensa cosas distintas a las que pienso yo. Y a las que piensas tú. Está bien que piense cosas distintas. Pero las suyas son las suyas.

—Vale. Vale, mamá.

—¿Por eso estabas callada en la cena?

—Sí.

—Bien que me lo hayas dicho.

—Vale.

Se gira hacia Lupe. Cierra los ojos. Se duerme antes de que cuente al sexto.

Levanto la mano al cuarto.

Salgo. Dejo la puerta en la rendija de cinco centímetros.

Bajo al salón. Saco la libreta azul del cajón del escritorio bajo. Anoto:

Lunes 21 oct. Asunción se aparta como cobertura. Si pasa algo, archivo limpio. Yo me quedo sola. Gremio del Piano mañana primero. Pablo en Manolo Bakes saliendo de una afinación en Manuel Silvela. ABC. Maletín marrón en el suelo. M.L.E. sigue sin contestar.

Más abajo, en línea separada:

Pilar dijo a Inés que es raro que yo llore con Coco. Hablar esto con Mario.

Cierro la libreta. La guardo.

Saco el móvil. Llamo al fijo de Mª Luisa. Salta el contestador. No dejo mensaje. Cuelgo a los doce segundos.

Abro Outlook en el móvil. No hay correo de Mª Luisa.

Lo cierro.

Mañana es martes. El martes empieza la llamada al Gremio.

Pongo el despertador a las siete. Bajo la persiana hasta el suelo.

CAPÍTULO 8

Cuarenta y siete nombres

A las nueve y cuarenta del martes llamo al Gremio del Piano de la Comunidad de Madrid. El número está en la página oficial, www.gremiopianocm.es, fundada en 1981, sede en la calle Alcalá 312, sexta planta.

—Buenos días. Gremio del Piano. Le atiende Inmaculada.

—Hola. Mi nombre es Helena Aragüés. Trabajo en el Instituto Nacional de Estadística. Llamo para consultar acceso al directorio histórico de afinadores registrados desde 1980 hasta hoy, con datos de cobertura geográfica.

—¿Es para uso particular o profesional?

—Profesional. Estoy haciendo un estudio interno sobre profesiones artesanales en extinción dentro de la Comunidad. Quiero el censo completo de la profesión durante el periodo.

—Vale. Le explico el procedimiento. El directorio histórico se factura como extracto profesional. Setenta y cinco euros más IVA. Le mandamos PDF y Excel con todos los afinadores que han estado de alta entre las fechas que usted me indique, junto con datos básicos: fecha de alta, fecha de baja si aplica, tipo de licencia, especialidades, cobertura geográfica declarada. ¿Le sirve?

—Sí.

—¿Periodo concreto?

—Enero de 1980 a hoy. Cuarenta y cuatro años.

—Anotado. ¿Me deja un correo y un número de cuenta para la factura?

Le doy mi correo personal, no el del INE, para no dejar rastro institucional. Le doy el IBAN del Santander.

—Le mando esta tarde antes de las cuatro. ¿Algo más?

—No. Gracias, Inmaculada.

—De nada, Helena. Que vaya bien.

Cuelga.

Almudena no ha estado en el despacho durante la llamada. Entra a las diez con un café del termo y un cruasán envuelto en servilleta. Se sienta. No pregunta. Es la primera mañana en cinco semanas que estamos las dos del todo presentes en el despacho.

Trabajo el informe trimestral de defunciones por causa externa. Lo tengo casi cerrado desde la semana pasada. A las once y media lo termino, lo reviso, lo mando al buzón compartido. Lo dejo aprobado por mí. Asunción tendrá que firmarlo el jueves. No le mando recordatorio.

A la una y media bajo a la cafetería. Asunción está sentada en su mesa de siempre, sola, con su menú del día. Me ve. Esta vez sí me hace un saludo pequeño con la barbilla. Yo le devuelvo el saludo igual. No me siento con ella. No se sienta conmigo. Es lo que hemos pactado sin pactarlo.

A las dos menos cinco baja el correo de Inmaculada. Asunto: *Extracto Gremio del Piano CM — 1980-2024 — Aragüés Helena*. Adjuntos: PDF de cuarenta y dos páginas, Excel con cuatrocientos noventa y dos registros.

Cierro la puerta del despacho.

Abro el Excel.

Cuatrocientas noventa y dos personas han tenido licencia de afinador de piano en la Comunidad de Madrid entre enero de 1980 y hoy. La mayoría inactivos. Muchos muertos. Muchos con licencia caducada hace décadas porque dejaron la profesión, porque emigraron, porque cambiaron de oficio, porque envejecieron.

Aplico el primer filtro: activos en algún momento entre 1995 y 2024.

Doscientos cuarenta y un nombres.

Segundo filtro: cobertura geográfica declarada que incluye provincias fuera de Madrid o cobertura nacional.

Ciento cincuenta y dos.

Tercer filtro: edad calculable que les permita haber estado activos en 1999 — el año del primer caso confirmado, Pilar Otxoa — con al menos veinticinco años en 1999, es decir nacidos en 1974 o antes.

Noventa y nueve.

Cuarto filtro: en activo continuado durante todo el periodo del archivo (1999-2021), sin baja parcial intermedia.

Cuarenta y siete.

Lo anoto en la libreta. *Lista Gremio: 47 candidatos preliminares.*

Sigo filtrando.

Quinto: vivos a fecha de hoy. El Gremio marca las bajas por defunción con una D. Quito los D. Quedan treinta y dos.

Sexto: residencia actual declarada en Madrid o área metropolitana. Quito los que se han mudado a otras comunidades en algún momento y no han vuelto. Quedan veintitrés.

Séptimo: activos durante 2024, sin baja por cualquier causa en el último año. Quedan dieciocho.

Octavo: especialidad declarada al gremio no exclusiva de piano de cola para salas de conciertos. La especialidad de cola exclusivo es de los que se dedican a auditorios y conservatorios — los he descartado porque ninguna de las víctimas tenía piano de cola, todas tenían verticales. Cruzo. Quedan doce.

Doce nombres.

Lo anoto. *Doce candidatos finales para investigación individual.*

Saco un folio aparte. Escribo los doce nombres por orden alfabético. Edades. Direcciones. Año de alta. Especialidad.

Acevedo Roldán, Tomás. 67 años. Avenida de América 87. Alta 1981. Generalista. Brun Casanueva, Ricardo. 71 años. Calle Mayor 28. Alta 1980. Generalista, especializado en pianos antiguos. Camarena Núñez, Esteban. 63 años. Calle del Pez 14. Alta 1986. Generalista. Delgado Olmedo, Francisco. 59 años. Calle de las Aguas 9. Alta 1992. Generalista, mantenimiento. Echevarría Pasamontes, Joaquín. 70 años. Calle Hortaleza 142. Alta 1983. Generalista, regulación. Garrido Tena, Honorio. 66 años. Calle Marqués de Urquijo 32. Alta 1984. Generalista. Iribarren Gascón, Jesús. 62 años. Calle Ribera de Curtidores 19. Alta 1987. Generalista, restauración. Méndez Ortuño, José Luis. 55 años. Calle Embajadores 105. Alta 1995. Generalista.

Pareja Sandoval, Cristóbal. 64 años. Avenida del Mediterráneo 78. Alta 1985. Generalista. Santamaría Bujedo, Anselmo. 68 años. Calle Doctor Esquerdo 41. Alta 1982. Generalista, profesor del Real Conservatorio. Vázquez Llorente, Modesto. 73 años. Calle del Olivar 7. Alta 1980. Generalista. Zorrilla Bermúdez, Esmeraldo. 57 años. Calle Lavapiés 33. Alta 1994. Generalista.

Doce hombres. Edades entre cincuenta y cinco y setenta y tres. La mayoría en barrios viejos de Madrid: Embajadores, Lavapiés, Hortaleza, Aguas. Algunos en zonas burguesas: Marqués de Urquijo, Doctor Esquerdo.

Méndez no es Pablo Méndez. Es José Luis Méndez Ortuño. Apellidos distintos. Edad distinta. Dirección distinta.

Lo registro. Si tuviera el nombre de Pablo Méndez en esta lista lo habría detectado.

(Hmm wait — Helena does have Pablo's name in her libreta from cap 3 and 4. She'd notice if Pablo Méndez appeared on this list, but he doesn't. So she's looking only at these 12 candidates. Good.)

Cierro el archivo. Cierro Excel. Abro un cuaderno nuevo en la libreta — una página por candidato. Voy a hacer fichas individuales esta semana, llamando a cada uno o cruzando con redes profesionales, viendo en qué provincias trabaja cada uno, contrastando con las localizaciones de las dieciséis víctimas.

El primero, Acevedo Roldán Tomás. Mañana lo busco.

A las cinco menos diez subo a Asunción a llevarle el informe trimestral firmado por mí, por norma del INE me toca pasárselo en mano si lo cierro antes del jueves. Subo a su despacho. Asunción está. Toca el escritorio dos veces con el dedo índice, que es como ella me dice puedes dejarlo ahí.

—Gracias, Helena.

—De nada.

—¿Vas bien?

—Sí.

—Bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Bajo. Recojo. Salgo a las seis menos cuarto. Hoy no paro en el Manolo Bakes. Vengo directa.

A las seis y veinticuatro llego a casa. Aurora no la ha traído hoy porque era martes con clase entera. Inés viene a las seis y media con Aurora. Las recibo a las dos. Inés tiene una galleta de Cristina de la panadería en la mano, regalada al pasar.

—Aurora me ha dejado el séptimo entero hoy. Lo tengo.

—Bien.

—Aurora dice que en el recital del quince de diciembre toco con vestido de invierno.

—Vale.

Aurora me mira por encima del hombro de Inés. Levanta dos centímetros las cejas. Me dice sin voz que ya hablamos de algo. Asiento.

—Helena, ¿una palabra rápida en la entrada?

—Sí.

Salimos al rellano. Aurora baja la voz.

—Inés ha llorado en clase hoy.

—¿Por qué?

—No me lo ha querido decir. Le he preguntado dos veces. Después la he dejado. Ha tocado bien igual. Quería que lo supieras.

—Vale. Gracias.

—Si quieres, le pregunto otra vez la semana que viene.

—Lo pregunto yo primero, Aurora.

—Bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Aurora baja. Cierro la puerta.

Inés está en el sofá con la galleta a medio comer.

—Inés.

—Dime.

—Aurora me ha dicho que has llorado hoy en clase.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me acordé de la abuela cuando hizo a Lupe. Estaba tocando el sexto y me acordé. Me acordé de que la abuela ya no está.

—Ya.

—Pero ya estoy bien.

—Vale.

—Mamá.

—Dime.

—¿Tú te acuerdas a veces de la abuela y lloras?

—A veces sí.

—Vale. Pues yo también.

Le doy un beso en el pelo. Inés no responde con beso pero apoya la cabeza dos segundos en mi pecho. Es lo que hace cuando le he dicho lo correcto. Después se separa y se come el resto de la galleta.

Cenamos puré de calabacín Hacendado calentado con un huevo cocido encima y pan tostado. Inés se come todo.

A las nueve y media está en la cama. Le pongo la mano en la espalda. Cuento. Se gira al sexto y me dice buenas noches. Se duerme al noveno.

Levanto la mano al noveno.

Bajo al salón. Llamo a Mario al móvil. Lo cojo al cuarto tono.

—Helena. Dime.

—Mario. Una cosa rápida.

—Dime.

—Pilar le dijo a Inés el sábado, por teléfono, que era raro que yo llorase con la película de Coco.

—¿Qué?

—Que era raro. Esa palabra. Inés se la quedó dos días. Me lo contó anoche en la cama.

—Joder.

—Sí.

—Helena, te juro que yo no le digo nada de eso a mi madre.

—Lo sé.

—Voy a hablar con ella mañana.

—Vale.

—Es que mi madre, ya sabes, es de su época. Pero le voy a decir.

—Sí, dile.

—¿Inés está bien?

—Sí. Hoy ha llorado en clase de piano por acordarse de mi madre. No por lo de Pilar. Pero está sensible.

—Vale. La cojo el viernes y me la llevo y nos hacemos un finde con Idoia y conmigo. Nada de abuela.

—Vale.

—¿Algo más?

—No.

—Helena.

—Dime.

—Gracias por contármelo directo.

—Sí.

—Hasta el viernes.

—Hasta el viernes.

Cuelgo. Mario ha hecho lo que tenía que hacer. Ha dicho lo que tenía que decir. Lo apunto en el cajón donde guardo las cosas que Mario hace bien, que es un cajón pequeño pero no vacío.

Saco la libreta. Anoto:

Martes 22 oct. Gremio del Piano: 12 candidatos para investigación individual. Mañana Acevedo Roldán. Aurora me dice que Inés lloró en clase por la abuela. Hablé con Inés. Hablé con Mario sobre Pilar. Mario va a hablar con ella. M.L.E. sigue sin contestar — chequeo: ha publicado tres piezas en El Confidencial esta semana, sin relación con mi correo. Está callando deliberadamente.

Cierro la libreta.

Saco el calendario. Viernes 1 de noviembre, Mario recoge a Inés a las seis y media. Tengo que prepararle la maleta. La mochila Quechua azul, dos pijamas, ropa para tres días, el cepillo de dientes con el rojo, el muñeco Lupe envuelto en una toalla pequeña por si llueve, el libro de Manolito Gafotas porque va por el capítulo cuatro. Anoto la lista.

La dejo encima de la libreta para acordarme mañana.

CAPÍTULO 9

Dos llamadas

El miércoles a las nueve y veinte cierro la puerta del despacho y le digo a Almudena que tengo dos llamadas largas, que la aviso cuando termine. Almudena levanta la vista del ordenador medio segundo. Asiente. No pregunta.

Marco el primer número.

Acevedo Roldán, Tomás. Avenida de América 87, sexta planta interior. Fijo del 91.

Suena cuatro tonos. Responde una mujer mayor.

—¿Diga?

—Buenos días. Llamo para Tomás Acevedo, el afinador.

—Soy su mujer. Tomás está afinando un piano. ¿De parte de quién?

—Mi nombre es Helena Aragüés. Soy periodista freelance. Estoy haciendo un reportaje sobre los afinadores históricos de Madrid. Me gustaría hablar con él si tiene un momento esta semana.

—Le digo. ¿Puede llamar a las tres y media?

—Vale. Gracias.

—De nada.

Cuelga.

Abro la libreta. Página de Acevedo. Apunto la hora de la siguiente llamada. Vuelvo al portátil. Trabajo dos horas y media en un informe técnico de proyecciones demográficas que tengo encargado desde julio. La parte conocida del trabajo me sirve para descansar de la otra.

A las tres y media vuelvo a cerrar la puerta. Almudena ha bajado a la cafetería con su táper. Marco. Acevedo coge al primer tono.

—Acevedo, dígame.

Voz seca, de fumador antiguo, andaluz suavizado por décadas en Madrid. Le repito lo del reportaje. Le digo que su nombre me lo ha pasado el Gremio.

—Pues dígame.

—¿Desde cuándo afina pianos?

—Desde 1981.

—¿Madrid solo o ha cubierto otras provincias?

—En los noventa hice un circuito por Levante seis años. Cubría a un colega muerto que me dejó la cartera. Valencia, Alicante, Murcia y poco más. Lo dejé en 1998. La carretera me destrozó la espalda.

—¿Y desde 1998?

—Madrid capital y dos clientes históricos. Uno en Toledo capital, otro en Guadalajara, ambos a menos de cincuenta kilómetros. Los dos hombres, los dos jubilados, los dos mayores que yo. Los visito una vez al año por amistad ya, no por dinero.

—Vale.

—¿Algo más, señorita?

—¿Recuerda qué tipo de clientes tenía en Levante?

—De todo. Conservatorios pequeños, escuelas de música privadas, particulares de pueblo, algún hotel con piano de cola en el hall. Los que me dejaron más recuerdo fueron los particulares. Los conservatorios pagan tarde y mal.

—¿Mujeres profesionales con pianos verticales en Levante?

—Hija, alguna habría. Pero no le sabría decir nombres. Pasaron veintiséis años.

—Vale, gracias. Una última cosa. ¿Conoce nombres de colegas suyos de la profesión que hayan tenido carteras grandes en provincias en los últimos veinticinco años?

—Sí. Unos cuantos. Pero le digo que no le voy a dar nombres por teléfono. Si quiere venir a mi taller un martes y hablamos cara a cara, le doy lo que pueda.

—Vale. Lo apunto.

—De nada, hija.

—Adiós, Tomás.

—Adiós.

Cuelga.

Anoto en la libreta. *Tomás Acevedo: descartado. Ruta Levante 1992-1998, después Madrid capital + Toledo capital + Guadalajara capital. No encaja temporalmente (víctimas posteriores a 1998) ni geográficamente. Posible fuente secundaria para nombres de colegas, visita a taller pendiente.*

Tacho su nombre en el listado de doce.

Uno descartado. Quedan once.

Almudena vuelve a las cuatro menos diez. Yo recojo unos folios sueltos para que parezca que estaba con otra cosa. Almudena pone su té de jengibre en el escritorio. Tampoco esta vez pregunta.

A las cinco y cuarto vuelvo a cerrar la puerta. Marco el segundo número.

Brun Casanueva, Ricardo. Calle Mayor 28. Setenta y un años. Especializado en pianos antiguos.

Coge él directamente al tercer tono.

—Brun, dígame.

Voz lenta, vasca de Bilbao, formal.

Le repito lo del reportaje. Acepta sin pestañear. Lleva diez años recibiendo periodistas que le preguntan por la afinación de pianos antiguos. Le digo que mi enfoque es la cobertura provincial histórica.

Brun lleva afinando desde 1980. Se formó en San Sebastián con un maestro alemán emigrado, Werner Hauptmann. En los noventa hizo una ruta amplia por todo el norte de España: Galicia, Asturias, Cantabria, País Vasco, Navarra, La Rioja, Cataluña. Especializado en pianos antiguos: Bechstein, Bösendorfer, Pleyel pre-1950, los Steinway alemanes pre-guerra. Tenía clientes fijos en Vigo, Santiago, Oviedo, Bilbao, San Sebastián, Pamplona, Logroño, Barcelona, Girona. Desde 2015 trabaja desde su taller de calle Mayor. Hace afinaciones en Madrid. No viaja por la espalda y por los oídos. Los oídos se le cansan con el ruido del coche.

Helena cruza mentalmente. Brun encaja temporalmente. Encaja con Pilar Otxoa (Vitoria 1999) y con Yolanda Estévez (Marín 2021, aunque Marín está justo en el límite — Brun trabaja Vigo y Santiago, no Marín). Encaja con Asunción Mateos (Almazán 2018) si extendemos. Pero hay siete víctimas más al sur que no encajan.

—Ricardo, ¿alguna vez ha tenido clientes en Andalucía?

—No. Nunca. Andalucía es zona de otros colegas. Lo que es más al sur de Toledo lo cubrían los andaluces o los del Levante. Por el oído de los pianos antiguos, los climas son distintos. La humedad de Andalucía pide otra mano. Yo me quedaba en el norte.

—¿Y Toledo capital, Cáceres, Extremadura?

—No. Tampoco.

—Vale.

—¿Por qué la pregunta?

—Marco de referencia. Quiero entender quién cubría qué.

—Ya.

Pausa de Brun. Es la pausa de alguien que ha decidido decir algo.

—Mire, Helena. Le voy a decir una cosa que no sale en su reportaje si lo escribe. ¿Vale?

—Vale.

—Los que más han cubierto provincias en este país no están en el Gremio.

—¿Cómo?

—Los más antiguos. Los que se formaron en Italia, en Alemania, en Francia, en los años setenta y ochenta. Esos vinieron a España y aprendieron a la antigua, con maestros particulares en escuelas que ya no existen. La mayoría nunca pidió licencia. Trabajaban a través de redes: un cliente los recomendaba a otro, después a otro. Nunca pasaban por gremio. Iban a casas. Tenían cuadernos con direcciones a mano. Hoy son los más buscados para los pianos delicados, los que conocen los Bechstein anteriores a la guerra. Si usted quiere un

retrato fiel de la profesión histórica en España, los del Gremio somos la mitad. La otra mitad está fuera del registro.

—Vale.

—Algunos eran italianos por origen, otros eran madrileños autodidactas. Algunos vascos, algunos catalanes. Si quedan vivos tendrán setenta y muchos años o estarán cerca de la jubilación los más jóvenes. Hay uno o dos famosos en el gremio interno, en boca a boca. Pero les pierdo la pista. Yo del gremio oficial sí, fuera del gremio menos.

—Vale.

—Si quiere les pregunto a los que conozco.

—De momento no, Ricardo. Gracias. Era para mi marco general.

—Como quiera. Si cambia de idea, llame.

—Gracias.

—De nada, hija.

Cuelgo.

Me quedo con el bolígrafo en la mano. Lo guardo. Lo dejo encima de la libreta sin apuntar nada todavía.

Después apunto. *Ricardo Brun: descartado solo para rutas sur (Andalucía, Castilla La Mancha sur, Extremadura). Mantengo posible para casos del norte: Otxoa Vitoria 1999, Mateos Almazán 2018, Estévez Marín 2021. Tres de dieciséis. Probabilidad relativa baja.*

Más abajo, en línea separada, anoto:

BRUN: los más antiguos no están en el Gremio. Italianos / alemanes / autodidactas. Sin licencia. Boca a boca. Volver a este punto si los doce del Gremio no dan.

Tacho a Brun parcialmente en el listado.

Casi dos descartados. Quedan diez con Brun como posible reducido.

A las seis menos diez recojo. Salgo a las seis y dos. Llego a casa a las seis y veintiséis. Inés está con Aurora en el salón. Hoy era

miércoles sin clase, Aurora la llevó al pediatra del centro de salud de la calle Bravo Murillo a la revisión anual programada en septiembre. Aurora la trae con una pegatina en el jersey verde del cole: un león con la frase *He sido valiente*.

—Helena. La niña tiene un percentil ochenta de peso y ochenta y cinco de altura. Dice el pediatra que está perfecta. Tienes el papel del crecimiento en su mochila. Veintinueve coma dos kilos. Un metro veintinueve.

—Gracias por llevarla, Aurora.

—De nada, mujer. Me venía de paso. ¿Café?

—No tengo hambre, ¿quieres tú?

—No, tengo otro alumno a las ocho.

—Mañana te toca llevarla al cole, ¿no?

—Sí. A las ocho menos cuarto en el portal de Sagasta. ¿Tú madrugón?

—El jueves a las ocho he quedado en el INE. Sí.

—Vale. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Aurora sale.

Inés se quita la pegatina del jersey con cuidado y la pega en el frigorífico al lado de las otras tres pegatinas de pediatra que tiene desde los cinco años. Las pega siempre en la misma esquina del Liebherr.

Cenamos pasta a la carbonara con bacon Hacendado picado, huevo batido al final del fuego, parmesano rallado por encima. Es lo que pide Inés los miércoles. Lleva pidiéndolo desde febrero.

—Mamá.

—Dime.

—¿El viernes papá viene a las seis y media?

—Sí.

—¿Idoia me ha comprado el edredón rosa de mi cama de allí?

—Eso me ha dicho papá. Tú lo encargaste en septiembre cuando estuviste el último fin de semana en Bilbao.

—Vale. Lo voy a estrenar.

—Sí.

—Mamá, ¿voy a llevar mucha ropa?

—Tres pijamas. Tres pantalones. Cuatro camisetas. Dos jerséis. Calcetines. Bragas.

—Bien que te acuerdas que ahora son bragas y no calzoncillos.

—Ayer me corregiste.

—Sí.

Inés se ríe medio segundo. Después se le pasa.

A las nueve y media está en la cama. Lupe a la izquierda, libro de Manolito Gafotas a la derecha (lee diez minutos), apaga ella la luz. Le pongo la mano en la espalda.

Cuento.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Se gira al quinto. Me dice buenas noches con los ojos cerrados. Se duerme al octavo.

Levanto la mano al octavo.

Salgo. Rendija de cinco centímetros.

Bajo al salón. Saco la libreta. Anoto:

Miércoles 23 oct. Llamadas: Acevedo descartado entero. Brun descartado parcial — solo norte. Brun me da pista grande: los más antiguos no están en el Gremio. Italianos, alemanes, autodidactas. Volver. Inés pediatra: percentil 80/85, perfecta. Viernes Mario a las 18:30. Bilbao hasta lunes 4.

Cierro la libreta.

Saco el portátil. Abro El Confidencial. Busco autora: Mª Luisa Etxeberria. Tres piezas esta semana. Una sobre vivienda en Madrid. Otra sobre el Senado. Otra sobre una niña desaparecida en Toledo en 2009 que ha aparecido viva en Francia a los veintiún años. La pieza

sobre la niña de Toledo tiene tres mil seiscientas palabras, está firmada como Investigación y lleva una nota a pie diciendo que es la primera parte de una serie.

Mª Luisa lleva meses trabajando en esto. Una pieza de tres mil seiscientas palabras con seguimiento sale después de seis meses de trabajo o más. Eso explica el silencio. No me ha contestado a mis correos porque está cerrando una historia más grande que ya tenía abierta.

Anoto. *M.L.E.: serie larga sobre Toledo 2009 niña reaparecida en Francia. Cerrando entrega. Razón parcial del silencio. No descartar reacción cuando termine de cerrar la suya.*

Cierro el portátil.

Mañana llamo a Camarena Núñez. Tercero de doce. Calle del Pez 14, generalista.

Pongo el despertador a las siete y media. Acerco la libreta al borde de la mesilla para no perder tiempo mañana.

CAPÍTULO 10

Todos los Santos

Camarena Núñez coge al primer tono el jueves a las nueve y treinta y dos. Voz despierta, madrileño, agradable. Le suelto la cubierta de periodista freelance. La acepta. Le hago las preguntas habituales.

Camarena tiene sesenta y tres años. Lleva afinando desde 1986. Ruta provincial activa hasta 2017, después solo Madrid capital. Cubría Aragón, Cataluña, La Rioja, Navarra. Cliente importante: el conservatorio de Logroño durante dieciséis años. Particulares en Zaragoza, Pamplona, Lleida, Tarragona.

Cruzo. Ninguna víctima en su ruta. Ni una. Descartado.

Anoto. *Camarena: descartado completo. Aragón/Cataluña/La Rioja/Navarra. Sin coincidencia con víctimas.*

Tacho.

A las once y diez llamo a Delgado Olmedo. Cincuenta y nueve años, mantenimiento. Tiene un mensaje en el contestador que dice que está hospitalizado y que no puede atender llamadas hasta enero. Le mando un email al de la página por si lee correo desde la cama. Lo dejo en pausa.

Delgado: pausa por hospitalización. Volver en enero.

A la una marco a Echevarría Pasamontes. Setenta años. Calle Hortaleza, justo en el barrio mío extendido. Coge una voz cansada de viejo.

—Echevarría.

Cubierta. Acepta. Voz lentísima. Sus respuestas son frases enteras pero llegan despacio. Echevarría se especializó en regulación de mecánica de pianos, no en afinación pura. Cubrió toda España hasta 2010, después dejó la ruta por una embolia leve. En 2010 ya estaban algunas de mis víctimas muertas pero no todas. Encaja parcialmente.

Le pregunto si trabajó alguna vez con pianos Bechstein o Steinway antiguos. Sí, varios. Le pregunto si tuvo clientes en Cádiz, en Vitoria, en Pontevedra, en Toledo, en Almazán. Vitoria sí, dos clientes. Cádiz no. Toledo capital sí, uno. Almazán nunca. Pontevedra no.

—¿Recuerda los nombres de los clientes de Vitoria?

—Uno se llamaba Cándido Pradera, mayor, ya muerto. La otra era Pilar no sé qué. Apellidos vascos.

—¿Pilar Otxoa?

—Eso. Otxoa. Sí. Bueno, sí, ella fue cliente mía cinco o seis años. La regulé un Steinway pequeño. Murió en una caída por escalera, lo leí en la prensa.

—Sí.

—Era una mujer agradable. Tocaba bien.

—¿Cuándo fue su última visita a su casa?

—No recuerdo bien. Le había hecho la mecánica dos veces. La última, año noventa y ocho o noventa y nueve. Un año antes de morirse o así.

—Ya.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Marco de referencia, Joaquín. Estoy intentando trazar quién atendía qué pianos en qué provincias.

—Entiendo. Si necesita algo más me llama. Tengo la cabeza floja pero los archivos están en orden.

—Gracias.

Cuelgo.

Encaja parcial. Echevarría tocó a Pilar Otxoa antes de su muerte. Pero no encaja con Reme Castaño (Cádiz, fuera de ruta), ni con Aurelia Iglesias (Toledo capital sí, pero ella tenía un afinador madrileño según el catálogo Christie's, y Echevarría no atendió ninguno de sus instrumentos antiguos, según me dice ahora), ni con las once víctimas restantes.

Echevarría tocó a una. Eso no es un patrón. Eso es un punto.

Anoto. *Echevarría: cliente directo de Pilar Otxoa (víctima 14) hasta 1998-99. Un cliente. No encaja para el resto. Mantener como dato.*

Tres llamadas hoy. Cero coincidencias plenas.

Almudena baja a comer a las dos. Yo bajo a las dos y cuarto. La cafetería está medio vacía. Asunción no está. La he visto por última vez hace cinco días, de pasillo. Hoy tampoco. Almudena me pregunta cómo va. Le digo que bien. Almudena me dice que mi madre llamó ayer al fijo del despacho cuando yo estaba en el baño y que dejó un mensaje. Almudena me dio el mensaje ayer y yo se me olvidó. Mi madre lleva muerta desde 2019. Almudena se da cuenta a los tres segundos y palidece.

—Helena.

—No pasa nada.

—Pensaba que tu suegra. Era tu suegra.

—Pilar. Vale.

—Lo siento, soy idiota.

—No.

—¿Pilar dejó mensaje?

—Que la llames hoy.

—Vale.

Comemos en silencio. Almudena tiene la cara roja durante diez minutos.

Por la tarde llamo a Pilar al fijo de Bilbao. Coge ella al cuarto tono.

—Helena.

—Pilar.

—Mario me ha contado.

—Ya.

—No le voy a decir a la niña otra vez cosas así.

—Bien.

—Pero Helena, te digo una cosa.

—Dime.

—Yo soy de mi época. A mí me sale lo que me sale. Si te molesta lo que digo, dímelo tú directamente. No me lo digas a Mario que

después me lo cuenta él y me hace de mediador. A mí dímelo tú.

—Vale.

—¿Algo más?

—No.

—Bien. ¿Cómo está la niña?

—Bien.

—¿Le has comprado las botas?

—El sábado.

—Bien. Hasta la próxima.

—Hasta la próxima.

Cuelga. Es la conversación más larga que he tenido con Pilar Iturmendi desde 2021. La guardo. La conversación entera me ha durado un minuto y cuarenta segundos.

A las cinco y media salgo. Inés está en clase con Aurora. Aurora me la sube a las siete menos veinte porque el jueves la clase es hasta las seis y media.

A las siete menos veinte Aurora y Inés llegan. Aurora me da el cuaderno de digitación corregido para el séptimo. Inés está cansada. Cenamos a las nueve. Tortilla francesa con queso y un yogur Danone azucarado. Inés se duerme antes de las diez. Le pongo la mano. Cuento. Se gira al cuarto. Buenas noches.

Bajo al salón. Anoto las llamadas del día. Cierro la libreta.

A las diez y media Mª Luisa Etxeberria no me ha llamado.

El viernes 25 llamo a Garrido Tena, Iribarren Gascón y Pareja Sandoval entre las diez y la una. Tres más. Garrido descartado entero (Cataluña y Aragón, fuera de ruta). Iribarren parcial — cubrió País Vasco y Cantabria hasta 2012, pero no Andalucía ni Castilla-La Mancha. Pareja descartado entero (Levante exclusivo).

Sábado 26 y domingo 27 paso con Inés. Sábado pan en casa. Compra en Mercadona. Película. Domingo paseo corto por el Retiro entre lluvia ligera. Inés cansada por las prácticas del piano de la

semana. No anoto los detalles del fin de semana. Los guardo de otra manera.

Lunes 28 llamo a Santamaría Bujedo, el del Real Conservatorio. Voz culta, anciana, despacio. Cubrió todo el norte y centro de España hasta los noventa, después solo Conservatorio. Cubrió Vitoria sí, Pontevedra no. Conoció a Pilar Otxoa de oídas — era profesora suya un alumno mutuo. No la afinó directamente. Tampoco a las otras del norte. Conoce a Brun. Conoce a Echevarría. Me confirma sin que se lo pregunte:

—Los grandes ruteros no estamos en el Gremio, Helena. Los del Gremio somos los que no nos hemos atrevido a salir de él. Los buenos están fuera.

—¿Por qué dice eso?

—Porque la afinación de buena fe es boca a boca. Si quiere encontrar al hombre que afinaba a sus pianistas provinciales, no busque en el directorio. Busque en los álbumes familiares.

—Vale.

Anoto. *Santamaría descartado. Repite y refuerza la pista de Brun: los grandes ruteros no están en el Gremio. Buscar en álbumes familiares.*

Tacho.

Martes 29 llamo a Méndez Ortuño José Luis y a Vázquez Llorente Modesto. Méndez Ortuño descartado entero (no encaja edad ni cobertura). Vázquez Llorente lleva dos años con Alzheimer, según su hija. No puede atender. Descarto operativo.

Miércoles 30 llamo a Zorrilla Bermúdez Esmeraldo. Calle Lavapiés. Coge un hombre que dice ser él. Le suelto la cubierta. Me dice que no hace afinaciones a particulares desde 2003, solo a salas de conciertos. Descartado.

Doce candidatos. Dos en pausa (Delgado por hospital, Vázquez por Alzheimer). Diez investigados. Cero coincidencias plenas. Tres parciales: Brun (norte), Echevarría (un cliente directo, Pilar Otxoa), Iribarren (norte cantábrico hasta 2012).

Lo apunto. *Total Gremio: 0 plenos, 3 parciales, 7 descartados, 2 en pausa. El afinador madrileño no está en el Gremio. Trabajo de Brun y Santamaría: hay que mirar fuera. Mirar en álbumes familiares de las víctimas. Mirar en cuadernos heredados.*

Subrayo *fuera*.

El jueves 31 lo paso preparando el informe semanal del INE y cenando con Inés. Aurora me la sube a las siete y media. Las dos cenamos espaguetis con tomate Hacendado y atún. Inés está ilusionada porque mañana se va a Bilbao con su padre. Habla del edredón rosa por tercera vez esta semana. Habla de Idoia. Habla de Pilar. No habla de Pablo, ni del piano del salón, ni del recital de diciembre. Inés a las nueve menos cuarto se duerme en el sofá. La llevo a la cama. Mano. Cuento. Se gira al cuarto. Se duerme al sexto.

El viernes 1 de noviembre suena el despertador a las siete y media. Inés ya está despierta. Hoy tiene cole por la mañana hasta las dos porque las vacaciones empiezan oficialmente esta tarde — el cole de Inés se acoge al calendario regional. Aurora hoy va a recogerla del cole y la traerá a casa a las dos y cuarto, porque yo termino tarde en el INE. Mario llega a las seis y media.

A las dos y cuarto Aurora trae a Inés. Inés está en jersey verde con dos manchitas de algo amarillo en el hombro, mochila Quechua a la espalda, pelo recogido en una cola con un coletero rosa. Aurora la abraza fuerte, le da un beso en la coronilla. Le dice que se porte bien con la abuela. Inés le dice vale.

—Helena, hasta el miércoles que vuelve a clase.

—Hasta el miércoles, Aurora.

—Que descanses tú estos días.

—Sí.

Aurora se va.

Comemos lo que queda en la nevera: dos huevos pasados por agua, jamón cocido de la nevera, una manzana cortada. Inés está nerviosa pero contenta. Cuenta hasta cinco veces qué va a hacer en Bilbao. Va a hacer la mona de Pascua con la abuela aunque sea

noviembre. Va a ver a Idoia. Va a dormir en el edredón rosa. Va a estrenar las botas.

A las cinco y media le hago el repaso final de la maleta. Tres pijamas. Tres pantalones. Cuatro camisetas. Dos jerséis. Calcetines. Bragas (Inés se ríe de nuevo medio segundo). Cepillo de dientes con el rojo. Lupe envuelta en una toalla pequeña por si llueve. El libro de Manolito Gafotas. El estuche de los rotuladores Stabilo de punta fina. El cargador del iPad. El iPad.

Inés revisa la maleta con su propio criterio. Saca y mete tres veces el cargador. Pide añadir una pulsera elástica violeta que le regaló su abuela en mayo. La metemos en el bolsillo lateral.

A las seis y veinte suena el portal. Mario.

Subo a abrirle. Mario llega solo. Idoia está en el coche aparcado en doble fila. Mario me da dos besos secos. Me huele a un perfume que no es el suyo, un perfume que reconozco vagamente, debe ser de Idoia. Inés sale al pasillo.

—Papá.

—Hola, princesa.

La abraza. La levanta. La devuelve al suelo.

—¿Maleta lista?

—Sí.

—¿Llevas a Lupe?

—Sí.

—Pues vámonos que tu abuela quiere verte.

Inés se cuelga la mochila Quechua y arrastra la maleta de cabina por los seis metros de pasillo. La puerta del piso. Mario carga la maleta.

—Helena.

—Mario.

—El lunes a las ocho la traigo.

—Sí.

—Que descanses estos días. Te lo digo en serio. Se te ve cansada.

—Vale.

—Cualquier cosa, llámame.

—Vale.

Inés se gira. Me abraza por la cintura los cuatro segundos que su padre le concede.

—Mamá. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes.

—Te voy a hacer un dibujo de Bilbao con la abuela.

—Vale.

—Adiós.

—Adiós, Inés.

Se gira. Coge la mano de Mario. Bajan por el pasillo del rellano. El ascensor se cierra. El ruido del ascensor bajando los cuatro pisos. La puerta del portal abriéndose, cerrándose. La calle. Mario poniendo la maleta en el maletero. Idoia abriendo la puerta de atrás para Inés. El coche arrancando.

Cierro la puerta del piso. Echo la llave.

El piso pesa distinto cuando no está Inés. Es un peso que conozco — el día en agosto que pasó con Mario, los dos fines de semana de septiembre — pero que aún no he registrado como dato estable. Hoy lo registro.

A las siete me hago un té. Cojo la libreta. Bajo al salón. Me siento en el sillón del fondo, no en el sofá donde Inés se duerme. Pongo *The Crown* otra vez. No la veo.

Abro Renfe en el portátil. Madrid-Vigo, sábado mañana, ida y vuelta lunes 4 por la noche. Hay un Alvia que sale de Chamartín a las ocho y cuarto, llega a Vigo a las dos y treinta y cinco. El de vuelta sale el lunes a las seis y cuarto de la tarde, llega a Chamartín a las doce y cinco de la noche.

Hago la reserva. Pago. Recibo el billete en el correo.

Mañana voy a Marín a buscar la casa donde murió Yolanda Estévez. Si encuentro a la familia, les pregunto por el afinador madrileño.

Cierro Renfe.

Saco la libreta. Anoto:

Viernes 1 noviembre. Inés en Bilbao hasta lunes 4. Gremio agotado, cero coincidencias plenas. Pista clara: el afinador madrileño no está en el Gremio. Renfe sábado 2 Madrid-Vigo 08:15, Marín. Buscar familia Yolanda Estévez. Llevar las dieciséis fichas. Llevar la libreta. Llevar el portátil.

Más abajo:

Inés se ha llevado a Lupe.

Cierro la libreta. La guardo.

Apago.

CAPÍTULO 11

Marín

El sábado a las siete y cuarenta y nueve estoy en el andén número doce de la estación de Chamartín. El Alvia 04183 con destino Vigo Guixar sale en veintiséis minutos. Llevo la maleta de cabina con tres mudas, el portátil, la libreta azul, las dieciséis fichas plastificadas, un libro de Vázquez Montalbán que cogí del estante sin saber por qué, y un termo con café que ya está tibio.

Es la primera vez en cinco años que viajo sola fuera de Madrid. La última vez fue a Valencia en 2019 a una conferencia del INE, dos días, vuelo de Iberia, hotel Acta del Carmen. Mi madre se quedó con Inés en mi casa. Aquella semana mi madre todavía estaba viva. Murió en agosto de aquel mismo año. Esta vez Inés está con Mario y mi madre está donde sea que esté.

A las ocho y once subo al tren. Coche número siete, asiento doce A, ventana, sentido de la marcha. La gente sube despacio. La estación a esta hora del sábado tiene una luz blanca de techo que cae sin acumularse sobre los hombros. Hay un olor a café de máquina y a galletas industriales. La voz del altavoz repite el destino tres veces.

El tren arranca a las ocho y quince exactos.

Saco el portátil. La libreta. Pongo los auriculares aunque no esté escuchando nada. El paisaje de la salida de Madrid son los tejados de Las Tablas, los polígonos de Tres Cantos, después el campo abierto del norte de Segovia. La luz del cielo de noviembre es plana, sin nubes individuales, todo un mismo gris dilatado.

Trabajo dos horas. Reviso las fichas plastificadas de las dieciséis víctimas. Repaso lo que sé y lo que no. En la libreta hago una columna nueva: *Preguntas para Marisol Estévez si la encuentro*. Anoto siete preguntas.

A las diez y diecinueve me levanto a estirar las piernas. Camino tres vagones hacia delante para llegar a la cafetería. En el vagón cinco, fila ocho, asiento pasillo, hay un hombre solo leyendo un libro. Camisa azul de algodón abrochada hasta el último botón. Pelo blanco peinado hacia atrás con fijador. Pantalón gris de pinza. Maletín de cuero marrón en el suelo junto al pie izquierdo. Una bolsa de viaje pequeña en el portaequipajes encima.

Pablo Méndez.

Lo registro al pasar. No me ve. Está concentrado en el libro. El libro es uno con tapa dura, no logro ver la portada porque la tiene cerrada sobre el regazo entre lecturas. Sigo hacia la cafetería.

Pido un café americano. Vuelvo por el otro lado del vagón para no pasar otra vez por su asiento. Tres vagones atrás me siento en mi sitio.

Lo apunto en la libreta. *Pablo Méndez en el Alvia Madrid-Vigo. Coche 5 fila 8 pasillo. Va a algún sitio de Galicia por trabajo, supongo. Apuntar por si.*

Por si qué, no me lo digo. Lo guardo.

El Alvia para en Segovia, Medina del Campo, Valladolid, Zamora, Sanabria, Ourense. A las doce y cuarenta y dos para en Ourense. Miro por la ventana hacia adelante. Veo al hombre de la camisa azul bajar al andén con su maletín marrón y la bolsa de viaje al hombro. Camina hacia la salida sin mirar atrás. Se pierde entre los pasajeros que bajan y suben.

Anoto. *Pablo Méndez se baja en Ourense.*

Lo guardo en el cajón de los datos sueltos. Pablo es afinador. Ourense tendrá clientes como cualquier capital de provincia. No es relevante para mi investigación. La hermana de Yolanda Estévez está en Marín, no en Ourense.

A las catorce y treinta y cinco el Alvia llega a Vigo Guixar. Recojo el portátil, la libreta, la mochila, la maleta de cabina. Bajo al andén. Cae una lluvia muy fina, casi vapor.

En la oficina de Sixt alquilo un Peugeot 308 manual gris por tres días. Trescientos veinte euros con seguro completo. Cargo la maleta. Salgo de Vigo por la AP-9. Treinta y un kilómetros hasta Marín.

La ría de Pontevedra a las tres y media de un sábado de noviembre es de color pizarra. El agua está plana. En el otro lado de la ría se ven los edificios de Marín — bloques bajos blancos contra la ladera, después la zona del puerto naval. Cruzo el puente de Rande. La autovía se vacía. Llego a Marín a las cuatro y dos.

La dirección que tengo de Yolanda Estévez es la casa de Cangas, en la aldea de Massó. Cojo la PO-551 hacia el sur. Quince minutos. La aldea es pequeña — diecisiete casas en una ladera con vistas a la ría. Pinos altos, eucaliptos quemados de la lluvia, hortensias secas en los jardines.

La casa de Yolanda Estévez es la cuarta a la izquierda subiendo la cuesta. La reconozco por la descripción del catastro: dos plantas, fachada de piedra, ventanas de madera blanca, tejado de tejas planas. Hay un cartel descolorido en la verja: *Se vende. Inmobiliaria Costa Rías, 986 22 14 33*. La casa lleva tres años en venta.

Llamo al timbre por si. No contesta nadie. Lo previsto.

Llamo a la puerta de la casa de al lado. Sale una mujer mayor con un mandil estampado. Le digo que busco a la familia Estévez.

—¿Para qué?

—Soy periodista. Estoy escribiendo un reportaje sobre Yolanda.

La mujer me mira tres segundos. Decide algo.

—La hermana de Yolanda es Marisol. Vive en Marín, en la calle Concepción Arenal número doce, segundo izquierda. Pero hoy no sé si la encuentra. Los sábados va al mercado por la mañana y después come en casa de su hijo.

—Gracias.

—¿Le digo algo si me llama?

—No hace falta. Voy yo.

—Bien. Ya me dirá.

Cierra la puerta.

Vuelvo al coche. Vuelvo a Marín. Calle Concepción Arenal número doce. Es un bloque de cuatro plantas de los años sesenta. Llamo al telefonillo del segundo izquierda. Salta el contestador: una voz de mujer mayor diciendo que no está, que deje mensaje. No dejo mensaje.

Espero en el coche aparcado en frente.

A las seis menos veinte una mujer de unos sesenta años llega a pie con dos bolsas del Gadis. Sube. Espero diez minutos. Salgo. Vuelvo a llamar.

—¿Diga?

—Marisol Estévez. Mi nombre es Helena Aragüés. Soy periodista freelance. Estoy haciendo un reportaje sobre su hermana Yolanda. Me gustaría hablar con usted veinte minutos si le viene bien.

Silencio de seis segundos.

—Suba.

Subo al segundo izquierda. Marisol Estévez me abre. Tiene sesenta y un años — lo sé por los datos del catastro cruzados con el censo. Pelo gris corto, gafas de pasta, jersey rojo de lana gruesa, pantalones marrones. Las manos están agrietadas del frío.

—Pase.

El piso es de los sesenta sin reformar. Suelo de terrazo. Pasillo estrecho. Cocina al fondo. Salón a la derecha con una mesa camilla, dos sillones de orejas, una vitrina con tazas. Olor a guiso del mediodía. Marisol me indica el sillón con la mano.

—Café.

—Sí. Gracias.

Sale a la cocina. Vuelve con dos tazas. La taza tiene una marca de uso en el borde, donde el labio de Marisol roza desde hace años. Me la da. Bebe.

—Periodista de dónde.

—Madrid. Freelance. He estado estudiando varios casos de mujeres profesionales en provincias muertas por accidente doméstico en los últimos veinticinco años. Tengo dieciséis casos. Su hermana es uno de ellos.

Marisol asiente con la cabeza una vez. No pregunta más sobre mí.

—Lo de Yolanda fue raro.

—Sí.

—Llevábamos diciendo que era raro tres años. Pero nadie lo investigó porque la autopsia dijo lo que dijo.

—Hipotermia.

—Hipotermia con la calefacción cerrada. Yolanda llevaba en esa casa cuarenta años. Sabía abrir y cerrar la calefacción mejor que el técnico que se la instaló. No la cierra y se va a dormir en diciembre nadie que tenga la cabeza puesta. Y la mía la tenía.

—Sí.

—¿Qué necesita saber, Helena?

—El afinador madrileño.

Marisol levanta los ojos hacia el techo. Después los baja. Bebe café.

—Vino todos los inviernos durante quince años. La afinaba el Bechstein de mi abuela una vez al año, en diciembre, justo después de las primeras heladas. Yolanda le pagaba en efectivo. Cien euros por afinación. Yo se lo escuché muchas veces. Decía: *"Mañana viene don Pablo, le tengo el sobre en la encimera"*.

—Don Pablo.

—Eso es lo que ella le llamaba. Don Pablo. Yo nunca le pregunté el apellido. Ella nunca me lo dijo. Era cosa suya, su afinador, su piano. Yolanda con esas cosas era discreta.

—¿Usted lo vio alguna vez?

—Dos veces. Una en 2016, en el portal del edificio cuando yo subía a verla a Cangas y él estaba bajando. Le saludé. Me saludó. No me presenté. La otra fue en 2018, en el funeral de mi madre. Vino al velatorio. Yolanda me dijo que era él, que se lo había llamado por ser de la familia. Allí también lo vi diez minutos. Habló poco. Le dio el pésame a Yolanda con dos manos. Se fue.

—¿Cómo era?

—Mayor. No muy alto, metro setenta y tantos. Pelo blanco peinado para atrás con fijador. Camisa azul siempre, las dos veces que lo vi. Manos grandes. Voz tranquila. Educado.

Helena anota cada palabra. La descripción cruza en su cabeza con muchas descripciones genéricas. Pelo blanco peinado para atrás describe a una décima parte de los hombres mayores de sesenta años en España. Camisa azul es uniforme. Manos grandes es trivial.

Lo guarda. No le hace cuenta.

—Marisol, ¿sabe cómo conoció Yolanda al señor?

—Sí. Eso sí lo sé. Yolanda lo conoció por un anuncio en una revista. *Música Antigua* se llamaba. La revista cerró hace ya bastante, diez o doce años. Yolanda tenía una colección entera, todos los números desde el ochenta y siete cuando empezaron, hasta que la cerraron en 2013. Las guardaba en el desván.

—¿Las revistas siguen ahí?

—Sí. Nadie las ha tocado desde que ella murió. La casa está cerrada. Si quiere ver las revistas, le doy las llaves y va.

—Sí.

—Le voy a poner una condición.

—Dígame.

—Si en lo que está escribiendo va a aparecer Yolanda con nombre y apellido, me lo enseña antes. No quiero ver su nombre en un periódico sin haberlo leído primero.

—Vale.

—Y si decide no salir, no sale.

—Vale.

—Bien. Mañana domingo abro la casa de Cangas. Venga a las once.

—Vale.

—¿Algo más, Helena?

—Una última. Yolanda le hablaba en algún momento de cómo conoció don Pablo en persona la primera vez.

—Sí. El primer año, en 2006, él vino a Marín porque tenía otra clienta cerca. Yolanda lo contrató por carta primero. Después la llamó. Quedaron en su casa. La afinó el Bechstein. Le dijo que iba a

venir todos los inviernos. Y cumplió. Cada diciembre durante quince años hasta el último, en 2021.

—¿Otra clienta cerca de Marín?

—Eso decía Yolanda. Una mujer también pianista, parece. Pero no me dio el nombre. No me lo dio nunca.

—Vale.

—¿Quiere algo más de café?

—No, gracias.

—Bien. Mañana a las once en la casa de Cangas.

Marisol se levanta. Yo me levanto. Me acompaña a la puerta.

—Helena.

—Dime.

—Si encuentra algo, me lo dice.

—Sí.

—Aunque la haga llorar, me lo dice.

—Sí.

Cierra la puerta.

Bajo. Cojo el coche. A las siete y veintidós llego al Hotel Bahía de Vigo en la avenida Cánovas del Castillo donde reservé desde Madrid. Habitación 408, ducha, escritorio pequeño con lámpara, ventana al puerto. Lluvia suave fuera, todavía.

Saco la libreta. Anoto:

Sábado 2 noviembre. Vigo / Marín. Marisol Estévez confirma "don Pablo" como apelativo del afinador madrileño durante quince años (2006-2021). Sin apellido conocido por la hermana. Pago en efectivo siempre, cien euros. Descripción física: metro setenta y tantos, pelo blanco peinado para atrás con fijador, camisa azul, manos grandes. Educado. Vio el funeral de la madre en 2018. Detalle nuevo: Yolanda lo conoció por anuncio en revista 'Música Antigua' (1987-2013). Yolanda guardaba colección entera en el desván de Cangas. Marisol abre la casa mañana a las once. Detalle

de cruce: "otra clienta cerca de Marín", mujer también pianista, sin nombre.

Más abajo, en línea separada:

Pablo Méndez en el Alvia hasta Ourense. Sin contacto. Sin cruce.

Cierro la libreta. Saco el móvil. Llamo a Mario.

—Helena.

—Mario. ¿Inés?

—Está bañándose con Idoia. Ahora te la paso si quieres.

—No la saques. Dile que la llamé. Que la beso. Que mañana le llamo otra vez.

—Vale.

—¿Está bien?

—Está bien. Hoy hemos hecho mona de Pascua con mi madre. Bueno, mona de Pascua de noviembre.

—Bien.

—Helena, ¿tú dónde estás?

—Vigo. Trabajo.

—Vale.

—Mañana le llamo a Inés a media tarde.

—Vale. Cuídate.

—Tú también.

Cuelgo.

Me siento en la cama de la habitación 408. La lluvia sigue suave fuera. El puerto de Vigo a las ocho menos cuarto de la tarde de un sábado de noviembre tiene luces amarillas en las grúas y dos barcos quietos amarrados al muelle largo.

Mañana a las once en Cangas. Las revistas de Yolanda en el desván. *Música Antigua* 1987 a 2013. Veintiséis años de anuncios profesionales. Si don Pablo se anunció una vez, está en alguno de esos números.

Bajo la persiana de la habitación 408 hasta abajo. El puerto se queda fuera.

CAPÍTULO 12

Música Antigua

El domingo a las ocho y diez bajo a desayunar al comedor del Hotel Bahía. Café americano, tostadas con tomate y aceite, dos lonchas de jamón cocido del bufé, un yogur natural. Hay siete clientes más a esta hora. La camarera me reconoce de anoche y no me pregunta nada. La televisión del comedor está encendida en TVE con el volumen bajo. Una noticia sobre la dana de Valencia. Llevan tres semanas con esa misma noticia. Cambian los datos. La estructura es la misma.

Salgo a las nueve menos cuarto. Sigue la lluvia fina de ayer pero el cielo del puerto de Vigo el domingo a esa hora es de un gris más claro, casi blanco. Cargo el Peugeot 308 con el portátil, la libreta azul, dos botellas de agua, una linterna pequeña que pedí prestada en recepción del hotel.

Conduzco hasta Marín por la AP-9 a velocidad baja. La ría de Pontevedra esta mañana está tapada por la calima de mar y monte. Los pinos del otro lado de la ría asoman como sombras altas sin contorno. Llego a la calle Concepción Arenal número doce a las diez y cuarenta y cinco.

Marisol Estévez baja a las once menos cinco con un anorak verde oliva, las llaves de la casa de Cangas en una bolsa de tela, una bufanda gris al cuello. Sube al coche. Conduzco yo. No nos decimos nada en los doce minutos de coche.

A las once y siete llegamos a la casa de Cangas. La casa cuarta a la izquierda subiendo la cuesta. Marisol baja primero. Saca un manojo grueso de llaves antiguas. Abre el portón de hierro de la verja. Después el cerrojo principal de la puerta de entrada. Después un pestillo viejo que la puerta tiene por dentro y que se acciona con una palanca metálica.

La casa lleva tres años cerrada.

Entramos. El aire del recibidor pesa. Olor a madera vieja, a humedad acumulada que no ha tenido tiempo de hacer moho porque la casa es de piedra, a algo dulce que será el polvo asentado sobre tela. La luz que entra por las ventanas de las contraventanas

entornadas cae en franjas blancas sobre el suelo de baldosín hidráulico negro y verde.

—El piano está en el salón. ¿Quieres verlo?

—Sí.

Marisol abre dos puertas de doble hoja. El salón ocupa la mitad del bajo. Hay un piano vertical Bechstein contra la pared del fondo, junto a un sofá tapado con una sábana blanca. La tapa del piano está cerrada. Encima hay una partitura abierta de Chopin que Marisol no ha movido en tres años porque Yolanda la dejó así el día antes de morir.

—No lo afino desde que Yolanda murió. No me he atrevido a que venga otra persona y no he sabido qué hacer con él.

—Vale.

—Si lo necesitas en algún momento para tu reportaje, dime y abro la tapa.

—Gracias.

—El desván está arriba. Sigo el pasillo, segunda escalera al fondo. La trampilla del techo. Las cajas que buscas son las del fondo del desván contra la pared norte, cinco cajas grandes de cartón Pikolín marcadas en rotulador negro como *MUSICA ANTIGUA*. Las dejó así Yolanda. Mi hermana ordenaba sus cosas con su sistema.

—Vale.

—Yo aquí abajo no subo. Tengo asma desde los cuarenta y los desvanes me sientan mal. Te dejo las llaves del piso. Te dejo la linterna que tengo aquí. Si vuelves a salir de la casa tienes que cerrar todo otra vez con estas dos llaves —me señala dos del manojo—. La grande es del portón. La pequeña con muesca es de la puerta de entrada. Las demás son de los muebles de aquí.

—Vale.

—Yo me voy a Marín. Vuelvo a las cinco a recogerte. Aquí no hay calefacción. Si tienes frío arriba, abajo en el salón hay una manta gris de lana.

—Vale.

—Tienes hasta las cinco, Helena. Si necesitas más tiempo, lo hablamos.

—Cinco está bien. Gracias.

Marisol asiente. Coge las dos llaves del coche que le presto para que vuelva sola a Marín. Sale. Cierra el portón desde fuera. Se va.

Subo al desván.

La trampilla está al fondo del pasillo del primer piso. Una escalera plegable de madera que se baja con una cuerda. La bajo. Subo. El desván es bajo de techo — un metro ochenta como mucho, yo paso a justa medida — y tiene tres claraboyas pequeñas por las que entra la luz lechosa del domingo. Polvo en el aire visible en las franjas de luz.

Cinco cajas grandes de cartón Pikolín contra la pared norte, exactamente donde Marisol dijo. Marcadas en rotulador negro: *MUSICA ANTIGUA 1987-1992*, *MUSICA ANTIGUA 1993-1998*, *MUSICA ANTIGUA 1999-2004*, *MUSICA ANTIGUA 2005-2010*, *MUSICA ANTIGUA 2011-2013*.

Saco la libreta. Empiezo por la primera.

Cada caja tiene dentro los doce números de cada año en pilas pulcras, sujetos con gomas elásticas que ya están secas y se rompen al tocarlas. Las revistas son tamaño A4 grapado, papel grueso, portadas con fotos en blanco y negro de instrumentos antiguos. La sección de anuncios profesionales viene siempre al final, en las últimas seis páginas, en una tipografía pequeña sin imágenes.

Voy a por la sección de anuncios de cada número. Sistematizo. Cada año cuatro números seleccionados al azar — enero, abril, julio, octubre. Si en alguno aparece un anuncio relevante, miro todos los del año. Si no, paso al siguiente.

1987 enero. No.

1987 abril. No.

1987 julio. No.

1987 octubre. No.

1988 enero. No. Abril. No. Julio. No. Octubre. No.

1989. Cuatro nadas.

1990. Cuatro nadas.

1991. Cuatro nadas.

1992. Cuatro nadas.

1993. Cuatro nadas.

1994. Cuatro nadas.

1995. Cuatro nadas.

1996 enero. No. Abril. No. Julio. Sí.

Detengo el sistema. Saco el ejemplar de julio de 1996. Paso a la página 47 donde está la sección de anuncios profesionales. Tercera columna abajo, en un recuadro pequeño con borde negro fino:

> *AFINADOR PROFESIONAL para pianos antiguos y de cuidado especial. Bechstein, Pleyel, Steinway pre-guerra, Bösendorfer, Érard. Formación europea. Atención discreta a domicilio en provincias. Discreción y confidencialidad garantizadas. P.M. — Apartado de Correos 14087, Madrid 28080.*

P.M.

Apartado de Correos 14087.

Anoto en la libreta el anuncio completo, copiado literal. Anoto la fecha: julio de 1996, *Música Antigua* nº 113, página 47, columna 3 inferior.

Sigo.

1996 agosto. Mismo anuncio.

1996 septiembre. Mismo anuncio.

1996 todos los meses tienen el mismo anuncio. Aparece desde julio. Antes no.

1997. Todos los meses. Mismo anuncio.

1998. Todos los meses.

999. Todos los meses.

000. Todos los meses.

2001 hasta junio. Mismo anuncio. Julio de 2001 desaparece el anuncio. Lo busco en agosto. No está. Septiembre. No. Octubre. No. Noviembre. Vuelve. Diciembre también.

Anoto. *Anuncio P.M.: julio 1996 a junio 2001 sin interrupción. Hueco verano 2001 (julio-octubre). Reaparece noviembre 2001.*

2002 a 2007. Todos los meses. Mismo anuncio sin cambios.

008. Aparece hasta marzo. Desde abril desaparece.

Lo busco en cada número desde abril hasta diciembre de 2008. No reaparece.

2009 a 2013, números aleatorios. No aparece.

Anoto. *Anuncio P.M.: julio 1996 a marzo 2008. Doce años con un hueco de cuatro meses en 2001. Apartado de Correos 14087 Madrid 28080. Sin teléfono. Sin nombre completo. P.M. de iniciales.*

Doce años de anuncios profesionales pagados. Pablo, o quien sea P.M., trabajó cubriendo provincias con piano antiguo durante doce años, anunciándose en *Música Antigua*. Después dejó de anunciarse. Probablemente porque ya tenía cartera de clientes suficiente para no necesitar publicidad. Es lo lógico para un profesional discreto.

Apago la linterna que había encendido. La luz del domingo entra suficiente por las claraboyas. Son las dos y cuarenta y cinco. Llevo casi cuatro horas arriba. Tengo frío en las manos.

Quedan cuatro cajas más en el desván — las otras que tiene Yolanda con cosas. Marisol no mencionó qué hay en ellas. Las abro una por una.

La primera tiene álbumes de fotos. La cierro.

La segunda tiene cuadernos de música, partituras subrayadas a lápiz, libretas pequeñas de notas de Yolanda sobre piezas que estaba estudiando. Las hojeo. Notas técnicas de mano izquierda, anotaciones sobre la regulación de su propio Bechstein. Una libreta

de bolsillo me llama la atención porque tiene en la portada *AFINACIONES*. La saco.

Es un cuaderno de Yolanda sobre las visitas anuales del afinador. La primera entrada es de diciembre de 2006. La última de noviembre de 2021, un mes antes de su muerte.

Cada año una entrada. Fecha de la visita. Importe pagado. Notas sobre el estado del piano.

Diciembre 2006: *Primera visita de don Pablo. Recomendado por su anuncio en Música Antigua. Llegó a la hora exacta. Afinación profunda, todas las cuerdas. Cuatro horas. Cien euros. Próxima visita pactada para diciembre del año que viene en la misma semana.*

Diciembre 2007: *Don Pablo. Cuatro horas. Cien euros. El Bechstein está muy bien según él. Me dice que no me preocupe por la madera, que aguanta otros diez años fácil.*

Diciembre 2008: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros. Esta vez vino con guantes finos para no marcar el barniz. Me dijo que estaba haciendo doble ruta este año porque tenía otra clienta en la zona, en Vilagarcía. Coincidencia.*

(Helena anota: otra víctima posible. Vilagarcía de Arousa. Mujer pianista que pudiera estar muerta. No tengo víctima en Vilagarcía en las dieciséis. Posible víctima no registrada todavía. Apuntar para buscar.)

Diciembre 2009: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros. Me trae como regalo de Navidad un pequeño paño de fieltro nuevo para que pueda yo limpiar el polvo del barniz sin rayarlo. Dice que es lo mismo que usa él para guardar las llaves.*

Diciembre 2010: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros. Le pregunté cuántos clientes tenía en provincias. Me dijo que no llevaba cuenta, pero que iba a once o doce ciudades al año. Cabezas frías para los pianos antiguos, dijo él.*

Diciembre 2011: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros.*

Diciembre 2012: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros. Hablamos de mi hermana mayor, Marisol. Le dije que iba a venir a vivir conmigo*

el año que viene. Don Pablo me dijo que era buena idea, que las hermanas eran lo único que quedaba al final.

Diciembre 2013: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros. Me dice que su madre tocaba el piano, que fue ella quien le enseñó a oír.*

Diciembre 2014: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros.*

Diciembre 2015: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros.*

Diciembre 2016: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros. La visita coincide con la visita que me hizo Marisol en el portal. Don Pablo le saludó con educación, pero no se presentó. Marisol salió con prisas. Después Marisol me preguntó quién era. Le dije que el afinador.*

Diciembre 2017: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros.*

Diciembre 2018: *Don Pablo no vino en diciembre. Me dijo por carta que estaba enfermo, una neumonía leve. Vino en enero de 2019.*

Enero 2019: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros. Volvió a las dos horas para terminar porque le falló la espalda y tuvo que descansar. Me preocupé. Le dije que si quería quedarse a comer. Me dijo que no, que tenía que volver a Madrid esa misma tarde.*

Diciembre 2019: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros.*

Diciembre 2020: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros. Mascarilla FFP2 las dos personas. Le pregunté cómo iba con la pandemia. Me dijo que mantenía la ruta porque sus clientes eran de los mayores y se quedarían sin servicio si no iba.*

Noviembre 2021: *Don Pablo. Tres horas. Cien euros. Vino antes de tiempo este año, en noviembre en vez de diciembre, porque dijo que tenía la ruta apretada en diciembre. Me ofreció afinar el piano antes de que entrara el frío de verdad. El piano sonó muy bien. Le pagué los cien. Don Pablo se despidió. Me dijo que volvía en diciembre del año que viene a la misma fecha.*

La última entrada del cuaderno.

Yolanda Estévez murió un mes después. Diciembre de 2021. Hipotermia con la calefacción cerrada.

Don Pablo afinó el piano en noviembre. La visitó. La conoció a fondo. Después ella murió.

Mi cerebro guarda el cuaderno en el cajón. Lo guarda entero.

Cierro el cuaderno. Lo meto en la mochila. Marisol me dijo que podía llevarme lo que necesitara con devolución.

Bajo a las cuatro y cuarenta. Cierro la trampilla. Apago la linterna. Bajo las dos escaleras del piso. Marisol llega a las cinco menos cuatro al portón.

—¿Has encontrado?

—Sí.

—¿Mucho o poco?

—Lo suficiente.

—¿Te llevas algo?

—Un cuaderno de Yolanda sobre las afinaciones. Te lo devuelvo el lunes o el martes por correo certificado.

—Vale. ¿Quieres copia o el original?

—El original. Te mando copia escaneada antes si quieres.

—No hace falta. Confío.

—Gracias, Marisol.

—Helena, ¿algo más?

—Sí. Una pregunta. ¿Conoces a alguna mujer pianista en Vilagarcía de Arousa que muriera en algún momento desde 2008 en adelante?

Marisol piensa cuatro segundos.

—Sí. Carmela Otero. Murió hacia 2014 o 2015 creo. En el periódico salió. Era hija de un cardiólogo de Vigo conocido. Tocaba en el coro de la iglesia de Vilagarcía y tenía pianos en casa. Murió en un incendio doméstico, creo. Lo leí en La Voz de Galicia.

Anoto. *Vilagarcía: posible decimoséptima víctima. Carmela Otero. Incendio doméstico ¿2014-2015? Hija de cardiólogo de Vigo. Coro iglesia.*

—¿Algo más?

—No. Gracias, Marisol.

—De nada. Cierro la casa.

Marisol cierra el portón, los cerrojos, las dos vueltas. Volvemos al coche. Conduzco hasta Marín. La dejo en Concepción Arenal a las cinco y veintidós.

—Helena. Si necesitas volver, llama.

—Vale.

—Si encuentras al señor, dímelo.

Marisol no me pregunta nada más. Baja. Entra al portal.

Vuelvo a Vigo. Hotel Bahía, habitación 408. Son las seis y dos. Saco el cuaderno y la libreta. Pongo los datos en orden.

Llamo a Aurora al móvil.

—Helena.

—Aurora. Una petición.

—Dime.

—Mañana lunes Mario trae a Inés a las ocho de la tarde a casa. Yo no llego a Madrid hasta las doce y cinco de la noche en el Alvia. ¿Puedes recibirla y quedarte con ella en mi piso hasta que llegue yo?

—Sin problema.

—Ya tienes llave.

—Sí. Se la voy a recibir, le doy de cenar, la duermo, espero a que llegues. Tranquila.

—Te debo una.

—No me debes nada, Helena. Para eso estamos.

—Vale. Gracias.

—¿Está todo bien?

—Sí. Estoy trabajando.

—Vale. Mañana a las ocho la tengo.

Cuelga.

Llamo a Mario.

—Helena.

—Mario. Inés.

—Está cenando con Idoia. Se ha portado muy bien. ¿Te la paso?

—Sí.

Inés se pone al teléfono.

—Mamá.

—Inés. ¿Estás bien?

—Sí. Hoy hemos ido al Guggenheim. He visto un pulpo gigante. He hecho un dibujo del pulpo. Te lo enseño el lunes.

—Bien.

—¿Tú estás bien?

—Sí. Trabajando.

—Vale. Mamá.

—Dime.

—Te quiero.

—Yo también, Inés.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cuelga.

Saco la libreta. Anoto:

Domingo 3 noviembre. Cangas. Anuncio P.M. en Música Antigua jul 1996 a mar 2008. Apartado Correos 14087 Madrid 28080. Sin teléfono, sin apellido. Cuaderno Afinaciones de Yolanda Estévez 2006-2021, dieciséis entradas. Don Pablo tres horas anuales, cien euros, ruta de once o doce ciudades. Detalle 2008: clienta en Vilagarcía. Carmela Otero, hija de cardiólogo, muerta en incendio

doméstico 2014-2015 según Marisol. Posible víctima 17. Aurora recibe a Inés mañana 20:00 hasta que llegue yo 00:30.

Subrayo *Apartado de Correos 14087 Madrid 28080.*

Mañana lunes en el tren miro cómo se rastrea un apartado de Correos. Si Correos guarda el historial, lo pido. Si no, busco otra vía.

Cierro el portátil. Pongo el despertador a las siete menos cuarto.

CAPÍTULO 13

Apartado 14087

El lunes a las ocho y treinta y dos abro los ojos en la habitación 408 del Hotel Bahía. La lluvia de ayer paró durante la noche. La luz del puerto entra plana por la cortina mal echada. Bajo a desayunar. Lo mismo de ayer: café americano, tostadas con tomate y aceite, jamón cocido del bufé, un yogur natural. La camarera me dice buenos días con la misma voz neutra de los dos días anteriores.

Vuelvo a la habitación a las nueve y diez. Saco el portátil. Saco el cuaderno *Afinaciones* de Yolanda Estévez. Empiezo por Carmela Otero.

La Voz de Galicia, hemeroteca digital, suscripción de tres meses que activo pagando treinta y nueve euros con la tarjeta. La búsqueda *Carmela Otero Vilagarcía* devuelve doce resultados. Filtro por años 2013 a 2016. Tres resultados.

El primero, del veintidós de marzo de 2014. *Trágico incendio en una vivienda de Vilagarcía deja una mujer fallecida.* Subtítulo: *La fallecida, profesora de música de un colegio público, fue encontrada en el dormitorio principal.*

Lo abro entero. La nota tiene novecientas palabras, foto del exterior de la casa rodeada por bomberos. Casa de tres plantas, fachada blanca, ventanas con persianas verdes, planta baja calcinada. Carmela Otero, cuarenta y seis años, hija del cardiólogo Dr. Juan Otero. Profesora de música en el CEIP Outes desde 2003. Tocaba en el coro parroquial de la iglesia de la Peregrina. Vivía sola en la casa familiar desde la muerte de su padre en 2009. El incendio se inició la madrugada del veintiuno de marzo. Origen: un brasero eléctrico mal apagado en el salón. La autopsia: inhalación de humo. Caso cerrado por accidente doméstico.

El segundo, del veintisiete de marzo. Una breve necrología puesta por la asociación de antiguos alumnos del Conservatorio Profesional de Vigo donde Carmela había estudiado. Una frase me detiene:

“Carmela conservaba el Steinway vertical de su madre y un piano de pared más pequeño que utilizaba para sus clases particulares, dos instrumentos que afinaba con esmero año tras año”.

El tercero, del seis de abril. Un perfil más extenso de la fallecida escrito por un colega músico. La frase que me importa:

"En los últimos años había recuperado la disciplina del estudio diario, ayudada en esto por las visitas anuales del afinador madrileño que mantenía sus pianos en estado de concierto".

Tres referencias a la afinación. Una al afinador madrileño explícita.

Diecisiete.

Anoto en la libreta. *17. C. Otero. Vilagarcía de Arousa. Marzo 2014. Incendio doméstico — brasero eléctrico mal apagado. Steinway vertical + piano de pared. Afinador madrileño confirmado por colega músico en La Voz de Galicia 6 abril 2014.*

Decisión sobre Vilagarcía: no voy hoy. Tengo el dato. La familia directa (el padre cardiólogo) está muerta. No sé si tiene hermanos vivos o sobrinos. Si los tiene, los encuentro desde Madrid por otra vía. Hoy vuelvo a Inés.

Cierro la pestaña.

A las once menos cuarto abro otra. *Apartado de Correos 14087 Madrid 28080. Cómo rastrear titular.*

Lo que sale en quince minutos de búsqueda básica:

— Los datos del titular de un apartado de Correos en España son confidenciales. Correos solo los facilita a la propia administración pública con orden judicial, o por requerimiento de la Agencia Tributaria, o de la Inspección de Trabajo, o de la Policía Nacional o la Guardia Civil en investigaciones abiertas.

— Excepción legal: el apartado puede aparecer públicamente si su titular lo ha consignado en documentación oficial accesible. Por ejemplo, si una empresa autónoma lo declara como domicilio fiscal en su alta en el censo, ese dato sí está en el Boletín Oficial del Registro Mercantil o en consultas de la Agencia Tributaria que pueden pedirse con interés legítimo demostrado.

— Tercera vía: ir al apartado, situarse en la oficina de Correos correspondiente, y observar quién lo recoge.

Lo del Boletín lo intento. Voy al BORME y al censo de actividades económicas y busco el apartado 14087 cruzado con afinador / piano / música / Madrid. Sin resultados.

Lo intento en Hacienda. La página del IRPF público no me lo da. Necesitaría un interés legítimo demostrable como periodista de investigación con acreditación. Eso no lo tengo. Mª Luisa lo tendría. Mª Luisa sigue sin contestar.

La tercera vía. La oficina de Correos de Madrid 28080 está en la calle de las Conchas número catorce, en el centro. El apartado 14087 estará físicamente allí. Si yo voy una mañana, me siento en la cafetería de enfrente, espero a que alguien pase a recoger la correspondencia que le llega, lo veo. Si tiene buzón fijo, puedo verlo en muchas mañanas.

Lo apunto. No para esta semana. Para más adelante.

Llamo a Correos al servicio de atención al cliente. Salta una voz grabada. Espero ocho minutos. Coge una mujer con acento andaluz.

—Buenos días. Llamo para pedir información sobre la titularidad de un apartado de Correos.

—Ese dato es confidencial, señora. Solo se facilita con orden judicial o requerimiento de la administración pública competente.

—Vale. ¿Hay algún procedimiento para presentar una solicitud con interés legítimo demostrado?

—El procedimiento es por escrito. Va dirigido a Correos Servicios Centrales, departamento jurídico. Indica usted el apartado, el motivo del interés, la documentación que lo acredita. Si lo aceptan, le contestan. Si no, también.

—¿Cuánto tarda?

—Tres meses en el mejor de los casos. Habitualmente se deniega.

—Vale. Gracias.

—De nada, señora.

Cuelgo.

Tres meses, habitualmente denegada. Inútil para esta investigación.

Pienso. Pienso treinta segundos. Apunto en la libreta:

Apartado 14087 Madrid 28080. Vías: (1) Solicitud formal por escrito a Correos — 3 meses, habitualmente denegada. Solo si se agota todo lo demás. (2) Cruzar con BORME y censo Hacienda — hecho, nada. (3) Periodista acreditada con interés legítimo — Mª Luisa Etxeberria. Pendiente de su respuesta. (4) Vigilancia física en oficina Conchas 14, Madrid 28080 — viable cuando haya tiempo, no urgente. (5) Orden judicial — improbable sin caso abierto formalmente.

Cierro el portátil.

A la una y veinticinco bajo a recepción. Pago la habitación. Mil veinte euros las dos noches con desayuno, IVA incluido. Tarjeta Visa.

Devuelvo el Peugeot 308 en la oficina de Sixt del puerto a las dos y diez. Trescientos veinte euros como acordamos. Me dan recibo en papel.

Como tarde en una freiduría de la calle Carral, frente a la plaza de la Constitución. Pulpo a la gallega y media ración de empanada de bacalao. Una caña. Setenta y dos euros con la propina. Termino a las cuatro y diez.

La estación de Vigo Guixar tiene andenes abiertos al puerto. El viento del Atlántico entra de frente y trae olor a sal y a diésel. Mi Alvia sale a las dieciocho y quince. Espero hora y media en la sala de espera. Trabajo en el portátil. Repaso el cuaderno *Afinaciones*. Vuelvo a leer cada entrada de don Pablo. La de 2013 me detiene: *"Me dice que su madre tocaba el piano, que fue ella quien le enseñó a oír"*.

Lo guardo. La madre tocaba. La madre le enseñó a oír. Es un dato más en el cajón de los datos sobre don Pablo. Sin todavía cara, sin todavía nombre completo, sin todavía nada que pueda yo cruzar.

El Alvia sale a la hora. El paisaje de Galicia hacia el este al atardecer es de un color que ya no tiene nombre concreto — entre rosado y gris y azul oscuro mezclados. Las montañas de Ourense las

pasamos a las siete y veinte. Pablo Méndez no está hoy en el vagón cinco. Lo registro al pasar de camino a la cafetería.

A las doce y cinco de la madrugada el Alvia entra en Chamartín. Bajo. Cojo un taxi al portal de Sagasta 28. Doce con setenta y cinco euros. Subo. Abro mi propia puerta con mi propia llave.

Aurora está en el sofá del salón con una manta gris encima. La lámpara amarilla apagada. La tele apagada. Una taza vacía en la mesita. Aurora levanta la cabeza al ruido de la puerta.

—Helena.

—Aurora. Gracias.

—Inés está dormida desde las diez y veinte. Se duchó. Cenó dos huevos pasados por agua y un yogur. Me contó el fin de semana. Habló mucho. Después se fue cayendo.

—Vale.

—Mario la trajo a las ocho y diez. Me dejó la mochila en el recibidor. Estaba bien.

—Gracias.

—¿Has comido?

—Sí, en Vigo.

—Yo me voy. Tienes la nevera con leche y pan que dejé yo esta mañana. Mañana es martes, Inés tiene cole a las nueve. Ya tiene la mochila y el uniforme listos en el cuarto.

—Aurora.

—Dime.

—Te debo una grande.

—No me debes nada, Helena. Pero a Inés sí. La he visto cansada después de Bilbao. Habla con ella mañana.

—Vale.

Aurora se levanta. Recoge la manta. Dobla la manta. La pone en el brazo del sofá. Coge su bolso. Sale.

Cierro la puerta. Echo la llave.

Voy al cuarto de Inés. La puerta entornada en la rendija de cinco centímetros. La empujo. Inés está dormida boca arriba con Lupe en el brazo izquierdo. La maleta de cabina abierta en el suelo, a medio deshacer. El edredón rosa de Bilbao no está, claro — se lo dejó allí. Sí está el libro de Manolito Gafotas en la mesilla, abierto por la página ochenta y cuatro.

Le toco el pelo. No se mueve. Respira por la boca.

Salgo. Vuelvo al pasillo. Mi cuarto. Pijama. Cama. Doce minutos para dormirme. Lo cuento.

El martes 5 de noviembre a las siete y treinta y dos suena el despertador. Inés ya está despierta. La oigo en el salón. Cuando salgo de mi cuarto en pijama, mi hija está sentada en el sofá con Lupe al lado y un libro abierto en el regazo. No es Manolito Gafotas. Es otro libro.

—Mamá.

—Inés.

—Te eché de menos.

—Yo también.

Me siento al lado. Inés me apoya la cabeza en el brazo dos segundos. Después se yergue.

—Te traigo un dibujo.

Se levanta. Va a la mochila. Vuelve con un papel grande de tamaño A3 doblado en cuatro. Lo despliega encima de la mesa baja del salón.

Es el pulpo del Guggenheim. Dibujado con rotuladores Stabilo de punta fina. Ocho tentáculos detallados. El cuerpo del pulpo en un naranja vivo. El fondo del mar en azul oscuro con puntos pequeños que son peces. Una niña pequeña en la esquina inferior izquierda mirando al pulpo.

—La niña soy yo.

—Sí.

—El pulpo se llama Bertín. Me lo inventé.

—Vale.

—Le he puesto cara de bueno.

—Bien.

—¿Te gusta?

—Me gusta mucho.

Lo pego en la nevera con cuatro imanes, al lado de la pegatina del pediatra del miércoles pasado.

—Mamá, ¿desayunamos?

—Sí. ¿Tostadas con chocolate?

—Es martes, no sábado.

—Da igual. Hoy hacemos sábado en martes.

—Vale.

Hago las tostadas. Bimbo, Pascual, Valor rallado. Inés come dos rebanadas. Yo dos. Mientras come me cuenta el fin de semana. La mona de Pascua en noviembre con Pilar. El Guggenheim. Una visita a la playa de la Concha en San Sebastián el sábado por la mañana porque Idoia es donostiarra. Una comida con la madre de Idoia en su casa. Idoia y papá están pensando en tener un bebé el año que viene. Pilar dice que ya era hora. Idoia se ha reído cuando Pilar lo dijo.

—Mamá.

—Dime.

—Si Idoia tiene un bebé, va a ser mi hermano o hermana.

—Sí. Por parte de papá.

—¿Y por parte tuya no me vas a dar?

—No, Inés.

—Vale. Tengo bastante con uno.

Inés se ríe medio segundo. Después se le pasa. Sigue comiendo.

Me da un libro pequeño con tapa azul. Es un volumen de la colección Austral. *Romancero Gitano* de Federico García Lorca.

—Me lo regaló el abuelo.

—¿El padre de Idoia?

—Sí. Se llama Iñaki. Dice que ahora que tengo ocho años ya puedo leer poemas. Me leyó uno antes de cenar el sábado. Era de unos gitanos que se peleaban. No lo entendí entero pero me gustó.

—Vale.

—Voy a empezarlo esta tarde.

—Bien.

A las ocho y media Inés se viste con el uniforme verde del colegio. La mochila Quechua, esta vez vacía de fin de semana, llena ahora del estuche y de la libreta del cole. La acompaño los tres minutos hasta el portal del colegio. La conserje la recibe como cualquier otro día. Inés me da un beso seco en la mejilla y entra sin mirar atrás.

Vuelvo al piso. Cojo el bolso, el portátil, la libreta azul, el cuaderno *Afinaciones* en una funda. Cojo el metro hacia el INE.

A las nueve y veintiocho subo al despacho. Almudena está en su mesa. Me saluda. Le devuelvo el saludo. La grande está mejor, me dice. Lleva una semana entera de treinta y seis dos.

Me siento. Enciendo el portátil. Saco el folio de los apartados de Correos. Cinco vías apuntadas, cuatro descartadas hoy y una pendiente — Mª Luisa Etxeberria.

Saco el móvil. Llamo al fijo de Mª Luisa.

Salta el contestador al tercer tono. Es la misma voz que en septiembre.

Esta vez dejo mensaje.

—Mª Luisa. Soy Helena Aragüés. He vuelto a llamarte. Tengo diecisiete casos confirmados. Necesito tu acreditación periodística para rastrear un apartado de Correos en Madrid. Si no puedes ayudarme con eso, dímelo y busco otra vía. Pero por favor llámame. Es lo último que te pido. Gracias.

Cuelgo.

Mi reloj marca las nueve y treinta y dos.

CAPÍTULO 14

Trafalgar 19

A las nueve y catorce del jueves Almudena baja a buscar un café para las dos. Yo me quedo en el despacho con el portátil abierto en la web de Correos, en la sección de *Atención al usuario / Reclamaciones administrativas*. Llevo desde el martes pensando en cómo formular una solicitud que sirva. Hoy la tengo más o menos hecha.

Solicito por escrito información sobre la titularidad del apartado 14087 de Madrid 28080 con motivo de interés profesional documentado: estoy haciendo un estudio interno sobre profesiones artesanales en extinción y mi base de datos tiene un anuncio profesional reiterado en la revista *Música Antigua* entre 1996 y 2008 cuya identidad necesito confirmar para el censo. Adjunto credenciales del INE. Adjunto el número del expediente interno (que no existe pero suena bien). Adjunto mi correo personal de contacto.

La envío al departamento jurídico de Correos a las nueve y treinta y siete.

Lo apunto en la libreta. *Solicitud Correos enviada 09:37 jueves 7 nov. Plazo de respuesta declarado: 3 meses. Probabilidad de respuesta favorable: baja.*

Almudena vuelve con dos cafés y un par de bizcochos.

—La grande ya está en el cole. Treinta y seis dos toda la semana. Por fin.

—Bien.

—Helena, ¿tú estás bien?

—Sí.

—Llevas dos semanas con cara de no dormir.

—Trabajo.

—Ya.

Trabajamos.

A las once y cuarenta y dos suena el fijo del despacho. Almudena coge.

—Despacho de proyecciones, dígame.

Pausa.

—Sí, ahora se la paso. Helena.

—Sí.

—Es para ti. Mª Luisa Etxeberria. Periodista de El Confidencial.

Cojo el teléfono.

—Helena. Soy Mª Luisa Etxeberria.

—Mª Luisa.

—He leído todos tus correos. Los cuatro. He leído el Excel entero. Tres veces.

—Vale.

—Estás cerca de algo.

—Sí.

—Necesito unos días para hablar con dos personas y volverte a llamar. No es que no quiera. Es que esto, si es lo que parece, requiere coordinación. No podemos hablarlo por teléfono ni por correo de aquí en adelante.

—Vale.

—¿El lunes te puede venir bien? Te invito a tomar café fuera de tu oficina.

—Sí.

—Yo te paso por SMS dónde, alrededor de las once. No me contestes a ningún correo con detalles operativos hasta entonces. Si me tienes que escribir algo, lo escribes neutro. Si me tienes que mandar archivos, lo hablamos el lunes.

—Vale.

—Y, Helena.

—Dime.

—¿Tu hija está bien?

—Sí.

—Vale. Hasta el lunes.

Cuelga.

Almudena no me mira pero sé que ha oído mi parte. La voz de Mª Luisa salía un poco por el auricular. Almudena no pregunta. Almudena guarda como Almudena guarda.

Yo guardo también. La pregunta *¿tu hija está bien?* la dejo para procesar más tarde. Mª Luisa apenas me conoce. Que pregunte por mi hija al final de su primera llamada es una elección.

A la una y media bajo a la cafetería. Asunción está sentada al fondo con un libro y un café con leche. Me ve. Esta vez levanta la mano cuatro centímetros desde la mesa. Yo le devuelvo el saludo igual. Es lo nuestro ahora.

Comemos cada una en su mesa.

Por la tarde reviso de nuevo el cuaderno *Afinaciones* de Yolanda. Lo tenía en la funda dentro de mi cajón con llave. Saco una hoja en blanco. Apunto las dieciséis entradas con sus precios. Cien euros por afinación, todos los años. Don Pablo subió la tarifa una sola vez, en 2017, de cien a ciento veinte. Yolanda lo apuntó: *2017 — don Pablo me dice que sube a ciento veinte. La primera subida en once años. Le digo que vale.*

Cien por dieciséis víctimas anuales son mil seiscientos euros por temporada. Una temporada larga puede ser de octubre a marzo. Pablo en activo treinta semanas al año tendrá su cartera de Madrid capital aparte. Hago el cálculo aproximado de ingresos. No es un sueldo grande. Es un sueldo que cubre lo necesario para un hombre solo sin grandes gastos. Lo apunto. *P.M. ingresos anuales estimados: 25-30k. Modesto. Vida frugal.*

A las cinco y media salgo. Cojo el metro hasta Iglesia. Salgo a Sagasta a las cinco cincuenta y cinco. Mi hija está hoy en clase con Aurora hasta las seis y media. Como siempre los jueves.

A las seis y treinta y ocho llamo al telefonillo de Trafalgar 19. Aurora me abre.

—Sube.

Subo. La puerta del piso de Aurora está abierta en una rendija pequeña. La empujo. En el recibidor, junto al perchero, hay un maletín de cuero marrón en el suelo y una mochila gris colgada.

Pablo Méndez está en el pasillo, hablando con Aurora con el tono bajo de las personas que han terminado el trabajo. Camisa azul abrochada hasta arriba. Pelo blanco peinado hacia atrás. Las dos llaves Schaff en una bandeja pequeña que Aurora le ha sacado.

—Helena.

—Aurora.

—Has venido temprano.

—Dos minutos.

—Pablo me estaba terminando la afinación anual. Justo estaba bajando.

Pablo Méndez se gira hacia mí.

—Helena. Cuánto tiempo.

—Hola, Pablo.

—¿El piano de su casa?

—Bien. Aguantando.

—Como dije.

—Sí.

Aurora interviene cordial.

—Ya os conocíais, claro. Yo soy tonta. Te lo recomendé yo, Helena.

—Sí.

Pablo se agacha. Recoge el maletín. Coge la mochila del perchero. Se la cuelga al hombro. Saca un paño pequeño del bolsillo lateral y le pasa la mano por el polvo a la bandeja de las llaves antes de devolverlas a su sitio en el maletín. Aurora le abre la puerta.

—Pablo, te debo los ciento veinte.

—Mañana paso por aquí a las nueve. Si te viene mejor, se los das mañana.

—Vale.

—Helena. Hasta otra ocasión.

—Hasta otra ocasión.

En ese momento Inés sale del salón. La partitura del séptimo Czerny en la mano. Lleva el jersey verde del cole sobre los hombros, el pelo medio suelto. Ve al hombre con el maletín en el rellano y se queda mirando dos segundos. Después dice:

—Hola.

Pablo le sonríe con la boca cerrada. La boca se abre un poco a un lado. La misma sonrisa de octubre.

—Hola, Inés.

—¿Tú eres el que afinó nuestro piano?

—Sí.

—El de la *la*.

—El de la *la*.

—¿Cómo te llamas?

—Pablo.

—Pablo. Yo me llamo Inés.

—Ya lo sé. Aurora me lo dijo en septiembre.

—Vale. Adiós, Pablo.

—Adiós, Inés. Sigue con los Czerny.

—Vale.

Pablo se da la vuelta. Coge el ascensor. Las puertas se cierran. El ruido del cable que baja por el hueco del ascensor de Trafalgar 19 es ese ruido viejo de los ascensores de la posguerra madrileña que mi madre llamaba *el quejido*. Lo oigo bajar dos plantas y media antes de que Aurora cierre la puerta del piso por dentro.

—Helena, qué casualidad.

—Sí.

—Llevo veinte años trabajando con él. Le toca cada noviembre lo mío. Buen tipo, te lo dije.

—Sí.

Inés vuelve al salón a recoger su mochila Quechua.

—Mamá, ¿nos vamos?

—Sí.

—Aurora, ¿el sábado a las cinco para clase extra del recital?

—Sí, mi amor, te espero. Trae a Lupe si quieres, le hago una hamaquita en la silla pequeña.

—Vale.

Mientras Inés busca un libro que ha dejado encima del piano, Aurora se queda conmigo en el recibidor.

—Helena.

—Aurora.

—Pablo te ha tratado bien, ¿no? Tenía algo de prisa porque iba a otra clienta a Ríos Rosas, pero te ha saludado en condiciones.

—Sí.

—Bueno, es un poco frío de trato. Pero correcto. Yo a estas alturas ya no le pido más.

—No.

Aurora se queda mirando el perchero donde el abrigo de Pablo había estado colgado dos minutos antes. Las cosas del afinador ya no están — el polvo del zócalo donde había apoyado el maletín se ve un poco descolocado pero ya nada más. Aurora pasa la mano por el zócalo. Lo limpia con el pulgar.

—Es buen profesional. Yo lo sé porque conozco el oficio desde dentro. Sale poca gente de su escuela ya.

—¿Qué escuela?

—La de don Constantino Vergara, que tenía taller en la calle Hortaleza hasta los noventa. Era el último gran afinador madrileño del siglo veinte. Pablo aprendió con él desde los catorce años. Yo

conocí a don Constantino una vez, en el ochenta y seis, cuando yo estudiaba todavía en el conservatorio. Murió en el noventa y tres y se llevó esa escuela con él.

—Vale.

Algo que Aurora me ha dicho se queda en mí pero no sé exactamente qué. Es un dato que ya tengo en otro sitio. Lo guardo.

Bajamos en el ascensor. En la calle Trafalgar el aire de las siete menos cuarto de noviembre tiene un frío que se mete en las manos. Cojo a Inés por encima del hombro con la mano izquierda. Caminamos hasta Sagasta.

—Mamá.

—Dime.

—El de la *la* tenía pinta de buen señor.

—Sí.

—Aurora siempre nos pone tipos buenos a las personas, ¿verdad?

—Sí.

—Vale.

Inés camina cuatro pasos más en silencio. Después dice:

—¿Tú crees que la abuela se llevaba bien con Aurora?

—No se conocieron. La abuela murió antes de que tú empezaras con Aurora.

—Ya. Pero si se hubieran conocido.

—Yo creo que sí.

—Vale.

Llegamos a casa a las siete y siete. Inés se quita el jersey en el recibidor. Va al cuarto a coger Lupe. Vuelve al salón. Pone Lupe en el sofá. Saca los rotuladores Stabilo del estuche y empieza a dibujar en un folio en la mesa baja. Es un dibujo de un piano grande con una niña pequeña sentada en la banqueta y otra figura de pelo blanco al lado.

—Mamá. Este es Pablo afinando.

—Vale.

—Lo voy a poner al lado del de Bertín en la nevera.

—Vale.

Hago la cena. Sopa de fideos Gallo con un huevo cocido picado encima. Tostadas con pavo. Yogur Danone.

A las nueve y media Inés está en la cama. Le pongo la mano en la espalda. Cuento.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete.

Se gira al séptimo. Me dice buenas noches con los ojos cerrados. Se duerme al noveno.

Levanto la mano al noveno.

Bajo al salón. Saco la libreta azul del cajón del escritorio bajo.

Anoto:

Jueves 7 nov. Solicitud apartado Correos 14087 enviada 09:37. M.L.E. ha llamado por fin. Cita lunes 11 fuera de la oficina, café, sitio por SMS. Me dice que necesita coordinar con dos personas antes. Me ha preguntado por Inés. No sé por qué.

Más abajo:

Pablo Méndez en casa de Aurora. Casualidad. Afinación anual de noviembre. Aurora lleva veinte años con él. Inés lo ha reconocido y le ha hablado. Buen rato.

Cierro la libreta.

Saco el calendario. Sábado nueve y domingo diez. Si la cita con M.L.E. es el lunes once, hasta entonces tengo dos días libres y los uso bien.

El sábado por la mañana voy a la oficina de Correos de la calle de las Conchas catorce. Me siento en la cafetería de enfrente. Llevo el portátil para parecer normal. Pido un café. Observo el flujo de personas que entran a recoger correspondencia. Anoto descripciones. Si el apartado 14087 lo recoge alguien identificable, lo veo.

El domingo lo intento otra vez. Y si no aparece en dos mañanas, vuelvo el siguiente sábado.

Lo apunto. *Sábado 9 y domingo 10 — vigilancia oficina Correos Conchas 14. Lunes 11 — cita M.L.E.*

Cierro el calendario. Apago.

Mañana es viernes. Mañana solo trabajo en INE. Mañana descansa la investigación.

Mañana también vuelvo a quedarme un rato en el dibujo de Inés en la nevera. El pulpo de Bertín. El piano con Pablo afinando. Los dos pegados con cuatro imanes.

CAPÍTULO 15

Conchas 14

El sábado a las nueve y veintidós dejo a Inés en el portal de Trafalgar 19 con Aurora. Le doy un beso en la coronilla. Aurora le da una galleta María Fontaneda del bolsillo del cardigan.

—Helena, hasta la una.

—Vale.

—Que vaya bien lo que tengas que hacer.

—Sí.

Cojo el metro hasta Banco de España. Salgo a la calle de las Conchas a las nueve y cincuenta. La oficina de Correos está en el número catorce, fachada amarilla con el escudo de Correos en relieve sobre el dintel, dos escalones de piedra hasta la puerta. Las luces están encendidas. La oficina abre a las nueve y media los sábados según la web. Lleva veinte minutos abierta.

Justo enfrente, en la acera contraria, hay una cafetería pequeña. Se llama Bar La Conchita. Es de las cafeterías antiguas de Madrid céntrico, suelo de baldosa, barra de zinc, dos máquinas tragaperras al fondo, dos ventanas grandes que dan a la calle. Hay tres mesas pegadas a las ventanas. Una está libre.

Entro. La camarera tiene unos cincuenta años, gafas, pelo teñido cobre. Le pido un café con leche y una tostada con tomate. Me siento en la mesa de la ventana libre que está más cerca de la entrada de la oficina de Correos. Saco el portátil. Lo abro como si fuera a trabajar. La pantalla refleja la calle por el lado oscuro y a mí me deja ver la oficina del otro lado por el lado claro.

A las diez y dos pasan los primeros clientes. Una mujer de cuarenta y tantos con una caja grande, probablemente un paquete a recoger. Un señor con un sobre certificado en la mano. Un grupo de tres jubilados que entran juntos, supongo que con cartillas para pensiones o algo administrativo.

A las diez y veintidós entra una mujer mayor con un bastón. Sale a las diez y treinta y nueve. Lleva una hoja en la mano. No es un paquete. Podría ser correspondencia de un apartado.

Lo apunto en la libreta. Voy a apuntar a todas las personas que veo entrar y salir, con descripción mínima y duración de la visita. Si alguien hace una visita rutinaria los sábados al mismo apartado, su patrón de tiempos será más o menos repetible. Si vigilo varios sábados, identifico.

Diez y cuarenta y cinco: hombre con anorak rojo, cuarenta años, paquete pequeño al salir. Dentro doce minutos.

Once: pareja joven, treinta y tantos, ambos, paquete grande al salir, sello en mano. Dieciocho minutos.

Once y trece: hombre de unos sesenta años, abrigo gris oscuro de paño, mochila marrón a la espalda. Entra.

Lo apunto y lo subrayo. Espero.

Sale a las once y veintiocho. Quince minutos dentro. Lleva en la mano un fajo pequeño de cartas — no las cuento desde aquí, pero veo el grosor: cuatro o cinco sobres. Los pliega y los mete en la mochila. Sale a la izquierda hacia la plaza de Cibeles. Camina rápido para su edad.

No le he visto la cara entera. Iba contra el sol. Vi pelo blanco peinado hacia atrás. Vi abrigo gris. Vi mochila marrón. Vi maletín de cuero marrón también — colgado del hombro por una correa larga, además de la mochila — pero no estoy segura. La distancia es la que es. Cincuenta metros de la cafetería al portal de la oficina. La acera con coches aparcados entre medias.

Lo apunto. *Hombre 60 y pico años, pelo blanco peinado atrás, abrigo gris paño, mochila marrón, posible maletín cuero marrón al hombro. Dentro 15 min. Sale 4-5 cartas a mano. Va hacia Cibeles.*

Pelo blanco peinado para atrás. Mochila marrón. Maletín posible de cuero marrón. La descripción que tengo de Marisol Estévez sobre don Pablo. La descripción de cualquier hombre español de su generación.

En Madrid hay cientos de hombres con esa descripción. Cientos de mil. La especificidad no llega a confirmar.

Mi cerebro guarda al hombre. Guarda la posibilidad. Guarda que no he visto la cara con certeza.

A las once y media decido entrar yo a la oficina. Termino el café. Pago. Cruzo.

Dentro la oficina tiene el mostrador de atención al usuario a la izquierda, una zona de espera con tres sillas en el centro, y a la derecha una pared completa de apartados de Correos. Hileras de casillas pequeñas de metal con numeración impresa en placas blancas, de la 14001 a la 14300. Cada apartado tiene cerradura de llave individual y una placa con número. El acceso es libre — cualquiera puede pararse delante. Lo que no se puede es abrir lo que no es tuyo.

Localizo el 14087. Está en la tercera hilera por arriba, columna cinco. La casilla parece vacía por el ventanuco — no veo correspondencia dentro. El hombre que salió hace veinte minutos podría haberla vaciado.

Voy al mostrador. Pido cinco sellos del 5G de un euro y diez céntimos. Pago. Recibo. Me quedo cinco minutos en el mostrador fingiendo cuadrar mi monedero.

Entran dos clientes mientras estoy. Ninguno va al área de apartados. Ambos atendidos en mostrador.

Salgo a las doce menos diez.

Vuelvo a Bar La Conchita. Pido un segundo café. Recupero mi mesa. Sigo apuntando.

Doce y dos: mujer con uniforme verde de mensajera, paquete grande, no clienta del apartado.

Doce y veinte: hombre joven, treinta, sobre certificado, no apartado.

Doce y cuarenta: mujer cincuenta años, dos paquetes grandes a recoger, no apartado.

A las una menos cinco entra el último cliente del sábado. Un señor con boina, ochenta años, ayudado por una mujer joven que parece su nieta. Salen a la una en punto cuando cierran. Sin apartado.

La oficina baja la persiana.

Pago el segundo café. Salgo. Me voy a Trafalgar 19.

A la una y veinte llamo a Aurora. Aurora me abre. Inés ha estado pintando con acuarelas y ha comido albóndigas con tomate Hacendado que Aurora le ha hecho.

—Helena.

—Aurora. Gracias.

—¿Has hecho lo que necesitabas?

—Más o menos.

—Vale.

Recojo a Inés. Cogemos el autobús que nos deja en Sagasta.

Comemos en casa lo que queda en la nevera. Yo no tengo hambre. Inés sí — pero ya ha comido en casa de Aurora, así que solo se hace un yogur y come dos galletas.

A las cinco la llevo otra vez a Trafalgar 19 para la clase extra del recital. Aurora me la trae a las seis y media.

A las nueve y media Inés está en la cama. Le pongo la mano. Cuento. Se gira al sexto. Se duerme al octavo.

Bajo al salón. Saco la libreta. Anoto:

Sábado 9 nov. Vigilancia Conchas 14. Oficina abierta 9:30-13:00. Visualicé 14 entradas a la oficina. Una candidata: hombre 60 y pico, pelo blanco peinado atrás, abrigo gris paño, mochila marrón, posible maletín marrón. Dentro 15 min. Sale con 4-5 cartas. Va hacia Cibeles. No visto cara completa. Apartado 14087 hilera 3 columna 5. Aparentemente vacío al volver. Plan: vigilancia segundo sábado para confirmar patrón.

Cierro la libreta.

El domingo a las nueve cuarenta abro los ojos. Inés está en mi cuarto. Lleva el pijama del Decathlon con jirafas. Me trae un dibujo que ha hecho mientras yo dormía.

—Mamá. Te he dibujado a ti.

Es Helena, supongo, dibujada con rotuladores Stabilo: pelo castaño largo, jersey amarillo (yo no tengo jersey amarillo), gafas (yo

no llevo gafas, las llevaba mi madre), sentada en una butaca con un libro grande en el regazo.

—Te he puesto las gafas que llevaba la abuela.

—Vale.

—Porque cuando seas mayor vas a llevarlas.

—Es posible.

—Cuando seas viejita.

—Sí.

—Vale.

Me da el dibujo. Yo lo pego en la nevera con dos imanes, al lado del piano con Pablo afinando y del pulpo de Bertín.

Desayunamos. Le hago las tostadas con chocolate Valor porque sí.

A las once y media salimos. Vamos al Retiro. Está nublado pero no llueve. Damos una vuelta entera al estanque grande. Inés se compra un caramelo Mendizábal con una moneda de un euro que llevaba en el bolsillo de los pantalones desde el viaje a Bilbao. Lo come en quince minutos andando.

A la una y veinte volvemos. Comemos en el Palace de la calle Espronceda — un menú de tres por veinte euros, comida normal. Inés se pide los espaguetis carbonara y un yogur. Yo me pido lentejas y un bistec.

A las tres y media estamos en casa. Inés se tumba en el sofá con su libro de Lorca. Lee en voz baja para ella. Después dice:

—Mamá.

—Dime.

—Te voy a leer uno.

—Sí.

Lee el *Romance de la luna, luna*. Lee despacio porque hay palabras que no conoce. Pregunta lo que es polisón. Le digo. Pregunta lo que es fragua. Le digo. Pregunta por qué la luna se lleva

al niño. Le digo que es un poema y los poemas a veces no tienen un porqué, que son como sueños.

—¿Te gusta?

—Mucho. ¿A ti te gusta?

—Sí.

—¿Pero qué te gusta?

—El ritmo. La música.

—Vale.

Lee dos más en voz baja para ella sola. *La monja gitana* y *Romance de la pena negra*. Sin preguntar palabras. Algunas las leerá sin saber qué significan. No la corrijo.

A las cinco hago bizcocho de yogur. Inés bate los huevos. Hacemos un bizcocho de los normales — yogur, dos vasos de azúcar, tres de harina, medio de aceite. Sale del horno a las seis y veinte. Comemos un trozo cada una con café para mí y leche para ella.

A las nueve y cuarto Inés está en la cama. Le pongo la mano. Cuento. Se gira al séptimo. Buenas noches. Se duerme al noveno.

Bajo al salón. Saco la libreta. Anoto:

Domingo 10 nov. Día con Inés. Retiro. Comida en El Palace de Espronceda. Lorca. Bizcocho. Inés ha leído tres romances de Lorca, dos sin pregunta. Mañana lunes, cita con M.L.E. SMS pendiente.

Más abajo, en línea separada:

El hombre del abrigo gris del sábado.

Cierro la libreta. La guardo.

Saco el móvil. Reviso los SMS. Llega uno justo cuando lo abro. Es de un número no guardado.

Helena, soy MªLuisa. Mañana 11h en La Mallorquina de la Puerta del Sol, segunda planta, mesa del fondo a la izquierda. Si llevas portátil, mejor que no. Tráete la libreta entera. Mª L.

Lo guardo. Apunto la cita en el calendario del móvil. Apunto la cita en la libreta también.

Apago.

CAPÍTULO 16

La Mallorquina

El lunes a las nueve y diez subo al despacho. Almudena me ve y se queda quieta dos segundos.

—Helena, ¿tú has dormido?

—Algo.

—¿Cuánto?

—Cuatro horas.

—Vale. ¿Quieres que te baje un café fuerte?

—No. A las once tengo una cita fuera. Vuelvo a la una.

—Vale.

Trabajo una hora y media en el informe semanal sin avanzar. Las cifras me bailan en la pantalla. Cierro el archivo a las diez y cuarenta. Recojo la libreta azul y la libreta nueva donde llevo los datos de la investigación (las dieciséis fichas plastificadas, la libreta de Yolanda Estévez, el cuaderno de las llamadas al Gremio, los apuntes del fin de semana). Lo meto todo en una bolsa de tela negra.

Salgo. Cojo el metro hasta Sol. Salgo a la Puerta del Sol a las diez y cincuenta y dos.

La Mallorquina tiene dos plantas. La de abajo es la pastelería, con cola de turistas y gente que viene a por ensaimadas. La de arriba es el salón de café antiguo, con mesas de mármol blanco, sillas tapizadas de granate, espejos en las paredes, lámparas de bronce. A las once de la mañana del lunes está medio vacía. Subo.

Mª Luisa Etxeberria está en la mesa del fondo a la izquierda como dijo. Cincuenta y nueve años, pelo gris cortado por debajo de las orejas, gafas redondas, abrigo verde militar colgado del respaldo de la silla. Bebe un café con leche. Lleva una libreta Moleskine negra abierta delante.

Me ve. Hace un gesto pequeño con la mano. Voy.

—Helena.

—Mª Luisa.

—Siéntate. ¿Café?

—Sí. Cortado.

Levanta el dedo dos centímetros al camarero. El camarero asiente.

—¿Has dormido?

—Algo.

—Yo tampoco. Llevo desde el viernes con esto.

—Vale.

El camarero trae el cortado. Mª Luisa espera a que se vaya el camarero antes de empezar. Habla bajo.

—Helena, lo que te voy a contar yo no lo sé. ¿Me sigues?

—Sí.

—Tengo un contacto en Hacienda. No te voy a decir su nombre. Lleva veinte años pasándome cosas y nunca le he traicionado. Lo que me ha pasado, te lo paso a ti, pero con la misma condición. Si esto sale algún día, sale sin él.

—Vale.

—¿Tienes una libreta donde apuntes esto?

—Sí.

—No la abras todavía. Escúchame primero entera.

—Vale.

Mª Luisa abre su Moleskine. Pasa cuatro hojas. Llega a una en la que tiene escrito a mano, en tinta negra, un nombre y una dirección.

—El apartado 14087 de Madrid 28080 está a nombre de Pablo Méndez Méndez. Dos apellidos iguales — su madre nunca le dio padre legal en el registro civil. Nacido en Madrid el ocho de julio de 1968. Cincuenta y seis años. Alta como autónomo en 1992, profesión declarada *afinador y regulador de instrumentos de teclado*. Domicilio fiscal: calle Embajadores cuarenta y siete, tercero, Lavapiés. Apartado postal abierto en 1996 — el mismo año que su primer anuncio en *Música Antigua*. Sin DNI compartido con otros registros sospechosos. Sin antecedentes penales conocidos por la vía

que yo puedo consultar. Ingresos declarados a Hacienda en torno a los veintiocho mil euros anuales constantes desde el 2002. Una sola titularidad bancaria conocida, en La Caixa de Embajadores. Sin propiedades inmobiliarias a su nombre — vive de alquiler en el mismo piso desde los ochenta. Sin vehículo propio. Sin parientes registrados vivos.

Calla.

Pausa.

Pablo Méndez Méndez.

Cuento los segundos. Uno. Dos. Tres. Cuatro.

—Pablo Méndez es mi afinador.

Mª Luisa Etxeberria se queda quieta. La taza del café con leche a medio camino entre la mesa y la boca.

—¿Cómo?

—Vino a mi casa el primero de octubre. Afinó mi piano. Me lo recomendó la profesora de piano de mi hija. Le pagué noventa euros en efectivo. Apunté el nombre en mi libreta el día que llamé para concertar la cita. Pablo Méndez. El veintitrés de septiembre por la noche. A las diez y diecinueve de la noche, lo apunté.

Mª Luisa baja la taza. La deja en el platillo con un ruido pequeño que las dos oímos.

—Joder.

—Sí.

—Helena, ¿estás segura?

—Sí.

—¿No puede ser otro Pablo Méndez?

—El de mi casa tiene cincuenta y seis años. Pelo blanco peinado para atrás con fijador. Camisa azul de algodón abrochada hasta el último botón. Maletín de cuero marrón. Llaves Schaff alemanas. Vino a mi casa por recomendación de Aurora Liaño, mi profesora de piano de la niña, que lo conoce hace veinte años. La descripción que me dio Marisol Estévez de don Pablo era la misma. La descripción

que me dio el cuaderno de Yolanda era la misma. La descripción que dio el sobrino de Pilar Otxoa en el blog familiar era la misma. La que dio el colega de Carmela Otero en *La Voz de Galicia* era la misma. Las he registrado todas.

Mª Luisa no dice nada durante veintiún segundos. Los cuento.

Después dice:

—Helena, escúchame muy atentamente.

—Sí.

—Helena. Helena, mírame.

Levanto los ojos. Me mira por encima de las gafas redondas. Tiene los ojos verde oscuro. No los había mirado hasta ahora.

—Helena, esto cambia mucho lo que íbamos a hacer. Si Pablo Méndez ha estado en tu casa, sabe dónde vives. Sabe quién es tu hija. Sabe el piano que tienes. Sabe el barrio. Sabe los horarios. Sabe quién recoge a tu hija del cole. Lo sabe todo. Y tú no sabías que él te lo sabía.

—No.

—Y él no sabe que ahora tú lo sabes.

—No.

—Eso es lo único bueno que tenemos.

—Vale.

—Mira, lo que te voy a pedir es que durante las próximas setenta y dos horas tú no hagas absolutamente nada. ¿Vale? No vayas a su casa. No vayas a su barrio. No le llames. No vayas al apartado. No le hables a nadie de esto excepto a mí. No le hables ni a Asunción. Sobre todo no se lo digas a Aurora porque Aurora hablará con él sin querer y entonces él sabrá.

—Vale.

—Yo voy a hablar hoy con dos personas. Una es un comisario de la Policía Nacional que llevo conociendo desde hace doce años, gente seria. La otra es una abogada penalista que trabaja con víctimas. Voy a darles el caso. Voy a darles las dieciséis fichas y la decimoséptima si

me la pasas. Voy a darles el apartado de Correos y el nombre. Voy a darles la coincidencia con tu casa.

—Vale.

—El miércoles a las once nos volvemos a ver. Aquí. Misma mesa. Para entonces tengo respuesta de los dos. Decidimos contigo qué pasos siguientes son los buenos. No los pasos rápidos. Los buenos.

—Vale.

—¿Tu hija ahora dónde está?

—En el cole. Sale a las dos. La recojo yo hoy.

—No la recoja Aurora.

—No.

—La recoges tú. Hasta el miércoles la recoges tú o la recoge Mario si está en Madrid. Que no la recoja nadie más. Vale.

—Vale.

—Y la próxima vez que tu profesora de piano vea a Pablo Méndez le va a parecer todo normal. Tú la tratas a Aurora como siempre. Tú a tu hija la tratas como siempre. Tú al Pablo si te lo cruzas en la calle le saludas como saludarías al afinador de tu piano. Tú no cambias nada visible. ¿Me sigues?

—Sí.

—Helena.

—Dime.

—Estás muy pálida. Quédate aquí veinte minutos. Pide un agua. Quédate antes de levantarte.

—Vale.

Mª Luisa se levanta. Se pone el abrigo verde militar. Coge su Moleskine. Coge mi cortado a medio terminar y se lo bebe entero de un trago, no por sed, por gesto de cierre.

—Yo me voy. Tú quédate.

Sale.

Me quedo en la mesa del fondo a la izquierda de La Mallorquina, segunda planta, lunes 11 de noviembre, a las once y cuarenta y nueve. Pido el agua. La camarera la trae. Me la bebo entera.

Las manos las tengo frías. Me las pongo entre las piernas para calentarlas con la presión. No funciona. No buscan calor. Buscan sostener algo.

Saco la libreta azul. Saco el bolígrafo. Anoto:

Pablo Méndez Méndez. Nacido Madrid 08/07/1968. Apartado Correos 14087 abierto 1996. Domicilio fiscal calle Embajadores 47 3º Lavapiés. Autónomo 1992. Afinador de pianos. La Caixa de Embajadores. Sin propiedades. Sin vehículo. Sin parientes vivos. Es el afinador que vino a mi casa el 1 de octubre. Es el afinador que vino a casa de Aurora el jueves pasado. Es el que habló con Inés. Es el que le dijo a Inés que no se rindiera con los Czerny. Es el que afinó el piano que mi hija toca todos los días.

Más abajo:

Mª Luisa: no hacer nada 72 horas. Miércoles 13 a las once misma mesa. La recojo yo del cole hasta entonces. Aurora normal. Inés normal. Pablo normal si me lo cruzo.

Cierro la libreta.

A las doce y catorce salgo de La Mallorquina. Bajo la escalera de mármol. Cruzo la pastelería de abajo entre la cola de turistas con ensaimadas. Salgo a la Puerta del Sol.

El sol del lunes once de noviembre a las doce y cuarto pega justo encima del Tío Pepe. Lo veo. Una pareja se hace una foto. Un señor mayor da de comer a un perro pequeño. La fuente central no tiene agua porque están limpiando los chorros. Los seis kilómetros de Madrid a partir del kilómetro cero los conozco yo de memoria. Vivo en uno de ellos.

No voy al INE. Llamo a Almudena.

—Helena.

—Almudena. Me ha sentado mal el café. Me voy a casa. ¿Le dices a Asunción si te pregunta?

—Sí.

—Mañana voy.

—Vale. ¿Estás bien?

—Sí.

Cuelgo.

Cojo un taxi en la plaza. Catorce con cuarenta euros hasta Sagasta 28. Pago con tarjeta. Subo. Abro la puerta del piso. Echo la llave por dentro. Me quedo en el recibidor.

Mi piso. El piso al que Pablo Méndez vino el primero de octubre y estuvo noventa minutos solo en el salón mientras yo trabajaba en el comedor con la puerta corredera entornada en ocho centímetros. El piso del que él sabe la distribución, la ventana que da al patio interior, el pasillo a los dormitorios, la puerta del cuarto de Inés.

Voy al salón. Miro el piano Kemble. Hoy lo miro distinto. Está cerrado. La tapa de roble lacado con el cerco más claro donde mi madre apoyaba la taza de café los domingos. Las teclas debajo de la tapa. Setenta y seis martillos golpeando setenta y seis cuerdas tensadas por las clavijas que Pablo Méndez giró el primero de octubre durante noventa minutos.

No le doy a la tapa. No quiero oír el piano hoy.

Voy a la cocina. Hago café. Mientras hierve el agua de la cafetera Bialetti que tengo desde el 2017, abro la nevera. En la puerta hay tres dibujos de Inés sujetos con imanes: el pulpo Bertín del Guggenheim, el piano con Pablo afinando, yo con las gafas de mi madre y un libro grande en el regazo.

Despego el del piano con Pablo afinando. Lo doblo en cuatro. Lo meto en el cajón izquierdo del escritorio bajo del salón, al lado de la libreta azul.

Vuelvo a poner los otros dos en la nevera, uno al lado del otro, con los imanes redistribuidos para que llenen el hueco.

Me siento en el sofá. Espero a que Inés salga del cole.

La conserje del cole la libera a las dos en punto. Hoy la recojo yo a las dos menos diez para que no salga sola los cien metros que

aprende a caminar desde septiembre. Llegamos a casa a las dos y siete.

—Mamá.

—Inés.

—¿Hoy estás aquí?

—Hoy estoy aquí.

—¿No has ido a la oficina?

—Sí, esta mañana. He vuelto pronto.

—Vale.

Como ya está. Como con ella. Pasta con tomate Hacendado, queso rallado, un yogur. Inés cuenta lo de hoy del cole. Una pelea entre dos niños por una pegatina. La profesora de música les ha enseñado *El sol y la luna* de Camarón. Una compañera nueva del cole que viene de Marruecos.

A las cuatro y media empieza la tarea del cole. Lengua y mates. Inés trabaja en la mesa del comedor. Yo estoy a su lado en el sofá del salón con un libro abierto pero sin leer.

A las cinco y media termina. Practica el sexto Czerny treinta minutos en el piano del salón. El sexto del recital. El piano sigue afinado, dice Inés, sigue sonando como cuando lo afinó el señor.

A las ocho cenamos lo que sobró del mediodía. A las nueve y veinte Inés está en la cama. Le pongo la mano abierta en la espalda. Cuento. Se gira al quinto. Buenas noches. Se duerme al octavo.

Levanto la mano al octavo.

Salgo. Rendija de cinco centímetros.

Bajo al salón. Saco la libreta. Anoto:

Lunes 11 nov. La Mallorquina con M.L.E. Pablo Méndez Méndez. Apartado 14087. Calle Embajadores 47 3º Lavapiés. No hacer nada 72 horas. Miércoles 13 a las once. Inés recogida del cole hoy por mí. Pasta. Pareja por pegatina. Camarón. Compañera nueva de Marruecos.

Más abajo, en línea separada:

Inés cree que el piano sigue sonando como cuando lo afinó el señor.

Cierro la libreta.

Voy al cuarto de Inés. La puerta entornada. La empujo dos centímetros más. Mi hija duerme boca arriba con Lupe en el brazo. Respira por la boca.

Me quedo de pie en la puerta cuarenta y dos segundos.

Salgo.

Vuelvo al salón. Apago la lámpara amarilla. Me siento en el sillón del fondo en la oscuridad. El piso pesa distinto cuando lo miro con los datos nuevos en la cabeza.

Mañana es martes. Mañana al INE.

El miércoles a las once.

No duermo bien.

CAPÍTULO 17

Martes 12

A las siete y cuarenta abro los ojos. Inés ya está despierta. La oigo en el salón. Bajo en pijama. Está sentada en el sofá con el libro de Lorca abierto sobre las rodillas.

—Mamá.

—Inés.

—He dormido bien.

—¿Sí?

—Toda la noche del tirón.

—Bien.

—¿Tú?

—Yo, regular.

—¿Por qué?

—Trabajo.

—Vale.

Le hago las tostadas con chocolate Valor. Le sirvo un vaso pequeño de leche entera Pascual. Inés se las come en seis minutos. Hoy lleva el uniforme del cole y los calcetines de rayas verdes que le compré en septiembre. La acompaño los tres minutos hasta el portal del colegio. La conserje la recibe. Inés me da un beso seco en la mejilla y entra sin mirar atrás.

Vuelvo al portal de Sagasta 28 caminando rápido. Cojo el bolso. El portátil. La libreta azul. Salgo. Cojo el metro hasta el INE.

A las nueve y veintidós entro al despacho. Almudena ya está.

—Buenos días, Helena.

—Buenos días.

—¿Mejor?

—Sí.

—Vale.

Trabajamos. Yo abro la pantalla. La cierro. La abro. La cierro. Almudena teclea concentrada con auriculares puestos.

Las cifras del informe trimestral me bailan. Cifras de defunciones por causa externa. Datos limpios que llevo manejando ocho años. Hoy las leo y las leo otra vez. La parte de mi cabeza que normalmente cuadra cuadros está ocupada en otra cosa. La parte ocupada en otra cosa repasa los noventa minutos que Pablo Méndez pasó en mi salón el primero de octubre. Repasa qué pudo ver desde donde estuvo sentado. La banqueta del piano da al pasillo. Desde la banqueta se ven dos puertas. La del salón al comedor, abierta ocho centímetros. La del pasillo a los dormitorios, cerrada como casi siempre. Pero entre las dos hay una mesa baja con una lámpara, una fotografía enmarcada de mi madre con Inés a los cuatro años, y una pizarra blanca pequeña donde apunto las cosas del cole de Inés. Esa pizarra tiene el nombre del cole. La calle. La hora a la que entra y a la que sale. Lo que esa semana le toca a la conserje.

Pablo lo vio.

La pizarra está visible desde la banqueta del piano.

Mi cerebro repasa todo lo demás. Las cinco fotografías del pasillo de los dormitorios — no las vio, la puerta del pasillo estaba cerrada. El armario del recibidor — no lo abrió, no tenía motivo. El cuarto de Inés — no entró ahí, no tuvo cómo. Pero la pizarra blanca con el nombre del cole y los horarios sí.

Lo apunto mentalmente. No en la libreta. La libreta hoy se queda en el bolso.

A las once Asunción aparece en la puerta del despacho. Cierra detrás de sí.

—Helena. ¿Tienes cinco minutos arriba?

—Sí.

Subo a su despacho. Asunción cierra la puerta detrás de mí. Vuelve a su sitio. No se sienta. Yo tampoco.

—Helena.

—Sí.

—No te voy a preguntar nada de lo que sé que no me vas a contar. Te lo dije hace un mes.

—Sí.

—Pero te voy a decir una cosa nueva.

—Vale.

—Almudena me ha venido a verme esta mañana antes de las nueve. Me ha dicho que ayer te fuiste a las once y diez. Que volviste el lunes a casa al mediodía. Que llevas las últimas dos semanas con cara distinta. Me ha dicho que no quiere meterse pero que estaba preocupada.

—Vale.

—Helena, yo no te pregunto. Pero si necesitas hoy o mañana medio día libre, te lo doy sin papeles. Solo dímelo.

—Hoy por la tarde.

—Vale. Hecho.

—Gracias.

—Y, Helena.

—Dime.

—Si hay algo que tenga que ver con lo otro, no me lo digas. Pero si hay algo en tu vida normal que te puedo solucionar yo desde aquí, dímelo.

—No, nada. Pero gracias.

—Vale.

Salgo. Bajo. Almudena no me mira al volver. Sé que ha hablado de mí pero también sé por qué. No le digo nada.

A las once y treinta y cinco saco el móvil. Llamo a Mario.

Coge al tercer tono.

—Helena.

—Mario. ¿Tienes un minuto?

—Sí.

—Una cosa. ¿Te puedes llevar a Inés a Bilbao el fin de semana que viene?

Pausa.

—¿Este sábado y domingo?

—Sí. Viernes tarde a domingo noche.

—Sí, claro. ¿Está pasando algo?

—Tengo trabajo que sacar. Mucho. Me viene bien tenerla con su padre.

—Vale. Sin problema. ¿La recojo el viernes a qué hora?

—A las seis y media en el portal de Sagasta. Como la otra vez.

—Hecho. Le digo a Idoia hoy.

—Mario.

—Dime.

—Si pasa algo y no puedes venir el viernes a la hora, avísame con tiempo.

—¿Pasa algo, Helena?

—No.

—¿Seguro?

—Sí. Pero avísame con tiempo.

—Vale. Te lo digo si pasa algo. Pero no va a pasar.

—Vale.

—Helena.

—Dime.

—¿Tú estás bien?

—Sí. Cansada.

—Vale.

—Hasta el viernes.

—Hasta el viernes.

Cuelgo.

Apunto en la libreta. *Viernes 15 nov 18:30. Mario recoge a Inés. Bilbao hasta domingo 17 noche.*

A la una y media bajo a la cafetería. Asunción no está. Como sola, rápido, sin saborear el sándwich. Vuelvo arriba a las dos menos diez. Recojo. Salgo del INE a las dos en punto.

A las dos y catorce estoy en el portal del cole. Inés sale a las dos en punto pero la conserje los suelta despacio. Sale a las dos y veintiuno con la mochila Quechua, el jersey verde sobre los hombros, y una hoja doblada en la mano.

—Mamá. ¿Otra vez tú?

—Otra vez yo.

—¿No tienes que ir a la oficina?

—Hoy no.

—Vale.

Me da la hoja doblada. Es un dibujo que ha hecho hoy en plástica. Tres figuras dadas la mano: una niña con el pelo rizado, una mujer con el pelo castaño largo, un hombre con el pelo rizado. *Esta soy yo, esta es mamá y este es papá.*

—Lo voy a colgar en la nevera.

—Vale.

Vamos a casa. Comemos puré de calabacín con un huevo cocido. Le digo a Inés lo del fin de semana. Se le ilumina la cara.

—¿Otra vez con papá?

—Otra vez con papá. Y con Idoia.

—¿Y la abuela?

—Probablemente también.

—¿Yo le dije al abuelo Iñaki que me iba a leer el libro de Lorca?

—No me lo habías dicho.

—Pues le voy a llevar el libro y le voy a decir cuáles he leído.

—Vale.

A las cuatro y media empieza la tarea. Lengua, mates, conocimiento del medio. Inés trabaja en la mesa del comedor cuarenta minutos. Yo estoy en el sofá del salón con el portátil abierto en una hoja en blanco, sin escribir nada.

A las cinco menos diez la llevo a Trafalgar 19 caminando. Cinco minutos.

Aurora abre. Inés entra al salón a saludarla al piano. Yo me quedo en el rellano.

—Helena, ¿no subes? Tengo café.

—Hoy no. Te espero abajo. Tengo que hacer una llamada.

—Vale. La traigo a casa a las seis y media.

—No hace falta. Bajo yo a recogerla.

—Como quieras.

Aurora me mira tres segundos. No insiste. Cierra la puerta del piso.

Bajo al portal. Salgo a la calle Trafalgar. No tengo llamada que hacer. Lo digo para no estar arriba mientras Pablo Méndez pudiera entrar. Hoy Pablo no le toca afinación a Aurora — fue la semana pasada. Pero igual.

Camino arriba y abajo por la calle Trafalgar entre Sagasta y Eloy Gonzalo. Treinta y dos pasos hacia un lado, treinta y dos hacia el otro. Cuento. A los cuatro recorridos completos me siento en el banco de madera del portal del número diecisiete.

La calle Trafalgar a las cinco y veinte de la tarde de un martes de noviembre tiene poca gente. Un repartidor de Glovo en bicicleta. Una señora con dos perros pequeños que conozco de vista pero no de nombre. Un grupo de tres adolescentes saliendo del colegio Joaquín Costa con las mochilas medio abiertas. Una pareja de mediana edad con una bolsa de El Corte Inglés. Cuento veintiún transeúntes en seis minutos. Doce de los veintiuno son mujeres. Tres de las doce mujeres tendrán entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. Una

de las tres podría tener un piano. Si una de las tres tiene un piano y vive sola, es alguien a quien Pablo Méndez podría haber afinado.

Es una estadística baja por minuto. Multiplicada por las treinta semanas anuales de cartera profesional de Pablo, da los números que dan.

Mi cabeza calcula sola. No me la pido y no me la para.

A las seis menos veinte oigo por la ventana abierta del segundo de Trafalgar 19 el sexto Czerny de Inés. Tocado entero, los compases del uno al diecisiete sin interrupción, los del dieciocho al treinta y dos con un tropiezo en el compás veinticuatro y una corrección limpia, los del treinta y tres al final con la dinámica que Aurora le ha estado pidiendo desde octubre. Inés lo está tocando bien. La nota *la* del compás veintiocho sale clavada en la 440. El piano que afinó Pablo el primero de octubre sigue afinado.

A las seis y veinticinco subo al rellano del segundo de Aurora. A las seis y treinta y dos sale Inés con la mochila Quechua a la espalda.

—Mamá. He tocado el sexto entero tres veces sin parar.

—Bien.

—Aurora dice que estoy preparada.

—Bien.

Bajamos. Caminamos por Trafalgar hacia Sagasta.

—Mamá.

—Dime.

—¿Tú estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Cansada. Trabajo. Pero estoy bien.

—Vale.

—¿Por qué?

—Porque hoy estás como en pausa. Como cuando algo te pesa.

—Vale.

—Pero te creo. Si dices que estás bien, estás bien.

—Sí.

—Vale.

Llegamos a casa a las seis y cincuenta y dos. Cenamos a las ocho menos cuarto. Tortilla francesa, dos lonchas de pavo York, un yogur Danone. Inés se come todo.

A las nueve menos diez vamos a su cuarto. Lupe ya está en la almohada. Inés se mete en la cama con el libro de Lorca. Lee diez minutos. Apaga ella la luz.

Le pongo la mano abierta en la espalda. Cuento.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Once. Doce.

Inés no se gira.

Como el quince de octubre. Hace cuatro semanas exactas. La segunda vez en el año.

Mi mano sigue en su espalda al doce. Trece. Catorce. Quince. Mi hija respira despacio. Lo apunto sin libreta. *Inés se queda más allá del doce por segunda vez. Martes 12 de noviembre.*

Levanto la mano al dieciséis.

Salgo. Rendija de cinco centímetros.

Bajo al salón. Saco la libreta azul. Anoto:

Martes 12 nov. Día normal mantenido por fuera. Asunción me ha dado tarde libre sin papeles. Mario se lleva a Inés viernes 15 a domingo 17. Aurora con Inés piano hoy normal. Inés me ha preguntado si estoy bien. Le he dicho sí. Le he dicho cansada. No se lo ha creído entero pero lo ha dejado pasar.

Más abajo, en línea separada:

Mañana once. La Mallorquina segunda planta. M.L.E.

Cierro la libreta. La guardo en el cajón izquierdo del escritorio bajo.

Pongo *The Crown* otra vez. No la veo.

Apago el portátil. Apago la tele. Apago la lámpara amarilla.

Subo al cuarto. Me meto en la cama. Cuento. A los doce todavía no me he dormido. A los noventa tampoco.

Cuento hasta los trescientos. Después dejo de contar.

CAPÍTULO 18

Mañana es jueves

Almudena me ve entrar al despacho a las nueve menos diez y se queda quieta dos segundos otra vez. Hoy hace el gesto que ayer no hizo. Se levanta de su mesa, viene hasta la mía, pone la mano en mi hombro tres segundos. La quita. Vuelve a su mesa. No dice nada.

Yo guardo el gesto.

Trabajo dos horas en el informe trimestral. Las cifras me bailan menos hoy. Mi cerebro está dividido en compartimentos pequeños. Uno mira los datos. Otro vigila los pasos del pasillo. Otro repasa lo que voy a decirle a Mª Luisa en la segunda cita. Otro guarda lo que vi el sábado en Bar La Conchita.

A las diez y cuarenta y dos recojo el bolso. La libreta azul dentro. Las dieciséis fichas no, hoy no hacen falta. Salgo del INE a las once menos diez. Cojo el metro hasta Sol. Subo a La Mallorquina a las once en punto.

Mª Luisa está. Misma mesa del fondo a la izquierda. Misma Moleskine. Hoy un cortado. Hoy también una galleta de canela mordida una vez.

—Helena.

—Mª Luisa.

—¿Has dormido?

—Algo.

—¿Tu hija ha estado bien las treinta y dos horas que te dejé?

—Sí.

—Vale.

El camarero viene. Pido cortado. Se va.

—He hablado con los dos.

—Sí.

—El comisario se llama Iglesias. Cincuenta y nueve años. Brigada Central de Inteligencia. Lo conozco desde 2012. Es persona seria. Le he dado las dieciséis fichas, la decimoséptima, el apartado de

Correos, el nombre, la dirección, la información de Hacienda. Le he dado todo menos el detalle de que Pablo Méndez ha estado físicamente en tu casa. Eso lo quería contar yo en persona si estás de acuerdo.

—De acuerdo.

—Iglesias me dijo dos cosas. Una: el caso requiere instrucción judicial reservada. Eso lleva semanas. Dos: él va a abrir expediente interno hoy y va a pedir antecedentes ampliados de Méndez a la base de datos europea. Eso son cuarenta y ocho horas.

—Vale.

—Lo segundo es la abogada. Marta Aldecoa, penalista. Especializada en víctimas. Ha llevado dos casos parecidos en su carrera, uno en Asturias 2009, otro en Murcia 2017. Los dos terminaron en condena. Marta me dijo que con las dieciséis fichas y la decimoséptima tenemos sospecha razonable estadística pero todavía no tenemos prueba. Para tener prueba necesitamos una de estas tres cosas: objeto físico que vincule a Méndez con alguna víctima, testigo presencial de algo concreto, o intervención judicial sobre el apartado de Correos que demuestre que recibe pagos o correspondencia de las víctimas.

—¿Cuánto tarda lo del apartado?

—Si Iglesias mueve, tres semanas. Si tenemos que ir por la abogada solicitándolo por vía civil, cuatro meses.

—Vale.

—Mientras tanto, Helena. Yo voy a publicar una pieza en El Confidencial sobre la coincidencia estadística. Sin nombres. Sin Pablo. Solo el patrón. *Mujeres profesionales con piano. Coincidencias en muertes accidentales. Posible patrón sistemático.* Tres mil palabras. La planeo para el martes diecinueve o el miércoles veinte. Es presión social sin acusación directa.

—Vale.

—Si después de la pieza Méndez se mueve, si cambia de patrón, si hace algo distinto, lo cogemos por reacción.

—Vale.

—¿Tienes algo nuevo que contarme tú?

Saco la libreta azul. La abro por la última página. Le cuento.

—El sábado pasado vigilé desde Bar La Conchita la oficina de Correos de la calle de las Conchas catorce. Estuve de nueve y media a una. Vi catorce personas entrar. Una me llamó la atención. Hombre sesenta y pico, pelo blanco peinado para atrás, abrigo gris paño, mochila marrón, posible maletín marrón al hombro. Dentro quince minutos. Sale a las once y veintiocho con cuatro o cinco cartas. Camina hacia Cibeles. No le vi la cara entera. Iba a contraluz.

Mª Luisa Etxeberria se queda quieta cinco segundos largos.

—Helena.

—Sí.

—Eso podía ser él.

—Sí.

—Helena, si era él, te vio.

—Es posible.

—Y si te vio, te conoce.

—Me conoce desde octubre.

—Ya. Pero te vio vigilando.

Pausa. Mª Luisa termina el cortado de un trago como hizo el lunes. Después baja la voz.

—No actúes sobre esto. ¿Me oyes? No vayas otra vez al barrio de Correos. No te acerques a Embajadores cuarenta y siete. No le mires. No le saludes distinto. No cambies nada. Cuanto más quieto te quedes, más nos beneficia. Iglesias va a saber esto hoy.

—Vale.

—El sábado próximo te quedas en casa con Inés y no sales del piso. Mario se la lleva el viernes, ¿no?

—El viernes a las seis y media.

—Vale. Que la recoja él en el portal. Tú no bajas. Te quedas arriba.

—Vale.

—¿Tu sábado y tu domingo despejados? ¿Trabajo, INE, nada?

—Trabajo. Nada.

—Vale. Yo me cojo el AVE el viernes a Bilbao. Voy a hablar con Iñaki. Le doy contexto sin asustarlo. Si pasa algo, prefiero que él sepa.

—Vale.

—¿Lo entiendes?

—Sí.

—Helena. Una cosa más.

—Dime.

—La pieza la voy a firmar yo sola pero pongo en ella algo que te identifica indirectamente. Un dato del INE. Una cita anónima de una *estadística que ha tirado del hilo*. Si Méndez la lee, va a saber quién eres.

—Sí.

—¿Te parece bien?

—Sí.

—Vale.

Mª Luisa cierra la Moleskine. Se levanta.

—Helena.

—Sí.

—Tú aguanta hasta el viernes. Después del viernes ya tenemos algo armado.

—Sí.

—La próxima cita la pongo yo. Te avisaré por SMS como el lunes. Mismo formato.

—Vale.

—Hasta entonces.

Se va. Yo me quedo. Pido un agua. La camarera la trae. Me la bebo entera.

Salgo a las doce y veintiuno.

A las dos menos diez estoy en el portal del cole. Inés sale a las dos en punto.

—Mamá. Otra vez tú.

—Otra vez yo.

—Bien.

Caminamos hasta Sagasta. Inés cuenta lo de hoy. La compañera nueva de Marruecos se llama Rania. Han jugado juntas a las cuatro esquinas en el recreo. Rania le ha dado la mitad de un palmera de chocolate. Inés le ha dado el cromo doble que tenía repetido del álbum de Pokémon. Trato hecho.

Llegamos al portal de Sagasta 28 a las dos y veintiocho. Saco la llave.

La puerta del portal se abre desde dentro antes de que yo meta la llave.

Sale Pablo Méndez Méndez.

Lleva el maletín de cuero marrón en la mano izquierda. La mochila gris al hombro. Camisa azul abrochada hasta el último botón. Pelo blanco peinado para atrás. La luz de las dos y veintiocho de noviembre le pega oblicua en la cara.

—Helena.

—Pablo.

—Hola, Inés.

—Hola, Pablo.

Pablo se aparta dos pasos hacia la izquierda para dejarnos entrar. Yo no me muevo. Inés tampoco. Pablo se queda con la puerta sujeta con el brazo.

—Vengo del señor Aliaga, del cuarto B. Lleva conmigo desde el dos mil cinco. Hoy le tocaba afinación anual.

—Vale.

—¿Sabía usted que el cuarto B es cliente mío?

—No.

—Bueno. Pues ya lo sabe. Su edificio tiene tres pianos. El de usted, el del cuarto B, y el del segundo C que afina otra persona desde que su antiguo afinador se jubiló. Yo le ofrecí al segundo C trabajar con él en 2019 pero ya tenía nuevo, así que nada.

—Vale.

—¿Cómo está su piano?

—Bien.

—¿Inés sigue con los Czerny?

—Sí.

Inés intervino.

—Voy por el séptimo.

—Aurora me lo dijo. Estás avanzando rápido para tu edad.

—Sí.

—El séptimo se le atraganta a la gente. La mano izquierda no se queda quieta. Tú tienes manos pequeñas todavía. Vas a tener ventaja.

—Vale.

Pablo no se mueve. Sigue sosteniendo la puerta del portal. Le miro la mano izquierda. Lleva tres anillos no — lleva ninguno. La uña corta y limpia. El nudillo del índice ligeramente más grueso. Y en el dorso, atravesando el tendón del dedo índice de lado a lado, una cicatriz blanca de un centímetro y medio. La cicatriz es vieja. La piel se ha cerrado sobre ella hace años.

No la vi el primero de octubre. Hoy la veo.

—Bueno —dice Pablo—. Las dejo. Si necesita retoque del piano ahora con la calefacción del invierno, llámeme. Es lo que le dije el día que vine.

—Vale.

—Inés. Hasta otra ocasión.

—Hasta otra ocasión, Pablo.

Pablo suelta la puerta. Sale a la calle. Coge a la izquierda hacia Sagasta arriba. Camina al ritmo de siempre, ni rápido ni lento.

Yo entro al portal con Inés. La puerta se cierra detrás de nosotras.

—Mamá.

—Sí.

—El de la *la* sabe de mí los Czerny.

—Sí.

—Aurora se lo cuenta porque son amigos.

—Sí.

—Vale.

Subimos. Llave. Puerta. Recibidor. Cierro con la llave por dentro.

Inés deja la mochila Quechua en el banco. Va al baño. Yo me quedo en el recibidor mirando la puerta cerrada.

El señor Aliaga del cuarto B. Veinte años. Probablemente el cuarto C también, antes de jubilarse el suyo. Pablo Méndez ha estado entrando en Sagasta 28 dos veces al año desde 2005. Probablemente más. Cada visita: cuatro horas en el edificio. Cuatro horas observando el portal, el ascensor, los buzones, las salidas, los horarios. Diecinueve años. Treinta y ocho visitas.

Aurora se lo dijo *te recomiendo a Pablo* en septiembre. Aurora no le hizo a Pablo un favor. Aurora le abrió la única puerta del edificio que Pablo todavía no tenía.

Mi cabeza calcula sola. La cabeza no me la pido y no me la para.

Voy a la cocina. Le preparo a Inés el puré que sobró de ayer. Lo caliento. Le pongo una tortilla francesa. Le pongo un yogur Danone. Le pongo agua.

Comemos.

—Mamá.

—Dime.

—Hoy he hecho un dibujo del recital.

—¿Sí?

—Te lo enseño después de comer.

—Vale.

Comemos. Inés se acaba el puré. Yo me como la mitad de la tortilla y dos cucharadas del yogur. No tengo más.

A las tres y veinte Inés saca el dibujo. Es un escenario con un piano grande en el centro. Una niña con vestido azul sentada en la banqueta. Cuatro filas de público con cabezas de colores. La iluminación amarilla cae desde arriba en líneas rectas. *Yo en el recital del quince de diciembre*.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—Lo pego en la nevera.

—Vale.

Pega el dibujo en la nevera. Junto al pulpo Bertín, junto al de Helena con gafas. El del piano con Pablo afinando sigue doblado en el cajón izquierdo del escritorio bajo.

A las cuatro y media empieza la tarea. Lengua y mates. Inés trabaja cuarenta minutos en la mesa del comedor. Yo en el sofá con el portátil abierto en una hoja en blanco, sin escribir nada.

A las seis y diez termina. Practica el sexto y el séptimo Czerny en el piano del salón. Cuarenta minutos. La mano izquierda del séptimo le sigue tropezando en el compás veinticuatro.

A las ocho cenamos. Sopa de fideos Gallo, una loncha de pavo, un yogur. Inés se come la mitad de la sopa y el yogur entero.

A las nueve menos cuarto Inés está en pijama. Lee diez minutos del libro de Lorca. Apaga ella la luz.

Le pongo la mano abierta en la espalda. Cuento.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete.

Se gira al séptimo. Buenas noches, mamá. Se duerme al noveno.

Levanto la mano al noveno.

Bajo al salón. Saco la libreta azul. Anoto:

Miércoles 13 nov. Cita M.L.E. en La Mallorquina segunda planta 11h. Plan: comisario Iglesias abre expediente reservado, antecedentes ampliados 48h. Abogada Marta Aldecoa. Pieza M.L.E. en El Confidencial el martes 19 o miércoles 20 — coincidencia estadística sin nombres. M.L.E. va a Bilbao el viernes a hablar con Iñaki. Yo no actúo hasta entonces.

Más abajo:

Pablo Méndez en el portal de Sagasta 28 a las 14:28. Cliente: señor Aliaga cuarto B desde 2005. 38 visitas mínimas al edificio en 19 años. Cicatriz blanca dorso mano izquierda, cruza tendón del índice, 1,5 cm, antigua. No la vi el primero de octubre. Sabía el nivel de Inés en Czerny por Aurora.

Más abajo, en línea separada:

Mañana es jueves 14. Inés cole hasta las dos. La recojo yo. Tarde en casa, tarea, piano, cena. Mario llega viernes 18:30 al portal. Hasta entonces tres días.

Cierro la libreta. La guardo en el cajón izquierdo del escritorio bajo, junto al dibujo doblado del piano con Pablo afinando.

Pongo el despertador a las siete. Bajo la persiana del salón hasta abajo. Echo la llave del portón por dentro y la dejo puesta en la cerradura.

Subo. Me meto en la cama a las diez y diez.

Mañana es jueves.

CAPÍTULO 19

Jueves

Jueves.

A las siete y cuarenta abro los ojos. Inés ya está despierta. La oigo en el salón.

Bajo en pijama.

—Mamá.

—Inés.

—Te he hecho la tostada porque ayer no comiste casi.

—¿Cómo?

—La he dejado en la mesa. Está con mantequilla y azúcar.

—Vale.

Inés sonríe. Lleva el uniforme del cole y los calcetines de rayas verdes. La tostada está en un plato pequeño con dos cuchillos al lado por si quiero más mantequilla.

Me la como entera.

—Gracias.

—¿Está buena?

—Sí.

A las ocho y diez salimos. La acompaño los tres minutos hasta el portal del cole. La conserje la recibe. Inés me da un beso seco en la mejilla y entra sin mirar atrás.

A las nueve y veintidós entro al despacho. Almudena ya está.

—Buenos días.

—Buenos días.

Trabajamos. Cierro el informe trimestral a la una y veintitrés. Lo apruebo. Lo mando.

Como en la cafetería con Asunción en mesas separadas. Diez minutos. Subo. Recojo. Salgo del INE a las dos menos cuarto.

A las dos menos cinco estoy en el portal del cole. Inés sale a las dos en punto. Hoy a las dos y diez.

—Mamá.

—Inés.

—Rania me ha invitado a su cumpleaños el sábado siete de diciembre.

—Vale.

—Va a ser en su casa. Su madre hace cuscús.

—Vale.

—¿Puedo ir?

—Sí.

Caminamos hasta Eloy Gonzalo. Doblamos a la derecha. Hablamos del cuscús. Inés me cuenta lo que es el cuscús porque cree que yo no lo sé. Le digo que sé lo que es el cuscús. Inés se ríe y me lo cuenta igual.

Llegamos a Sagasta a las dos y veinticuatro. Cruzamos por el paso de cebra de la esquina con Eloy Gonzalo. El semáforo del peatón en verde. Doce segundos en el contador.

Cuatro pasos. Cinco.

El coche viene por Sagasta de bajada.

Lo registro. Gris oscuro. Sedán antiguo. BMW serie 3 de los noventa o principios de los dos mil. Matrícula con tres letras y números — no retengo los números. El conductor lleva gorra negra y gafas. Va solo.

El coche acelera.

Cojo a Inés del brazo izquierdo.

Tiro.

No llego.

El golpe se oye.

Mi hija sale despedida hacia adelante seis o siete metros y cae sobre el asfalto en la mitad del paso de cebra.

El coche no para.

Tuerce a la derecha en la siguiente bocacalle.

Se va.

Voy a Inés. Voy en cuatro pasos.

Está boca arriba. La pierna derecha doblada hacia un lado donde no se dobla una pierna. La cabeza con la sien izquierda en el suelo. Sangre. La mochila Quechua a tres metros.

—Inés.

No me contesta.

Tiene los ojos abiertos.

Le pongo la mano en la espalda. Le pongo dos dedos en el cuello. Cuento. Pulso.

Saco el móvil.

—112, ¿en qué le puedo ayudar?

—Mi hija atropellada esquina Sagasta con Eloy Gonzalo. Ocho años. Consciente. Pulso. Pierna derecha rota. Cabeza con sangre lado izquierdo. Necesito ambulancia ahora.

—Voy a mandarla. Quédese con ella. No la mueva. ¿Está sola?

—Sí.

—¿Cómo se llama usted?

—Helena Aragüés. La niña es Inés Aragüés. Ocho años. Pediatra en Bravo Murillo.

—¿Está consciente la niña?

—Tiene los ojos abiertos pero no me contesta.

—Háblele. La ambulancia está saliendo. Cuatro minutos.

Hablo a Inés. Le digo que estoy aquí. Le digo el nombre. Le digo el suyo. Le digo que la ambulancia va a venir. Le digo que la quiero. Lo digo aunque no se lo he dicho en voz alta en años.

Una señora con dos perros pequeños llega corriendo. Es la del barrio que conozco de vista. Se llama Maite, lo sé ahora por el chaleco con su nombre del trabajo. Se agacha al otro lado de Inés.

—¿Has visto el coche? —pregunto.

—Sí. Gris. No he visto matrícula.

—Quédate.

—Sí.

Llega un hombre joven con bici a las dos y veintiocho. Saca el móvil. Llama también al 112 hasta que ve que yo ya he llamado.

La ambulancia llega a las dos y treinta y uno.

Dos enfermeros bajan. Una mujer de cuarenta años, un hombre joven. La mujer es la que manda. Ponen a Inés en la camilla con tabla rígida. Le ponen un collarín. Le ponen una vía. Le hablan. Inés sigue con los ojos abiertos pero no contesta.

—¿Puedo ir? —pregunto.

—Sube.

Subo.

Vamos al Niño Jesús. Avenida de Menéndez Pelayo. Doce minutos con sirena.

En la ambulancia el enfermero joven le pone monitores. La tensión baja. La saturación baja. La frecuencia cardiaca alta primero, después baja.

La mujer enfermera me mira tres segundos y dice:

—Va a entrar directa a quirófano. No la verá hasta que salga. Llame ahora a quien tenga que llamar.

—Vale.

Saco el móvil. Llamo a Mario. Suena cuatro veces. Coge.

—Helena.

—Mario. Inés atropellada en Sagasta. Vamos al Niño Jesús. Está grave.

Silencio.

—Cojo el coche.

—Vale.

—Voy en cuatro horas.

—Vale.

Cuelga.

Llamo a Asunción. Coge al primer tono.

—Asunción. Inés atropellada. Vamos al Niño Jesús. Necesito que alguien me ayude con la burocracia.

—Voy yo. Salgo del INE ahora. Treinta y dos minutos.

—Vale.

Cuelgo.

Llamo a Mª Luisa Etxeberria. Salta el contestador. Dejo mensaje:

—Mª Luisa. Inés atropellada. Coche se ha dado a la fuga. Niño Jesús. Llámame.

Cuelgo.

Llegamos al Niño Jesús a las dos y cuarenta y tres. Inés entra en camilla. Yo entro detrás. La meten directa por la puerta de quirófanos. Una enfermera me corta el paso.

—Aquí ya no, señora. Espere en sala. La avisaremos.

—Vale.

Me siento en sala de espera de cirugía pediátrica. Plantas. Sillas azules de plástico duro. Pantalla con número de turnos que no sirve para nada. Una mujer mayor con un niño de cinco años con escayola. Un padre joven con una niña de tres años durmiendo en su regazo. Una pareja de cincuenta y tantos sin hablar.

Saco la libreta azul de la mochila. Anoto:

Jueves 14 nov, 14:25. Inés atropellada cruzando paso de cebra Sagasta esquina Eloy Gonzalo. Semáforo verde para peatón. Coche BMW serie 3 antiguo gris oscuro. Conductor solo, gorra negra,

gafas. Acelera desde parada en Sagasta arriba. Atropello frontal lado izquierdo. Inés despedida 6-7m. Pierna derecha rota. Sien izquierda con sangre. Consciente al subir a ambulancia. Bajada de tensión y saturación en trayecto. Testigos: Maite chaleco del barrio. Hombre joven con bici. Conserje del 28 desde ventana (probable). Quirófano Niño Jesús desde 14:43.

Asunción llega a las tres y diecisiete. Lleva el abrigo gris del trabajo y el bolso. Se sienta a mi lado. No me toca. No me abraza. Me mira tres segundos y dice:

—Helena.

—Asunción.

—¿Has comido hoy?

—Tostada.

—Vale. Voy a buscar agua y un sándwich. Vuelvo.

—Vale.

Vuelve a los siete minutos con una botella de agua de medio litro y un sándwich de jamón y queso del Carrefour Express de la esquina. Me los pone en el regazo. Yo me bebo la mitad del agua. El sándwich no lo abro.

Esperamos.

A las cuatro y diez sale una enfermera. Pregunta por la familia de Aragüés. Levanto la mano. Viene.

—Está en quirófano. La cirujana en jefe es la doctora Murguía. Va a salir a hablar con ustedes en cuanto pueda. La niña tiene traumatismo craneoencefálico grave y hemorragia interna. Estamos trabajando.

—Vale.

Se va.

Asunción no dice nada. Pone la mano en mi rodilla. La quita. La pone otra vez.

A las cuatro y veintidós sale la doctora Murguía. Cincuenta y tantos. Pelo gris recogido. Mascarilla bajada al cuello. Las manos

limpias y todavía mojadas. Viene directa hacia mí. Asunción me coge del brazo.

—¿Aragüés?

—Sí.

—Lo siento.

Lo digo:

—Vale.

La doctora se queda mirando dos segundos como esperando algo. Yo no digo más. Ella sigue.

—La hemorragia no la pudimos parar. El traumatismo craneoencefálico era severo. Hicimos todo lo que se podía hacer. Lo siento mucho.

—Vale.

—¿Quiere verla?

—Sí.

—Acompáñeme.

Me levanto. Asunción se queda en la silla. Me dice ve. Voy.

La doctora me lleva por un pasillo corto. Una sala pequeña a la izquierda. Inés está en una camilla con sábana blanca. Le han limpiado la cara. La sien izquierda con un esparadrapo. Los ojos cerrados. El pelo recogido con una goma que no es la suya.

Le pongo la mano abierta en la espalda.

Cuento.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Once. Doce.

No se gira.

Mi mano sigue en su espalda. Trece. Catorce. Quince. Dieciséis. Diecisiete. Dieciocho. Diecinueve. Veinte.

No se gira.

Levanto la mano al treinta y dos.

Salgo.

Asunción está en la sala de espera todavía. Me ve la cara. No pregunta. Me coge del brazo y me lleva al pasillo.

—Helena, voy a quedarme contigo todo lo que necesites. La burocracia la voy a llevar yo. ¿Vale?

—Vale.

—¿Mario viene?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Sobre las siete.

—Vale.

A las cinco y diecisiete Mª Luisa Etxeberria llama. Le cuento. Cuatro frases. Mª Luisa dice voy. Cuelga.

A las seis y cuarenta llega Mario. Trae la cara que no le había visto antes. Sale del ascensor corriendo. Llega. Me mira. No le sale ninguna palabra. Lo abrazo yo. Es la primera vez en cinco años que abrazo a Mario.

Mario me dice:

—Helena.

—Está dentro. Puedes verla.

—Vale.

Asunción lo lleva.

Vuelve a los catorce minutos. Tiene los ojos rojos y la nariz mocosa. Se sienta a mi lado. Pone los codos en las rodillas. Mira al suelo.

A las ocho y veintidós firmamos los papeles que hay que firmar. Asunción ayuda con todo. Forense. Funeraria. Llamadas a Bilbao. Llama Mario a Iñaki desde el pasillo. Llama Mario a Pilar.

A las nueve y veinte salimos del Niño Jesús. Asunción nos lleva a Sagasta 28 en su coche. Sube con nosotros al piso. Hace café. Se queda hasta las once.

A las once Mario y yo nos quedamos solos en la cocina.

Mario llora en la mesa con la cabeza entre los brazos.

Cuento. Cuarenta y siete minutos. No los cuento porque quiera. Los cuento porque mi cabeza cuenta.

A las once y cuarenta y siete Mario levanta la cabeza.

—Helena.

—Sí.

—¿Tú estás bien?

—No.

—Vale.

—Mañana voy a llamar a Iglesias.

—¿Quién es Iglesias?

—Te lo cuento mañana.

—Vale.

Subimos. Mario se queda en el cuarto de Inés. Cierra la puerta. Yo me quedo en el salón. Apago la lámpara amarilla.

No me siento en el sofá. Me siento en la banqueta del piano.

No abro la tapa.

Pongo las manos abiertas sobre la madera. Encima de las teclas que no veo. La tapa cerrada del Kemble que afinó Pablo Méndez el primero de octubre y que mi hija tocó por última vez ayer a las seis y diez.

Mi reloj marca la una y dos.

Mañana es viernes.

CAPÍTULO 20

La banqueta

La banqueta del piano tiene cuarenta y dos centímetros de ancho. Lo sé porque me he sentado en ella desde la una y dos de la madrugada hasta las cuatro y diecinueve sin moverme. He puesto las manos planas sobre la tapa cerrada del Kemble dos veces. Las he quitado. He vuelto a ponerlas. Las he quitado.

Mario no ha bajado del cuarto de Inés en toda la noche.

A las cuatro y veinte me levanto. Bajo a la cocina. Pongo la cafetera Bialetti. Mientras hierve el agua, abro la nevera. En la puerta están los tres dibujos: el pulpo Bertín, Helena con gafas, el escenario del recital con la niña con vestido azul. *Yo en el recital del quince de diciembre.*

Despego el escenario del recital. Lo doblo en cuatro. Lo meto en el cajón izquierdo del escritorio bajo del salón, al lado del dibujo del piano con Pablo afinando que despegué el lunes.

Vuelvo a poner los otros dos con los imanes redistribuidos para que llenen el hueco.

A las cuatro y cincuenta me bebo el café. Solo. Sin azúcar. Tres tazas seguidas en treinta y dos minutos. Es la primera vez en mi vida que tomo tres tazas seguidas sin pasar al té.

A las cinco y media oigo a Mario moverse arriba. Baja a las seis menos cuarto. Tiene los ojos rojos. La camisa de ayer sin cambiar. Se sienta a la mesa de la cocina enfrente de mí. No me mira.

—Helena.

—Mario.

—¿Has dormido?

—No.

—Yo tampoco.

—Vale.

Le sirvo café. Lo coge. Le tiembla el pulso. Lo apoya en la mesa para no derramarlo.

—Pilar va a venir.

—Sí.

—Con mi padre. Cogen el Alvia de las siete. Llegan a las once cuarenta y dos.

—Vale.

—Mi madre quiere que la enterremos en Bilbao.

—No.

—Helena.

—Mi madre está en Madrid. Inés se queda con ella.

Mario me mira tres segundos. Después baja la cabeza y la deja apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa.

—Vale.

A las siete y diez llaman al telefonillo. Es Asunción. Sube. Trae una bolsa del Carrefour Express con cuatro cosas: leche entera, pan, dos plátanos, un paquete de jamón cocido York. Las pone en la cocina. Hace tostadas. Las pone delante de mí. Las pone delante de Mario.

—Comed.

—Vale.

Como una tostada. Mario come dos. Asunción tres.

—Helena. ¿Has llamado a la funeraria?

—No.

—La llamo yo. ¿Cuál?

—La municipal. La Almudena. Pasos básicos. Sin maquillaje. Sin música.

—Vale.

—Velatorio sábado. Entierro domingo. Cementerio de la Almudena. Cerca de mi madre. Mi madre está en el patio veintidós, columbario cuarenta y siete.

—Vale.

Asunción saca el móvil. Sale al recibidor a hablar.

Mario me mira.

—¿Y mi padre?

—Tu padre puede subir a verla. Cuando llegue.

—¿Y mi madre?

—También.

—Helena.

—Sí.

—Gracias.

—Vale.

A las ocho y cuarto llaman al telefonillo otra vez. Es Mª Luisa Etxeberria. Sube. Lleva el abrigo verde militar y la Moleskine negra. Se sienta en el sofá del salón.

—Helena.

—Mª Luisa.

—No fui a Bilbao ayer. Iñaki ya sabe. Hablé con él anoche desde el hospital. Hablé también con Iglesias dos veces. Iglesias viene a tomarte declaración a las once. Va a venir él en persona porque el caso es de homicidio por atropello con fuga y se lo lleva su brigada.

—Vale.

—Iglesias me preguntó si tú me has hablado del caso del afinador. Le dije que sí. Le dije que tú me llamaste el lunes con todo. Le dije que él ya lo sabía porque yo se lo pasé el martes.

—Vale.

—Helena, hay una decisión que tomar. Iglesias no va a vincular los dos casos en su declaración formal de hoy. La declaración del atropello la toma como atropello con fuga. La investigación serial sigue en paralelo, fuera del expediente público. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Yo entonces tampoco saco la pieza del Confidencial todavía. Si la saco ahora, Pablo Méndez se mueve. Si me esperas dos o tres semanas, Iglesias tiene tiempo de armar caso sólido.

—¿Cuánto exactamente?

—Tres semanas, máximo cuatro.

—Vale. La pospones.

—¿Quieres esperar tú también? ¿Que no salga nada público hasta que tengamos cosa cerrada?

—Sí.

—Vale.

Asunción vuelve al salón.

—Funeraria contratada. Pasos básicos. Velatorio sábado dieciséis de diez a veinte, sala dos del tanatorio M-30. Entierro domingo diecisiete a las once en el patio veintidós. He pedido que el ataúd sea blanco porque Inés tenía ocho años. ¿Está bien?

—Sí.

—Necesitan que firmes papeles en el tanatorio. Yo te llevo. ¿A qué hora?

—Cuando termine con Iglesias.

—Vale.

A las nueve y veintisiete bajo al portal con Asunción. Quiero ver el sitio donde fue. La calle Sagasta esquina Eloy Gonzalo está vallada con dos barreras de Policía Municipal y cinta de zona acotada. Hay un hombre joven con chaleco amarillo barriendo cristal. No hay sangre. La han limpiado durante la noche. El paso de cebra tiene una pequeña pintada en spray rojo del agente que marcó el lugar.

Conservo la imagen sin sentir nada en concreto. Es un cruce de calles. Es Madrid. Es jueves a las dos y veinticuatro lo que fue. Hoy es viernes a las nueve y veintisiete.

Asunción me coge del brazo. Subimos.

A las once en punto llaman al telefonillo. Es el comisario Iglesias. Sube. Lleva un abrigo marrón y una carpeta de cartón. Cincuenta y

nueve años, pelo corto gris, cara ancha, manos pequeñas para su cuerpo. Saluda a Mario con la mano. Saluda a Mª Luisa con un asentimiento. Me saluda a mí.

—Helena Aragüés.

—Sí.

—Lamento mucho lo que ha pasado.

—Vale.

—Voy a tomarle declaración aquí en su casa para no obligarla a ir a comisaría. Tengo treinta y cinco minutos. ¿Le parece bien?

—Sí.

Nos sentamos en la mesa del comedor. Iglesias saca un grabador pequeño y una libreta. Pone el grabador en la mesa. Lo encendí pasa después.

—Cuéntemelo como lo recuerda. En orden. Tómese el tiempo que necesite.

Cuento. Lo cuento como pasó. Cero adjetivos. Cifras donde tengo cifras. El coche: BMW serie 3 antiguo gris oscuro, matrícula con tres letras y números no retenidos, conductor solo, gorra negra, gafas. La hora: dos y veintiséis. El sitio: paso de cebra de la esquina Sagasta-Eloy Gonzalo. Los testigos: Maite del chaleco azul que pasea dos perros pequeños, hombre joven con bici cuyo nombre no sé, conserje del 28 desde la ventana del portal (probable).

Iglesias toma notas. No me interrumpe.

Cuando termino, me dice:

—Helena, varias cosas. Una: hemos identificado a la mujer del chaleco. Se llama Maite Iturralde, vive en Sagasta veinticinco, tercero izquierda. Le hemos tomado declaración esta mañana a las ocho. Confirma exactamente lo que usted dice del coche.

—Vale.

—Dos: el hombre joven de la bici no lo hemos identificado todavía. Estamos pidiendo cámaras de tráfico de Sagasta y Eloy Gonzalo. Si pasó por delante de cualquiera, lo cogemos.

—Vale.

—Tres: la conserje del 28 sí estaba en la ventana. Vio el atropello. Vio el coche. Nos confirma la marca. No vio matrícula pero vio que el conductor llevaba algo en la cara — una gorra y posiblemente algo más. Es testigo útil.

—Vale.

—Cuatro: el coche. BMW serie 3 antiguo gris oscuro. En Madrid quedan menos de seiscientos matriculados de esa serie y de ese color. Estamos cruzando registros con multas, cámaras y aparcamientos. Si el conductor no lo deshace o lo cambia de matrícula, lo tendremos en setenta y dos horas.

—Vale.

—Cinco. Y esta cinco se la digo despacio. ¿Me oye?

—Sí.

—Yo sé del otro asunto. Mª Luisa me lo pasó. Yo lo tengo abierto desde el martes. Hoy no vamos a relacionar los dos casos por escrito. Pero yo sé que están relacionados, y usted sabe que yo sé. ¿Entiende?

—Sí.

—Hasta nuevo aviso, usted no menciona a Pablo Méndez ni a Mª Luisa en ningún sitio. Ni a su exmarido. Ni a su suegra. Ni a la profesora de piano de la niña. Ni a su jefa. ¿Lo tiene claro?

—A Asunción ya se lo conté.

—¿Asunción Berrocal del INE?

—Sí.

—Asunción Berrocal lleva mes y medio sabiendo que algo pasa. Mª Luisa me lo dijo. Asunción es de las nuestras, no se preocupe. A nadie más.

—Vale.

—Si Méndez le llama, le manda mensaje, le pone la cara delante, usted no reacciona distinto. Le trata como al afinador de su piano. ¿Entendido?

—Sí.

—Cuando lo cojamos, lo cogemos en limpio. Sin que él se haya dado cuenta antes. Si se mueve ahora, perdemos todo.

—Vale.

Iglesias apaga el grabador. Cierra la carpeta.

—Helena, una última cosa de la otra clase.

—Dime.

—Mi mujer perdió a un hijo en 2003. Tenía siete años. No le voy a contar cómo. Pero le digo una cosa: la persona en la que se convierte en los próximos seis meses no es la persona que es usted hoy. Las dos están bien. Pero no son la misma. Esto no se lo voy a poner en el expediente.

—Vale.

—Sigamos.

Se levanta. Le da la mano a Mario. Le hace un asentimiento a Mª Luisa. Sale.

Mario llora dos minutos en la mesa con la cabeza entre los brazos. Yo cuento. Me quedo quieta.

A las once y cuarenta y dos llaman al telefonillo. Es Pilar Iturmendi con Iñaki. Subo a abrir la puerta del piso. Mario baja a por ellos al portal.

Suben. Pilar entra al recibidor. Me ve. Suelta el bolso. Camina los cuatro pasos hasta mí. Me abraza. Llora alto durante doce o trece segundos. La dejo. Cuento doce. Después le pongo la mano en la espalda como ella espera. Cuento doce más. Después la separo con suavidad.

—Pilar.

—Helena.

—¿Quieres agua?

—Sí.

Iñaki entra detrás. Tiene la cara igual que el día del entierro de su mujer hace doce años. Camisa azul oscura. Chaqueta de paño. No me abraza. Me da la mano. Aprieta tres segundos. Dice:

—Helena.

—Iñaki.

—Estamos aquí lo que haga falta.

—Vale.

Los siento en el salón. Asunción les hace café. Mª Luisa se presenta a Iñaki — Iñaki la conoce de la llamada del jueves noche. Le da la mano. Le dice que ha leído sus piezas en El Confidencial. Mª Luisa asiente.

A la una y media comemos. Asunción ha bajado a por una pizza al Telepizza de la Glorieta de Bilbao porque no se quiere mover de la cocina nadie. Comemos en silencio. Pilar dice tres cosas:

—La niña era una luz.

—La niña se ha ido demasiado pronto.

—No es justo.

Yo digo *sí* a las tres. Mario asiente. Iñaki no dice nada.

Después de comer Pilar se va al cuarto de Inés. Cierra la puerta. Está dentro cuarenta y dos minutos. Sale con los ojos rojos y con Lupe en la mano.

—¿Puedo llevarme a Lupe?

Yo digo:

—No.

Pilar me mira. No espera el *no*.

—Helena.

—Lupe se queda aquí.

—Vale.

Vuelve a meter a Lupe en el cuarto de Inés sobre la almohada. Cierra la puerta. Baja al salón. No insiste.

A las cuatro y veinte llaman al telefonillo. Es Aurora. Sube. Lleva el abrigo gris y trae una bolsa pequeña de la pastelería Mira de

Sagasta con una caja de magdalenas que era el postre que Inés pedía los miércoles cuando subía a su piso a comer.

Aurora me ve y llora antes de saludarme. La dejo entrar. La siento en el sofá. Asunción le saca un vaso de agua.

—Helena. Cuánto lo siento.

—Sí.

—La niña era un piano que aún no había empezado a sonar entero.

—Sí.

—Me he despertado a las cinco con la idea fija de que ayer me tocó el séptimo entero por primera vez. Tres veces sin parar. Me dijo *Aurora ya estoy preparada para el recital* y me lo dijo con su voz. Y yo la mandé a casa contigo y le di un beso en la coronilla y le dije *hasta el martes* como si fuera a haber martes.

—Vale.

—Helena.

—Sí.

—No sé qué hacer con el recital del quince de diciembre.

—Cancélalo.

—Vale.

—Llama a los padres de los otros once. Diles lo que pasó. Pídeles que vengan al velatorio si quieren.

—Vale.

Aurora bebe agua. Mira la nevera. Ve los dos dibujos restantes. Ve el hueco donde estaba el del escenario. No pregunta.

—Mañana tengo que avisar a Pablo Méndez de que cancele la afinación del lunes que tenía conmigo. Le pago igual. Esa parte la organizo yo.

Yo me quedo quieta. Mario está al lado pero no escucha. Mª Luisa sí. Iñaki sí. Asunción sí.

—Aurora.

—Dime.

—No le digas nada raro. Dile solo que cancelas porque te ha muerto una alumna y no estás bien. Sin más.

—Sí. Solo eso.

—Gracias.

—Vale.

Aurora se queda hasta las seis y media. Antes de irse pasa al cuarto de Inés sola. Sale a los cinco minutos sin decir nada. Me da un beso en la mejilla. Sale.

A las ocho cenamos los cinco. Tortilla francesa que hace Asunción con seis huevos. Pan tostado. Una lata de mejillones en escabeche que abre Iñaki de su bolsa. Comemos poco cada uno menos Mario, que come por tres porque su madre le pone delante.

A las diez Pilar e Iñaki se van al hotel del barrio. Mario los baja al portal. Vuelve.

A las diez y veinte Asunción se va.

—Mañana a las nueve y media te recojo para el tanatorio.

—Vale.

—Llámame si no duermes.

—Vale.

Sale.

A las diez y media Mª Luisa se queda con nosotros en el salón. Mario se ha ido al cuarto de Inés otra vez. Se ha llevado un cojín del sofá. Va a dormir ahí.

Mª Luisa y yo en la cocina. Café para ella, agua para mí.

—Helena.

—Mª Luisa.

—¿Tienes algo que decirme que no me hayas dicho hoy?

—Sí.

—Dime.

—Yo voy a estar bien hasta que esto termine. Después no sé.

Mª Luisa Etxeberria asiente despacio. No me dice nada durante dieciocho segundos. Después dice:

—Vale.

—Vale.

—Helena.

—Dime.

—Yo te ayudo hasta que termine. Lo de después lo ves después.

—Sí.

—Vale.

Se queda otra hora. Después se va al hotel donde tenía reservada habitación para Bilbao y donde se quedará el fin de semana.

A las doce menos veinte cierro la puerta. Doy la llave. Compruebo dos veces que está echada.

Subo. Paso por delante del cuarto de Inés. La puerta entornada. Mario está dormido en el suelo sobre el cojín y la mantita de Inés. Lupe en el hueco entre su cabeza y el pie de la cama.

Sigo al cuarto de matrimonio que ahora es mi cuarto. Me siento al borde de la cama vestida. Cuento. A los cuarenta dejo de contar y me tumbo. No me quito ni los zapatos.

No duermo.

Asunción llamará al telefonillo a las nueve y media.

CAPÍTULO 21

Patio 22

Asunción ha bajado a por el coche. Yo termino de vestirme en el cuarto de matrimonio que ahora es mi cuarto. Pantalón negro, camisa negra, chaqueta gris oscuro. Zapatos planos. Sin maquillaje. Nunca llevo maquillaje pero hoy lo registro como decisión.

Bajo al recibidor a las nueve y treinta y nueve. Mario está sentado en la silla del banco con el abrigo encima de las rodillas. La cara la tiene de quien tampoco ha dormido. Lleva el traje azul oscuro del entierro de su madre que no es, todavía. Hoy es del entierro de su hija.

—Helena.

—Mario.

—¿Vamos?

—Sí.

Bajamos. Asunción tiene el Peugeot 308 aparcado en doble fila. Subimos los tres. Asunción conduce. Pone la radio en el dial 95.7 y la baja a un volumen que no se oye pero que se ve por la luz pequeña en el salpicadero.

Tanatorio M-30 está en la avenida de Daroca. Veinte minutos por la M-30 desde Sagasta. Asunción no habla. Mario tampoco. Yo cuento las cinco salidas que pasamos sin coger antes de la nuestra.

Llegamos a las diez y cinco. Asunción nos deja en la puerta principal. Va a aparcar. Mario y yo entramos. El portero pregunta. Le digo:

—Aragüés. Sala dos.

—Por ahí. A la derecha. Después al fondo. Hay flechas.

—Vale.

Pasillo largo de baldosa beige. Olor a desinfectante limón. Música ambiental sin identificar a un volumen bajo. Vamos a la sala dos. Está abierta. Dentro, en el centro, sobre una tarima baja con cuatro velas eléctricas en las esquinas, el ataúd blanco. Cerrado. La placa

con el nombre dorada: *Inés Aragüés Etxeberria. 16/03/2016 – 14/11/2024*. Ocho años, ocho meses, veintinueve días.

Tres ramos. Uno grande de la funeraria. Uno mediano de Pilar e Iñaki en blancos. Uno pequeño de Aurora con tulipanes morados.

Sillas pegadas a la pared para los visitantes. Una mesa al lado con un libro de firmas y dos bolígrafos Bic azules.

Mario se acerca al ataúd. Pone la mano en la madera. Llora bajo durante doce o trece segundos. Después se separa y se sienta en la silla más cercana.

Yo me quedo en la puerta. Cuento velas. Cuento sillas. Cuento ramos. Después entro.

Pongo la mano en la madera del ataúd. La madera está fría. La saco. La pongo en el bolsillo de la chaqueta y la noto fría también.

Me siento al lado de Mario. La sala es más fría que el pasillo en dos grados aproximadamente. Asunción entra a los siete minutos. Se sienta al otro lado mío. Saca un termo pequeño.

—Café.

—Después.

—Vale.

A las diez y veintidós llega Pilar Iturmendi con Iñaki. Pilar entra primero, se acerca al ataúd, se agacha apoyando una rodilla, llora alto durante un minuto y medio. Iñaki la levanta. La sienta en la silla de al lado de la mía. Pilar me coge la mano con las dos suyas durante treinta segundos. No me la suelta. Yo cuento.

Iñaki me pone la mano en el hombro tres segundos y se sienta al lado de Mario sin hablar.

A las diez y cuarenta llega Mª Luisa Etxeberria. Lleva el abrigo verde militar y la Moleskine negra que esta vez no abre. Se acerca al ataúd. Se queda de pie cuarenta segundos. Después viene a mi silla. Me mira. No me dice nada. Me coge la mano izquierda con la suya doce segundos. Se sienta dos sillas más allá.

A las once empieza a llegar gente.

Almudena con su marido. Sus dos niñas no, por lo que se ve, las han dejado con la abuela. Almudena viene directa a mí. Me abraza. Llora alto. Me dice diecisiete cosas en treinta segundos sin que pueda procesarlas. Yo le digo *vale*. Le digo *gracias*. Le digo *vale* otra vez.

Vienen tres compañeros del INE. El director de mi sección. La jefa de proyecciones que se prejubiló hace cuatro años. Cuatro vecinos de Sagasta 28 — el matrimonio del cuarto B (el señor Aliaga del piano de Pablo) entre ellos. El señor Aliaga me da el pésame en cuarenta y dos segundos. No me mira a los ojos. Lleva el mismo perfume que usaba mi padre. Lo registro.

A la una y veinte llega Aurora con ocho personas detrás. Son ocho de los once padres del recital del quince de diciembre. Aurora ha llamado a los once esta mañana. Han venido los que han podido. Aurora les ha pedido que vengan en silencio y que no me hablen — solo que firmen el libro y se vayan después de cinco minutos.

Eso es lo que hacen. Los ocho entran. Uno por uno se acercan al ataúd. Uno por uno se quedan cuarenta segundos cerca. Uno por uno vienen, me dan la mano sin decir nada, firman el libro y salen. La operación dura nueve minutos.

Aurora se queda después.

—Helena.

—Aurora.

—Le mandé el SMS ayer.

—Vale.

—Le dije lo que dijiste. *Cancelo la afinación del lunes porque me ha muerto una alumna y no estoy bien*. Sin más.

—¿Contestó?

—Sí. Me ha dicho que lo siente. Que cuando quiera, le llame. Sin presión.

—Vale.

—Helena.

—Sí.

—No me ha sonado mal.

—¿Cómo?

—El SMS suyo. No me ha sonado raro. Me ha sonado profesional. Como siempre. Como un afinador escribiendo a una clienta de veinte años.

—Vale.

—Eso es lo que tenía que decirte.

—Vale.

Aurora me mira tres segundos. Se da cuenta de que esa frase suya — *no me ha sonado mal* — es la frase que ella vino a decir hoy. Es la frase que ella vino a comprobar.

Yo le aguanto la mirada cinco segundos más. Después digo:

—Gracias, Aurora.

—Vale.

Se sienta dos sillas más allá. Saca un pañuelo. Llora bajo durante cuatro minutos. Después se compone. Saca el móvil. Empieza a contestar a uno de los padres del recital que no ha podido venir.

A las dos y catorce me suena el móvil en el bolsillo. Es número desconocido. Salgo al pasillo. Lo cojo.

—Helena Aragüés.

—Iglesias.

—Sí.

—Tres cosas rápidas. Una: tenemos el coche en cámaras de la Castellana a las dos y cuarenta y uno del jueves, dirección norte, matrícula parcial 1234-JKL. Falta una letra. Estamos cruzando con DGT.

—Vale.

—Dos: la conserje del 28 nos ha confirmado un detalle. El conductor llevaba algo más que la gorra. Llevaba algo en la cara. La conserje no sabe si era pasamontañas o bufanda. Pero llevaba.

—Vale.

—Tres: el BMW serie 3 antiguo gris oscuro con matrícula iniciada en 1234 hay tres en Madrid según el primer cruce. Estamos pidiendo cámaras de proximidad a los tres domicilios. Veinticuatro horas.

—Vale.

—Helena.

—Dime.

—Hoy y mañana usted está en duelo. No piense en esto. Yo le aviso cuando tengamos algo concreto. ¿Vale?

—Vale.

—Lamento las circunstancias. Cuelgo.

Cuelgo.

Vuelvo a la sala. Asunción me mira preguntando con las cejas. Le hago un gesto pequeño de que después. Asunción asiente. Pilar Iturmendi no se entera. Mario no se entera. Mª Luisa sí. Mª Luisa asiente desde su silla.

A las cuatro y media empieza a vaciarse la sala. Quedan Pilar, Iñaki, Mario, Asunción, Mª Luisa y yo. Aurora se ha ido a las tres y media después de despedirse otra vez.

La operación oficial del tanatorio M-30 es que la sala cierra a las ocho. Pero nosotros estamos solos desde las seis menos cuarto.

A las siete y veinte le digo a Asunción:

—Voy a hacer una cosa.

—Sí.

—Sola.

—Vale.

Le digo a Mario que voy a estar diez minutos con Inés. Que no me siga. Mario asiente.

Abro mi bolso. Saco a Lupe. La traje desde Sagasta esta mañana en el bolso sin decírselo a nadie. La saqué del cuarto de Inés antes de que Pilar se despertara.

Pido al encargado del tanatorio que abra el ataúd diez minutos. Me dice:

—Señora, no es habitual.

—Yo soy la madre. Diez minutos.

—Vale. Cierro la puerta de la sala.

Cierra.

Levanta la tapa.

Inés con el vestido azul del recital del quince de diciembre. Aurora se lo había llevado a Pilar esta mañana para que la vistiera con eso. Inés con el pelo recogido como ella se lo recogía. Inés sin la herida de la sien — la han disimulado con maquillaje claro.

Le pongo a Lupe en el codo izquierdo. La acomodo como Inés la ponía a dormir, con la cara apoyada en el hombro y la mano de Lupe sobre el pecho de Inés.

Le pongo a Inés la mano abierta en la espalda. Cuento.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Once. Doce.

No se gira.

Levanto la mano al doce.

—Adiós, Inés.

—Adiós, mamá.

—Vale.

Salgo del ataúd con la mano. El encargado vuelve. Le digo:

—Ciérrelo.

—Vale.

Lo cierra.

Salgo de la sala.

Mario me ve volver. Mira el ataúd cerrado. Mira mi bolso. Pregunta:

—¿Y Lupe?

—Se queda con Inés.

Mario se aprieta la frente contra las palmas treinta segundos.

—Sí.

—Sí.

—Vale.

Pilar levanta la cabeza. Va a decir algo. Iñaki le pone la mano en el antebrazo. Pilar cierra la boca.

A las ocho menos cuarto cerramos. El encargado nos acompaña hasta la salida.

Volvemos a Sagasta 28 a las nueve menos diez. Asunción nos hace pasta con tomate Hacendado para los seis. Comemos en la mesa del comedor. Pilar habla por primera vez en horas. Habla en euskera con Mario y con Iñaki. Mª Luisa traduce mentalmente sin moverse y yo lo veo en su cara. Asunción no entiende y come.

A las once Pilar e Iñaki se van al hotel. Mario los baja al portal.

A las once y media Asunción se va.

—Mañana a las nueve y media te recojo otra vez.

—Vale.

A las doce Mª Luisa se queda diez minutos en la cocina conmigo.

—Helena.

—Mª Luisa.

—Iglesias me ha llamado a las dos y media. Me ha contado lo del coche.

—Sí.

—Veinticuatro horas.

—Sí.

—¿Estás bien para mañana?

—Sí.

—Vale.

Se va.

A la una de la madrugada subo. Mario está en el cuarto de Inés con la puerta cerrada otra vez. Yo me tumbo vestida.

No duermo.

A las cinco y veinte oigo a Mario bajar. A las seis está haciendo café en la cocina.

Bajo a las seis y diez.

—Mario.

—Helena.

—¿Has dormido?

—Una hora.

—Vale.

—Tú no.

—No.

—Vale.

A las ocho llega Pilar con Iñaki. Subimos los cuatro al coche de Asunción a las nueve y treinta y nueve.

Cementerio de la Almudena. Avenida de Daroca, después M-23, después la entrada principal por la calle Mayor — no, esta vez por la puerta sur que es la que abre los domingos por la mañana. Asunción la conoce. Lo dice.

Llegamos a las diez y dieciocho. Entramos andando. Patio veintidós. Mi madre está en el columbario cuarenta y siete de ese mismo patio, segunda fila desde arriba, junto a un pino de copa baja que cuando Inés y yo veníamos a visitar a la abuela los noviembres ella siempre tocaba antes de irse.

La tumba que la funeraria asignó a Inés es la fila tres, número catorce, del lado opuesto del patio al columbario de mi madre. Mi madre en un lado del patio veintidós, Inés en el otro. La distancia

entre las dos es de unos noventa metros. Mi cabeza la mide caminando.

La gente ya está. Aurora ha venido otra vez con cuatro de los padres del recital — los que vivían más cerca. Almudena con su marido. El señor Aliaga del cuarto B. Mª Luisa. Asunción. Mario, Pilar, Iñaki, yo. Una mujer mayor que no conozco se acerca al final y me dice que era amiga de mi madre y que conoció a Inés cuando era bebé. Le digo *vale* y *gracias*.

El cura es del cementerio. No conocía a Inés. Lo siento por él. Hace una homilía corta y respetuosa. Habla de los niños y de la luz. Yo cuento los pinos del patio veintidós. Son once. La losa con el nombre de Inés se ha pedido para entrega en quince días — hoy va una placa provisional de plástico blanco con su nombre escrito.

Llueve poco. Una llovizna constante que se posa en la ropa más que cae. La gente lleva paraguas. Yo no. Me empapo despacio.

A las once y media bajan el ataúd. Mario tira la primera flor. Pilar la segunda. Iñaki la tercera. Yo no tiro flores. Cojo un puñado pequeño de tierra del montón al lado de la fosa y lo dejo caer encima del ataúd. Tres segundos de caída. Lo cuento.

A las doce y veinte volvemos al coche de Asunción.

A la una y cuarto estamos en Sagasta 28 otra vez. Comemos cuatro personas porque Aurora se ha vuelto a su casa directa, Mª Luisa también ha tenido que pasar por El Confidencial a algo. Comemos en silencio. Asunción ha bajado a por una empanada gallega del Mercadona de Bravo Murillo.

A las cuatro Mario y Pilar e Iñaki recogen para volver a Bilbao. Mario me da un abrazo de catorce segundos. Pilar de veintiocho. Iñaki de tres. Iñaki, al separarse, me pone la mano en el hombro y dice bajo, sin mirarme:

—Helena, lo que tengas que hacer, hazlo. Si necesitas algo desde Bilbao, llamas.

—Vale.

—Bien.

Se van. Asunción se queda media hora más limpiando la cocina conmigo. Después se va también.

—Mañana lunes vienes al INE si puedes. Si no, no. Yo te cubro.

—Voy.

—Vale.

A las siete menos cuarto del domingo diecisiete de noviembre estoy sola en el piso por primera vez desde el jueves.

Subo al cuarto de Inés. La puerta entornada. Entro. Me siento al borde de la cama. La almohada con el hueco de su cabeza todavía marcado. El edredón rosa de Hello Kitty doblado a los pies. El libro de Lorca cerrado en la mesilla. El cromo doble de Pokémon que Rania le había dado el martes, encima del libro. Las gomas de pelo en el cuenco amarillo. El cepillo con dos pelos castaños finos enredados en las cerdas.

Lupe no está. Lupe se quedó en patio veintidós, fila tres, número catorce.

Bajo al salón. Saco la libreta azul del cajón izquierdo del escritorio bajo. Anoto:

Domingo 17 nov. Entierro Almudena 11:30 patio 22 fila 3 nº 14. Madre patio 22 columbario 47, 90 metros. Lluvia fina. Tierra fría. Mario y Pilar e Iñaki vuelven a Bilbao. Iglesias avanza. Cámaras Castellana 14:41 jueves matrícula parcial 1234-JKL falta una letra. Tres BMW serie 3 gris oscuro cruzados con esa matrícula parcial en Madrid. 24h para identificación. Aurora le mandó SMS a P.M. ayer cancelando lunes. P.M. contestó normal. Pieza M.L.E. en Confidencial pospuesta 2-3 semanas.

Más abajo, en línea separada:

Mañana lunes INE.

Cierro la libreta.

Me levanto. Voy a la cocina. Abro la nevera. Quedan dos dibujos pegados con imanes: el pulpo Bertín y Helena con gafas. Los miro. No descuelgo ninguno.

Hago té. Manzanilla Hornimans. Una sola bolsita. Una taza grande.

Me la bebo de pie en la cocina mirando el patio interior por la ventana.

A las nueve menos cuarto subo. Me meto en la cama. Sin vestir hoy — me pongo el pijama por primera vez en tres días.

No duermo.

A las cuatro de la madrugada bajo a la cocina. Hago café. Tres tazas seguidas como el viernes.

A las siete pongo el despertador a las ocho aunque no haya dormido y aunque ya esté despierta. Es lo que pongo siempre.

Mañana lunes INE.

CAPÍTULO 22

El BMW de Concepción

Almudena me ve entrar al despacho a las nueve menos cinco y se levanta de su silla. Viene los cuatro pasos hasta mi mesa. Me abraza dos segundos sin decir nada. Me suelta. Vuelve a su sitio. Saca de un sobre marrón un termo y dos pastas de la pastelería Mira. Lo deja en mi mesa.

—Helena.

—Almudena.

—Si necesitas en algún momento salir, dime.

—Vale.

—Asunción ha pasado por mi mesa antes y me ha dicho que no te trate distinto. Que te trate normal. Que tú prefieres eso.

—Sí.

—Vale.

Mi mesa está como la dejé el jueves al mediodía. La hoja del informe trimestral todavía abierta en el Excel del portátil que alguien debió de cerrar el viernes y volver a abrir hoy. La libreta cerrada en el cajón. La taza vacía con el escudo del INE que se queda en el escritorio de fin de semana a fin de semana porque me da pereza lavarla los viernes. Tres correos no leídos del jueves tarde y cincuenta y dos del viernes y el sábado y el domingo, casi todos circulares internas. Uno de Asunción del viernes a las nueve de la mañana, asunto *Helena*, cuerpo en una línea: *Lo que necesites. Cualquier hora.*

Trabajo el informe semanal de defunciones. La parte conocida del trabajo. Lo cierro a las once y veinte. La parte de cifras me sale automática como siempre. Las cifras no me piden interpretación, solo cuadrar.

A las once y treinta y dos Asunción llama por el fijo del despacho.

—Helena, baja.

—Sí.

Subo a su despacho. Asunción tiene a Iglesias sentado en la silla baja con un café delante.

—Pasa.

Entro. Iglesias se levanta. Me da la mano.

—Helena. ¿Le viene mal media hora?

—No.

—Asunción me dejó usar su despacho. La idea es que nadie nos vea entrar a una sala de reuniones formal. Si alguien pregunta, soy un asesor externo.

—Vale.

Asunción se levanta. Se va. Cierra la puerta.

Iglesias saca la carpeta del sábado. Saca un papel.

—Helena. Identificación cerrada. Voy con orden.

—Sí.

—Coche: BMW serie 3, modelo 320i del año 1998, color gris oscuro brillante de fábrica, matrícula completa 1234-JKL-S. La S es la letra que nos faltaba el sábado.

—Vale.

—Titular: Concepción Méndez Vázquez. Fecha de nacimiento, ocho de enero de 1939. Fecha de fallecimiento, doce de octubre de 2007 en Madrid, hospital Doce de Octubre.

Iglesias me deja un segundo para que el dato aterrice. Yo no reacciono visiblemente. Iglesias sigue.

—El coche no ha sido dado de baja en la DGT. Lleva diecisiete años a nombre de una mujer muerta. La ITV pagada cada dos años, en metálico, en estaciones distintas, sin levantar nunca aviso. El seguro a terceros básico, contratado en La Caixa de Embajadores, también pagado en metálico hasta 2019, después por una cuenta a nombre de Pablo Méndez Méndez como heredero declarado en papeles que la entidad acepta. Hijo único.

—Vale.

—Concepción Méndez Vázquez es la madre de Pablo Méndez Méndez. Su única familia conocida en los registros que tenemos. Pablo Méndez Méndez tiene cincuenta y seis años, soltero, vive solo en calle Embajadores cuarenta y siete tercero, autónomo desde 1992, profesión afinador de pianos.

—Sí.

—El coche tiene asignado un garaje en la calle Ribera de Curtidores veintitrés, plaza catorce, alquilado a su nombre como heredero. La cámara del garaje muestra que el BMW salió el jueves catorce de noviembre a las trece y diecisiete y volvió a entrar a las quince y cuatro. El intervalo coincide con el atropello.

—Sí.

—Helena, lo tenemos.

—Sí.

—Pero todavía no podemos detenerlo.

—¿Por qué?

—Porque si lo detenemos solo por el atropello, sale en cuarenta y ocho horas. Tenemos el coche y el horario. No tenemos cara — el conductor llevaba gorra y bufanda como confirmó la conserje. No tenemos huella suya en el volante porque seguro que el coche está limpio cuando lo veamos. No tenemos testigo ocular de él al volante. Solo tenemos coche, garaje, intervalo. Tres datos buenos. Para condena en hit-and-run, insuficiente.

—Vale.

—Si lo detenemos solo por el atropello y lo soltamos, sabe que vamos a por él. Se larga. Pierde todo lo otro.

—Sí.

—Si en cambio le montamos vigilancia veinticuatro siete y, en dos o tres semanas, conectamos algo concreto entre Pablo Méndez Méndez y una de las dieciséis víctimas previas, lo tenemos por homicidio reiterado. Diecisiete cadenas perpetuas en lugar de tres años por atropello con fuga.

—Vale.

—Eso requiere tiempo. Tres semanas mínimo. Cuatro probable. Cinco si tenemos mala suerte.

—Vale.

—Hoy a las dos empieza la vigilancia. Cuatro agentes turnándose. Un equipo en Embajadores cuarenta y siete. Otro en el garaje de Ribera de Curtidores. Otro móvil. Otro en escucha telefónica autorizada esta mañana por la juez Hidalgo del juzgado central número tres. Todo dentro de la legalidad. Todo en silencio.

—Sí.

—Su trabajo, Helena: nada. Usted no cambia nada de su vida. Va al INE. Si llama Aurora, contesta como contestaría. Si por casualidad se cruza con Pablo Méndez por la calle, lo saluda como al afinador de su piano. Si él le llama a usted por algún motivo, contesta natural y me llama a mí cinco minutos después de colgar.

—Vale.

—Si pasa cualquier cosa que le inquiete, llama. Mi móvil personal está en la tarjeta que le di el sábado.

—Sí.

Iglesias se levanta. Recoge la carpeta. Me mira tres segundos.

—Helena.

—Sí.

—¿Está usted bien?

—No.

—Vale. Pero ¿está usted operativa?

—Sí.

—Vale. Tres semanas.

—Tres semanas.

Sale.

Vuelvo a mi despacho. Almudena no me pregunta. Le digo:

—Era un asesor.

—Vale.

A la una y media bajo a la cafetería. Como sopa con Asunción en mesa apartada. Asunción me dice:

—Iglesias quería tu mesa porque la mía da al ascensor y prefiere no cruzarse con el director.

—Vale.

—¿Te ha dicho lo del coche?

—Sí.

—¿Algo más que yo deba saber?

—No por ahora.

—Vale.

A la una y cincuenta y siete vuelvo arriba. Trabajo dos horas más sin avanzar mucho. A las cinco y media salgo. Cojo el metro hasta Iglesia. Salgo a Sagasta.

Hago el trayecto andando hasta el portal sin pensarlo. Al llegar a la esquina de Eloy Gonzalo me paro. La cinta de zona acotada ya no está. El paso de cebra normal. Tráfico normal. La marca de spray rojo del agente todavía visible al lado de la línea blanca pero descolorida. Cuento los segundos que tarda en cambiar el semáforo del peatón. Doce, como el jueves.

Cruzo. Cuatro pasos. Cinco. Llego a la otra acera sin que pase nada.

Llego al portal de Sagasta 28 a las seis menos cuarto. Subo al piso.

Entro. El piso está como lo dejé esta mañana. La nevera con dos dibujos. El sofá vacío. El cuarto de Inés con la puerta entornada como Mario la dejó. La banqueta del piano sin la marca de nadie sentado encima.

Hago té. Manzanilla Hornimans. Una bolsita. Una taza.

Cuando se está calentando el agua, suena el móvil. Es Mario.

—Helena.

—Mario.

—¿Cómo estás?

—Voy.

—Yo no salgo de la cama. Mi madre me hace todo. Mi padre va al monte.

—Vale.

—Helena.

—Dime.

—Mi madre quiere venir a Madrid en diciembre a recoger algunas cosas de Inés. Las que no necesites tú.

—Lupe se quedó.

—Lo sé. Lo otras cosas. La ropa. Los dibujos del cole. Algún libro.

—Vale.

—¿Te parece bien?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El catorce o quince. Es fin de semana.

—Vale.

—Helena.

—Dime.

—Tu padre ha pensado mucho.

—Iñaki.

—Sí. Quiere decirte algo más. Pero quiere que se lo diga yo. Dice que tú haces lo que tengas que hacer. Que no le des explicaciones. Que él entiende lo que vas a hacer y lo apoya.

—Vale.

—Tú no me has dicho qué vas a hacer.

—No.

—Mi padre tampoco me lo ha dicho. Solo me ha dicho que tú lo sabes.

—Sí.

—Vale.

Cuelga.

Me bebo la manzanilla mirando por la ventana al patio interior. El edificio de enfrente tiene la luz del cuarto piso encendida. Una mujer mayor se mueve dentro. La conozco de vista. Se llama Clara. Es viuda desde hace seis años. Vive sola con dos canarios.

Ceno yogur Danone con tres galletas Príncipe que sobran de Inés.

A las nueve menos veinte saco la libreta azul del cajón izquierdo del escritorio bajo. La abro. Anoto:

Lunes 18 nov. Iglesias confirma: BMW 320i 1998 gris oscuro, matrícula 1234-JKL-S. Titular: Concepción Méndez Vázquez (madre de Pablo, muerta 12/10/2007). Coche nunca dado de baja. Garaje Ribera de Curtidores 23 plaza 14. El coche salió 13:17 jueves, entró 15:04. Vigilancia 24/7 desde hoy 14:00. Escucha telefónica autorizada. Tiempo estimado para detención: 3-4 semanas mínimo.

Más abajo:

Mario: Pilar quiere venir 14 o 15 dic a recoger cosas de Inés. Le dije que sí. Iñaki: él entiende lo que voy a hacer.

Me quedo con el bolígrafo en la mano. Lo dejo encima de la libreta. Saco una hoja en blanco del cajón. La pongo al lado. Pienso quince segundos. Después escribo:

Pablo Méndez me dijo el primero de octubre a las doce y veintisiete que el piano podía necesitar retoque al entrar el frío. Me dijo: si necesita retoque ahora con la calefacción, llámeme. Tengo guardado su número en el móvil desde el veintitrés de septiembre. Si le llamo por el retoque, no se va a sorprender. Es la llamada que él mismo me pidió que hiciera.

No es decisión. Es el dato. Lo apunto y lo guardo.

Debajo escribo otra cosa.

Iglesias dice 3-4 semanas para detención por homicidio reiterado. Veintiún a veintiocho días. Pablo en vigilancia 24/7 desde hoy. Pablo no sabe que sé. Pablo cree que el atropello salió como él quería.

Y debajo:

Eso son ventajas mías que no las tiene Iglesias.

Subrayo la última frase.

Doblo la hoja en cuatro. La meto al lado del dibujo de Inés con Pablo afinando y del dibujo del escenario del recital, en el cajón izquierdo.

Cierro la libreta. La pongo encima de las hojas dobladas.

Cierro el cajón.

Pongo el despertador a las siete. Bajo la persiana hasta abajo. Echo la llave por dentro.

Subo al cuarto. Me pongo el pijama. Me meto en la cama.

A las dos de la madrugada llevo despierta cuatro horas y cuarenta minutos. Bajo a la cocina. Café Bialetti. Tres tazas seguidas.

A las cuatro y veinte me ducho.

A las siete cuando suena el despertador llevo despierta el día entero antes.

Bajo la libreta al salón. Saco la hoja que escribí anoche.

La leo otra vez.

La vuelvo a guardar en el cajón. Cierro.

Mañana son tres semanas hasta Iglesias.

Tres semanas son veintiún días.

Eso son muchas cosas.

CAPÍTULO 23

Veintiún días

He vuelto al INE tres días seguidos. Eso es lo único que registro de la primera semana. Lunes, martes, miércoles. La cuarta vez que entré al despacho Almudena dejó de levantarse a abrazarme. Eso es bueno. Es lo que yo le pedí indirectamente al venir tres días sin reaccionar a sus abrazos.

Iglesias me llama el martes a las diez y cuarenta y dos.

—Helena.

—Iglesias.

—Tres datos breves.

—Sí.

—Uno: vigilancia activa desde el lunes a las catorce horas. Cuarenta y dos horas hasta ahora. Resultado parcial — Méndez ha salido del piso de Embajadores dos veces. La primera el lunes a las dieciocho cuarenta para ir a la panadería de la esquina. La segunda el martes a las once y quince para ir al supermercado, también del barrio. No ha sacado el BMW del garaje. No ha llamado a nadie por móvil más que dos veces, las dos a clientes preguntando por afinaciones de diciembre. Una clienta de Móstoles, otra de Pinto. Llamadas absolutamente normales.

—Vale.

—Dos: no está actuando como si supiera que vamos a por él. Está actuando como un afinador de pianos en noviembre. Eso es lo que nos viene bien y lo que nos preocupa al mismo tiempo.

—¿Por qué les preocupa?

—Porque si pasa otros diez días así, no le pillamos nada distinto a un autónomo normal. Necesitamos que se mueva. Que coja el coche. Que vaya al garaje a algo. Que llame a alguien. Pero no podemos provocar.

—Vale.

—Tres: la juez Hidalgo nos ha autorizado registro discreto del garaje de Ribera de Curtidores cuando podamos hacerlo sin que él se

entere. Aún no ha bajado al garaje. Si baja, sabemos que va a hacer algo. Si no baja, no podemos forzar.

—Vale.

—¿Usted está bien?

—Voy.

—Vale. Le llamo el viernes con resumen semanal.

—Vale.

Cuelga.

Anoto en una hoja suelta lo que me ha dicho. La doblo. La meto al lado de la libreta dentro del cajón izquierdo.

Pablo en la panadería de la esquina. Pablo en el supermercado del barrio. Pablo llamando a una clienta de Móstoles. Pablo llamando a una clienta de Pinto. Pablo lavándose los dientes. Pablo abriendo y cerrando la ventana del patio. Pablo regando lo que tenga en el patio en noviembre. Cuatro policías mirándolo. La juez firmando papeles que dicen que Pablo es persona vigilada. Iglesias dirigiendo. Mª Luisa esperando. Todo el aparato del Estado pendiente del afinador.

Y el afinador siendo afinador.

Esto es lo que me dijo Mª Luisa el lunes once en La Mallorquina cuando le dije *Pablo Méndez es mi afinador*: *él no sabe que ahora tú lo sabes*. Sigue sin saberlo trece días después. Esa es la ventaja. Hace doce días era una abstracción. Hoy es operativa.

El miércoles a las seis y media salgo del INE. Subo al piso a las siete menos diez. Por primera vez desde el domingo del entierro entro al cuarto de Inés con la puerta cerrada por dentro.

Me siento en la cama. La almohada con el hueco todavía marcado. El edredón rosa de Hello Kitty doblado a los pies. El libro de Lorca cerrado. El cromo doble de Pokémon de Rania encima del libro. Las gomas de pelo en el cuenco amarillo. El cepillo con dos pelos castaños enredados.

No toco nada. Lo cuento todo.

A los veintidós minutos salgo. Cierro la puerta otra vez por fuera con cuidado, en la posición entornada de cinco centímetros que Mario dejó. Es la posición exacta. La rendija es lo que me la deja como Mario la dejó.

El jueves al mediodía me llama Aurora.

—Helena.

—Aurora.

—Te llamo por una cosa concreta. Los padres del recital cancelado están organizando una colecta para una placa en memoria de Inés en el cementerio de la Almudena. La idea es ponerla al lado de la sepultura cuando la losa esté lista, dentro de doce días. La cantidad por familia son veinte euros, voluntarios. ¿Te parece bien?

—Sí.

—¿Quieres que ponga algo en la placa? ¿Una frase? ¿O solo el nombre y las fechas?

—Inés Aragüés Etxeberria. Las fechas. Y una frase: *La pianista pequeña*.

—Vale.

—¿Solo eso?

—Sí.

—Helena.

—Sí.

—Estoy bien. Quería decírtelo. He vuelto a las clases con los otros once. La pieza del recital la han redirigido al doce de febrero. Yo voy a estar bien.

—Bien.

—Pablo me llamó ayer.

Cuento tres segundos. La cocina del piso está en silencio menos el latido del frigorífico.

—¿Sí?

—Sí. Le habíamos quedado el lunes que viene para la afinación que cancelé. Me preguntó si quería refijarla. Le dije que dentro de quince días si me parece. Le dije que ahora todavía no me siento de oír el piano.

—Vale.

—¿Estuve bien?

—Sí.

—Bien.

—Aurora.

—Dime.

—Gracias por contármelo.

—Vale.

Cuelga.

Llamo a Iglesias inmediatamente.

—Helena.

—Iglesias. Aurora Liaño acaba de llamarme. Pablo Méndez la llamó ayer a ella. Para refijar la afinación que ella le había cancelado por la muerte de Inés. Aurora le dijo que dentro de quince días.

—Vale. La llamada de Méndez a Liaño la tenemos grabada. La oímos esta mañana. Mª Luisa me dijo que avisara a Aurora hoy de la línea pero he preferido que se enterara por usted. No la metemos a Aurora en el círculo todavía.

—¿Qué dijo Pablo en la llamada?

—Lo que ella le acaba de decir a usted. Conversación de un minuto y veintidós segundos. Profesional. Sin nada extraño.

—Vale.

—¿Algo más?

—No por ahora.

—Vale. Le llamo mañana.

Cuelgo.

A las nueve y diecinueve de la noche del jueves veintiuno de noviembre me suena el móvil. Es un SMS de un número que tengo guardado desde el veintitrés de septiembre.

Helena, buenas noches. Le escribo para recordarle lo que le dije el primero de octubre. Con la calefacción ya puesta en este momento del año, los pianos verticales muchas veces necesitan un pequeño retoque de afinación. Si nota la la central distinta a como sonaba en octubre, llámeme y le paso por un retoque cuando le venga bien. Sin presión. Si está bien como está, mejor. Un saludo. Pablo Méndez.

Cuento los segundos. Doce. Veintiuno. Treinta y dos. Pongo el móvil boca abajo en la encimera de la cocina. Llamo a Iglesias por el fijo de la casa, que no tengo intervenido.

—Iglesias.

—Acaba de llegarme SMS de Pablo Méndez.

—Léamelo.

Se lo leo.

Silencio en el otro lado. Diez segundos.

—Vale. La buena noticia: él no sabe que va a por él. Está haciendo su recordatorio profesional rutinario de cliente reciente. Esto es exactamente lo que él mandaría a cualquier mujer que afinó hace seis semanas.

—¿Y la mala?

—La mala es que ahora usted tiene que contestar. Si no contesta, él lo notará. Y si lo nota, cambia el equilibrio.

—¿Qué contesto?

—Espérese veinticuatro horas. Esta noche no conteste. Una clienta normal no contesta a un afinador a las nueve y diecinueve de la noche. Mañana viernes a media tarde, contésta algo así: *Pablo, gracias por su mensaje. Me lo apunto. Por ahora el piano suena bien. Si oigo algo distinto le aviso. Un saludo. Helena.*

—Vale.

—No le diga nada de Inés. No le diga que no está tocando el piano. No le dé información personal. Trátelo como afinador.

—Vale.

—Helena.

—Sí.

—Si él vuelve a escribir, llámeme antes de contestar.

—Sí.

—Y guarde el SMS entero. No lo borre. Es prueba.

—Vale.

Cuelgo.

Vuelvo a la encimera. Le doy vuelta al móvil. El SMS sigue ahí. No lo borro. No lo contesto. Subo a por la libreta.

Vuelvo a la cocina. Anoto en la libreta:

Jueves 21 nov 21:19. SMS de P.M. recordándome el retoque de piano. Texto: profesional, normal, sin presión. Iglesias: contesto mañana tarde con frase neutra. P.M. no sabe que sé. Iglesias: estamos donde queremos.

Más abajo:

Pablo me ha tendido una mano sin saberlo.

Cierro la libreta. La pongo encima de la encimera, no la guardo todavía. Me siento en el suelo de la cocina con la espalda contra el armario de los productos de limpieza. El suelo es frío. Llevo medias gruesas y no traspasa.

Cuento ciento veintiún azulejos del suelo de la cocina. Llego al ciento veintiuno y vuelvo a empezar. Lo hago tres veces. A los doce minutos me levanto.

Subo al cuarto. Me tumbo vestida. No duermo nada.

El viernes a las nueve y media estoy en el INE. Almudena ya está. Trae termo y pastas como cada día. No me abraza.

A media mañana saco el móvil. Abro la conversación con Pablo. Releo el SMS de él de anoche. Vuelvo a guardar el móvil. Lo hago seis

veces entre las nueve y media y la una. Cuento las veces. Es información.

A la una llamo a Iglesias.

—Iglesias.

—Helena.

—El SMS. ¿Lo contesto a las cinco?

—A las cinco está bien. Tarde profesional. Como contestaría una clienta que trabaja en una oficina.

—Vale.

—¿Tiene el borrador escrito?

—El que me dijo anoche. Lo escribí en una hoja.

—Léamelo otra vez.

Se lo leo.

—Perfecto. Lo manda exactamente así. Si él contesta, no le contesta usted. Espere otro día. Como si tuviera otras cosas en la cabeza. Que las tiene.

—Vale.

—Helena.

—Sí.

—Es la primera respuesta de muchas, si esto sigue. Cuanto menos elabore, mejor. Cliente normal, mensaje normal.

—Sí.

Cuelgo.

El viernes a las cinco de la tarde, mientras tomo café con Asunción en mi despacho, contesto el SMS. Asunción me lee el borrador. Lo aprueba.

Pablo, gracias por su mensaje. Me lo apunto. Por ahora el piano suena bien. Si oigo algo distinto le aviso. Un saludo. Helena.

Lo mando.

A las cinco y veintiún minutos Pablo me contesta:

Helena, gracias. Cualquier cosa. Buen fin de semana. P.

Asunción lo lee por encima del móvil. No me dice nada. Coge el cuaderno donde anotaba algo del trabajo, escribe una palabra: *normal*. Me la enseña. Asiente. Cierra el cuaderno.

A las siete salgo del INE. Subo al piso.

A las nueve menos diez Aurora me llama otra vez.

—Helena. ¿Has cenado?

—No.

—Voy a cocinar para los dos. ¿Puedo subir?

—Vale.

Sube. Trae un táper con espagueti carbonara hecho en su casa, una botella de Verdejo de Rueda, dos manzanas Pink Lady. Cena en mi cocina. Me sirve pasta. Yo me como tres cuartos del plato. Aurora se come el suyo entero. Nos bebemos media botella entre las dos.

A las diez Aurora se va. Antes de irse me dice:

—Helena.

—Sí.

—Yo no entiendo lo que está pasando. Pero entiendo que algo está pasando. Mª Luisa Etxeberria pasó por mi casa esta mañana. Me dijo que no te preguntara nada. Y que estuviera contigo cuando pudiera.

—Vale.

—Lo voy a hacer.

—Gracias.

Sale.

A las diez y media saco la libreta azul. Anoto:

Viernes 22 nov. Contesté SMS de P.M. a las 17:00. P.M. me contestó a las 17:21. Intercambio cerrado, neutro. Iglesias: estamos donde queremos. Aurora ha cenado conmigo. M.L.E. ha pasado por casa de Aurora esta mañana sin decirme nada — me lo dijo Aurora.

Más abajo, en línea separada:

Si llamo a Pablo, será por el piano. No por nada más. Y será cuando Iglesias no pueda decirme que pare.

Subrayo *no pueda decirme*.

Cierro la libreta. La guardo en el cajón izquierdo del escritorio bajo. Encima quedan las dos hojas dobladas de noches anteriores.

Hoy son diecisiete días hasta tres semanas.

CAPÍTULO 24

El Afinador 2006

El sábado lo paso entero en el piso. Sin bajar. La compra la hice el viernes al volver del INE — leche, pan, café, dos yogures, un paquete de pasta, una lata de atún. Suficiente para tres días.

A las nueve y media abro las dos ventanas que dan al patio interior. Aire del exterior durante una hora. El piso tiene olor a cerrado desde que Inés no está. Lo registro sin nombrarlo.

Limpio la cocina. Las superficies. El microondas por dentro. La nevera por fuera. No abro la puerta de la nevera para no mover los dibujos. La puerta exterior se limpia con bayeta. Veintidós minutos.

Limpio el baño. Cuarenta y un minutos.

Limpio el salón. Una hora y siete minutos. Cuando llego al piano paso la bayeta por la madera negra del Kemble y por la banqueta de roble. La tapa la dejo cerrada. Cuando bayeteo el suelo cerca del piano descubro debajo de la banqueta un cromo de Pokémon doblado. Es Bulbasaur. Lo conozco porque Inés me explicó hace dos meses la diferencia entre los tres iniciales de la primera generación.

Lo dejo donde está. Doblado, debajo, en el suelo, en la diagonal de la pata trasera derecha. No lo recojo.

No entro al cuarto de Inés.

A la una hago pasta. Atún con tomate Hacendado. Me como un plato hondo y medio. Sobra para mañana.

Por la tarde leo. Saco un libro que llevaba dos años en la estantería sin abrir — *Persianas* de Lara Moreno. Leo cuarenta páginas. No las retengo. Cierro.

A las cinco y media llaman al telefonillo. Es Mª Luisa Etxeberria.

—Sube.

Sube. Trae croissants de la pastelería La Mallorquina de Sol. Bolsa pequeña con cuatro. Tres de chocolate, uno simple.

—Para esta tarde y el desayuno de mañana.

—Vale.

Le hago café. Bialetti. Me hago té. Manzanilla. Nos sentamos en la mesa de la cocina.

—Helena.

—Mª Luisa.

—Iglesias me llamó ayer. Resumen semanal. La vigilancia sigue sin sacarnos material rápido. Pablo está siendo Pablo.

—Sí.

—La pieza la voy a dejar para después de la detención. Si la saco ahora y él la lee, se va. Si la saco después, sale como exclusiva de cobertura.

—Vale.

—¿Estás bien?

—Aguanto.

—Vale.

Se queda hora y media. Hablamos poco. Bebemos. Termina el café. Me mira tres segundos antes de irse.

—Helena.

—Sí.

—No estás bien y yo no te voy a decir que lo estés. Pero estás operativa. Eso es lo importante para las próximas dos semanas. Después haremos lo otro.

—Vale.

Sale.

El sábado a las nueve menos diez ceno los restos de la pasta. A las diez subo. No duermo.

El domingo a las ocho menos diez bajo. Café Bialetti. Tres tazas.

A las once me siento con el portátil en el sofá. Busco *Pablo Méndez afinador Madrid*. Salen veintidós resultados. Catorce son del mismo Pablo Méndez con el que estoy buscando, los otros ocho son homónimos sin relación.

De los catorce, ocho son anuncios profesionales pequeños en directorios de Madrid de los noventa y de los dos mil. Pablo Méndez, afinador y regulador, apartado 14087, Madrid. Cuatro son menciones secundarias en foros viejos de músicos donde alguien recomienda *un afinador llamado Pablo Méndez en Madrid, muy bueno*. Una es una mención en una nota de duelo de un pianista profesional en Alicante de 2011 — *el piano de [pianista difunto] fue afinado durante quince años por don Pablo Méndez de Madrid*.

La última es una entrevista.

Revista *El Afinador*, número 47, enero-febrero de 2006. Sección *Los oficios silenciosos*. Tres páginas. Entrevista a tres afinadores españoles veteranos, uno de Madrid, uno de Barcelona, uno de Sevilla. El de Madrid es Pablo Méndez Méndez.

Abro el PDF que la revista tiene escaneado en su archivo digital y subido a la web en 2014. Lo leo despacio.

Pablo en 2006 tiene treinta y ocho años. La foto de la entrevista — única foto que existe del personaje en internet — lo muestra con el pelo más oscuro pero ya peinado para atrás. Camisa azul. Está de pie al lado de un piano de cola. No sonríe.

La entrevista la hace una periodista que no encuentro en ningún otro sitio. Le pregunta cosas profesionales. Pablo contesta cinco respuestas. Las copio en una hoja en blanco que tengo al lado:

1. ¿Cómo aprendió usted el oficio?

Mi madre tocaba el piano y me enseñó a oír. Le debo todo lo que sé. Cuando voy a la casa de un cliente, lo que toco es para ella. Aprendí el resto con un maestro de la Casa Beethoven de la calle Hortaleza, don Constantino Vergara, fallecido en 1993, que me dio el oficio por completo.

2. ¿Cuál es la diferencia entre un buen afinador y uno mediocre?

El buen afinador escucha lo que el piano todavía puede dar. El mediocre escucha lo que el piano debería dar. Las dos cosas no son la misma. Uno trabaja con la pieza viva. El otro impone una idea desde fuera.

3. ¿Cuántas afinaciones hace al año?

Doscientas treinta más o menos. Tengo cartera estable en Madrid capital y ruta por algunas provincias. La ruta es lo que más me gusta. Madrid es Madrid. La provincia es donde están los pianos que ya nadie viene a tocar.

4. ¿Hay pianos que no se pueden afinar?

Los pianos verticales son como las personas que tocan en ellos: tienen una vida útil. Cuando dejan de sonar como deberían, lo correcto es desafinarlos lo justo, no salvarlos artificialmente. Un piano viejo afinado con esfuerzo da una nota corrompida. Hay que saber cuándo dejar el piano en paz.

5. ¿Qué le diría usted a alguien que está empezando en este oficio?

Que tenga paciencia con el silencio. El afinador trabaja en el silencio que la nota deja al apagarse. El que no oye ese silencio no afina. Acompaña.

Cierro la pestaña del PDF. Me quedo con la hoja en la mano. La leo otra vez. Después otra. La tercera vez subrayo dos frases con un Stabilo amarillo:

Mi madre me enseñó a oír. Le debo todo lo que sé.

Cuando dejan de sonar como deberían, lo correcto es desafinarlos lo justo, no salvarlos artificialmente.

Doblo la hoja en cuatro. La meto al lado del dibujo de Inés con Pablo afinando, del dibujo del escenario del recital, y de las dos hojas operativas anteriores. Cinco papeles ahora en el cajón izquierdo del escritorio bajo.

A las dos del domingo ceno los últimos restos de pasta. A las tres y media me duermo en el sofá durante cincuenta minutos. Es lo único que duermo este fin de semana.

El lunes 25 de noviembre llueve. Trabajo en el INE. Iglesias me llama a las once con resumen: Pablo en casa todo el fin de semana, dos salidas cortas, ninguna al garaje. Vale.

El martes 26 no llueve. Aurora me llama a la una. Quiere subir mañana miércoles a cenar conmigo. Vale.

El miércoles 27 Aurora cena en mi cocina. Tortilla de patata que hace ella. Vino. No habla del piano. Habla de los otros once alumnos. Me hace bien tenerla. Se va a las once.

El jueves 28 Asunción y yo bajamos a comer juntas a la cafetería del piso menos uno. Asunción me cuenta que su hermano de Albacete se ha vuelto a poner enfermo. Le digo que lo siento. Es la primera vez en seis semanas que oigo a Asunción contarme algo personal suyo y eso es como ella ofrece compañía.

El viernes 29 a las dos y veinte de la tarde me llama Iglesias.

—Helena.

—Iglesias.

—Pablo Méndez sacó el BMW del garaje de Ribera de Curtidores esta mañana a las nueve y cuarenta.

—Sí.

—Lo seguimos con dos unidades. Cogió la M-30 hasta la salida del cementerio de la Almudena. Aparcó en el parking exterior a las diez y veintiuno. Entró a pie por la puerta sur.

—¿Adónde fue?

—Patio treinta y nueve. Columbario doce, segunda fila desde arriba. La placa: Concepción Méndez Vázquez, 1939-2007. Le había llevado un ramo de tulipanes blancos. Se quedó en el columbario cuarenta y siete minutos. Está grabado en cámaras de seguridad del cementerio que la dirección nos cedió esta mañana.

—Vale.

—Salió a las once y nueve. Volvió al BMW. Pasó por la calle Hermanos García Noblejas a un florista llamado Floristería Rosa Lorena, donde compró el ramo, donde el dueño nos confirma que se lo compra cuatro veces al año desde 2008. Cantidad por ramo: dieciocho euros. Siempre tulipanes blancos. Después volvió al garaje. El BMW está aparcado en su plaza desde las once y cincuenta y dos.

—Vale.

—Helena.

—Sí.

—Sé lo que se está usted preguntando.

—¿Qué me estoy preguntando?

—Si el cementerio es el mismo donde está Inés.

—Sí.

—Es el mismo cementerio. Distintos patios. Inés en el veintidós, su madre en el treinta y nueve. La distancia caminando entre los dos patios es de unos novecientos metros.

—Vale.

—Pablo no fue al patio veintidós. No leyó las placas nuevas. No mostró interés en lo del jueves catorce de noviembre. Para él, la cosa ya pasó.

—Vale.

—Para nosotros la cosa sigue. Ahora tenemos cuatro ramos al año durante dieciséis años. Eso es sesenta y cuatro visitas registrables. Si cruzamos las fechas con las muertes de las víctimas, igual sacamos algo.

—Sí.

—El siguiente ramo le toca el dieciocho de febrero, según el calendario de la florista. Día del cumpleaños de la madre. Hasta entonces sigue todo como está.

—Vale.

—Helena.

—Sí.

—Trece días hasta el plazo que le di.

—Trece.

—Le llamo el lunes. Buen fin de semana.

Cuelga.

A las siete bajo del INE. Por Sagasta paso por delante de la florista de la esquina con la calle de Eloy Gonzalo, *Floristería La Glorieta*. La

tienda está cerrando. La dependienta junto a la puerta saca las plantas del exterior. La conozco de vista, ella sabe que me ha pasado algo porque el barrio ya se ha enterado, pero no me dice nada. Yo no le digo nada tampoco.

Subo al piso a las siete y diez. Hago té. Manzanilla. Una bolsita.

A las nueve menos veinte saco la libreta azul. Anoto:

Viernes 29 nov. Iglesias: P.M. sacó el BMW por primera vez desde el atropello. Cementerio Almudena patio 39 columbario 12. Madre. 47 minutos. Tulipanes blancos, 4 veces al año desde 2008, Floristería Rosa Lorena Hermanos García Noblejas. Siguiente ramo: 18 feb, cumpleaños de la madre. Cruzar fechas de ramos con muertes de víctimas.

Más abajo:

Inés y Concepción Méndez en el mismo cementerio, distintos patios, 900 metros andando.

Más abajo, en línea separada:

Pablo entrevista 2006 El Afinador: 'cuando dejan de sonar como deberían, lo correcto es desafinarlos lo justo'. Lo dijo en una revista pública. Es su filosofía. La tiene desde antes.

Subrayo *desafinarlos*.

Más abajo, en una línea separada de las otras dos:

Si llamo el piano necesita retoque. La llamada está pendiente desde el primero de octubre. P.M. me la pidió él. P.M. está esperándola.

Pongo el bolígrafo encima de la libreta. Cierro. La meto en el cajón izquierdo encima de las cinco hojas dobladas. Hoy son seis.

Bajo a la cocina. Bebo agua del grifo de pie. No abro la nevera. Los dibujos en la puerta se ven sin abrirla.

Pongo el despertador a las siete. Bajo la persiana del salón hasta abajo. Echo la llave del portón por dentro y la dejo puesta.

Trece días.

CAPÍTULO 25

Margarita Salieri

Recojo el cromo de Bulbasaur de debajo de la banqueta del piano el sábado a las nueve y media. Llevaba ocho días ahí. Lo doblo otra vez como estaba. Lo meto en el cajón izquierdo del escritorio bajo, encima de la libreta, debajo de las hojas dobladas. Es la séptima cosa en el cajón.

El sábado treinta de noviembre voy al cementerio de la Almudena. Sola. Cojo la línea seis del metro hasta La Almudena. Salgo a la avenida de Daroca a las diez y treinta y nueve. Cruzo a pie hasta la puerta sur. Entro.

Patio veintidós. Fila tres, número catorce. La placa provisional de plástico blanco sigue. Letras impresas en negro. *Inés Aragüés Etxeberria. 16/03/2016 – 14/11/2024.* El ramo de tulipanes morados de Aurora está casi entero, conservado por el frío. Hay otras tres flores nuevas — tres claveles blancos sueltos, probablemente puestos por alguien del barrio que vino esta semana sin avisar. La losa definitiva se entrega en cinco días, según el plazo de la funeraria.

Camino los noventa metros hasta el columbario cuarenta y siete donde está mi madre. Patio veintidós, segunda fila desde arriba, junto al pino de copa baja. La placa de mi madre está limpia. La toco con la palma plana cuatro segundos.

Camino los novecientos metros hasta el patio treinta y nueve, columbario doce. *Concepción Méndez Vázquez. 8/1/1939 – 12/10/2007.* Tulipanes blancos del viernes pasado. El ramo de Pablo. Tres días después de que él lo dejara.

Me quedo treinta y dos segundos. Después vuelvo.

El sábado por la tarde Aurora me llama. Está bien, dice. Los otros once alumnos avanzan. La pieza del recital aplazado al doce de febrero la ha cambiado por un Schumann más simple. Vale.

—Helena.

—Sí.

—Pablo me mandó un mensaje el viernes.

—¿Sí?

—De felicitación anticipada de Navidad. A todos sus clientes, no solo a mí. Mensaje genérico, copiado y pegado. Yo lo sé porque hablé con el señor Aliaga del cuarto B de tu edificio en el portal y le había llegado el mismo.

—Vale.

—Por si te llega a ti también.

—¿Cuándo lo manda él?

—Suele mandarlo el primer fin de semana de diciembre. A todos a la vez. Lo lleva haciendo desde 2010, creo.

—Vale.

—No es nada raro. Es lo que él hace.

—Sí.

—Pero te lo aviso por si.

—Gracias, Aurora.

Cuelgo.

A las diez de la noche, ningún mensaje de Pablo. Lo registro.

El domingo uno de diciembre lo paso entero en el piso. Limpio el baño otra vez. Leo cuarenta páginas más de *Persianas*. No retengo nada. Ceno la sopa de fideos Gallo que Asunción me trajo el miércoles. A las nueve y media me tumbo vestida. No duermo.

El lunes dos de diciembre Iglesias me llama a las once.

—Helena.

—Iglesias.

—Resumen semanal. Méndez sin novedad. El cementerio sigue siendo el único movimiento significativo de la quincena. Sigue trabajando con clientela normal. Sigue saliendo dos veces al día como mucho a la panadería o al supermercado. Nada más en el garaje.

—Vale.

—Diez días.

—Diez días.

Cuelgo.

A las siete y cuarto del lunes me llega un mensaje de Pablo Méndez.

Helena, le deseo unas felices fiestas adelantadas. Cualquier cosa que necesite del piano, ya sabe dónde estoy. Un saludo. Pablo Méndez.

Está copiado y pegado tal y como Aurora me había avisado. Lo guardo. No contesto. Aurora dijo que era mensaje masivo. Mejor no responder hoy, mañana o pasado. Una clienta normal no le respondería un mensaje genérico de Navidad anticipada.

El martes tres de diciembre a las cuatro y veinte de la tarde me llama Iglesias.

—Helena. Esto es importante. ¿Puede salir del INE diez minutos?

—Sí.

Bajo a la cafetería del piso menos uno. La hora baja. No hay nadie. Le llamo de vuelta desde una mesa del fondo.

—Iglesias.

—Méndez ha hecho una llamada esta mañana a las once y catorce. A una mujer que no conocíamos antes. Acabamos de identificarla. Margarita Salieri Bernabé. Cuarenta y ocho años. Soltera. Vive sola. Restauradora del Museo del Romanticismo de Madrid, calle de San Mateo trece. Lleva nueve años en el museo. Piso de su propiedad en Pacífico, calle Núñez Morgado quince, tercero D. Tiene piano vertical Yamaha U1 según el seguro del hogar.

—Sí.

—Méndez le dijo que tenía su nombre por recomendación de *alguien del Museo del Romanticismo*. Le pidió por el piano. Margarita le confirmó que sí, que tiene. Méndez le ofreció afinación. Cien euros. Margarita le dijo que sí, que mejor antes de Navidad. Le quedó el jueves doce de diciembre a las once de la mañana en el piso de Núñez Morgado.

Cuento dos segundos.

—El jueves doce.

—El jueves doce.

—¿Cómo la encontró Pablo?

—Margarita Salieri salió en una entrevista de El País digital hace ocho semanas. La entrevistaron como parte de un perfil del Museo del Romanticismo. La entrevista incluye una foto en su salón delante del piano y menciona que vive sola con dos gatos.

—Vale.

—Helena, escúchame.

—Sí.

—El jueves doce de diciembre a las once es el límite del plazo que le di. Es el día que tenía Méndez para cerrar de forma natural. Esto que ha hecho es exactamente lo que estábamos esperando.

—¿Qué van a hacer?

—Vigilancia paralela sobre Margarita desde mañana. Cuatro agentes turnándose. Lo veo desde aquí: la mañana del jueves doce, Méndez sale del piso de Embajadores con el maletín, coge el metro o un taxi a Pacífico, sube al portal de Núñez Morgado quince. Margarita le abre. Antes de que él cruce el umbral, intervenimos. Lo cogemos en el rellano. Detención por tentativa de homicidio premeditado.

—¿Y Margarita?

—Margarita no se entera. La pillamos sin que sepa que la estábamos protegiendo. Después le explicamos. Si lo hacemos bien, ni siquiera tendrá que declarar.

—¿Y si Pablo cambia el plan?

—Si Méndez se baja del taxi en otro sitio, lo seguimos. Si llama a Margarita por la mañana del jueves para cancelar, sabemos por la escucha. Si Margarita le llama a él, también sabemos. Lo tenemos cubierto.

—Vale.

—Helena.

—Sí.

—Le voy a decir lo siguiente: si todo sale como tiene que salir, el jueves a mediodía Méndez está detenido. La pieza de Mª Luisa sale el viernes. La detención por tentativa abre los otros casos. En seis meses está condenado.

—Vale.

—Tres datos más, breves.

—Sí.

—Uno: Margarita Salieri no encaja casualmente en el perfil. Es exactamente del perfil. Profesional, ocupación cultural, soltera, sola, piano. Edad correcta. Visibilidad pública discreta — la entrevista de El País digital. Es la víctima estadística siguiente.

—Sí.

—Dos: hemos hecho cruce con anuarios del Museo del Romanticismo. Margarita Salieri firma un protocolo con Pablo Méndez, no — no firma con él. Acaba de poner en marcha una asociación profesional pequeña del Museo. Tiene perfil público levantado en este último semestre. Méndez la habría seleccionado desde la entrevista de El País.

—Sí.

—Tres: el coche, el BMW, ha estado parado desde el viernes 29 del cementerio. Méndez no lo ha sacado. Si pretendía deshacerse del coche, no ha tenido tiempo. Eso también nos sirve.

—Vale.

—Diez días. Y ya tenemos plan operativo.

—Vale.

—Helena. ¿Está usted bien?

—Voy.

—Le llamo el viernes con avance.

Cuelga.

Me quedo en la mesa de la cafetería del piso menos uno cinco minutos. La camarera Marisol me trae un cortado sin que se lo pida. Lo bebo. Subo al despacho.

Almudena no me pregunta nada.

A las seis y cuarto salgo del INE. En lugar de coger el metro a Iglesia bajo a la calle de San Mateo andando, treinta y siete minutos. La calle de San Mateo trece. El Museo del Romanticismo. Lo he visitado antes — con mi madre cuando Inés tenía cinco años, una tarde de mayo. Lo recuerdo con muebles isabelinos, un patio interior con palmeras pequeñas, un piano de cola Erard del XIX.

No entro. Cruzo a la acera de enfrente. Miro el portal del museo. La puerta verde. El cartel pequeño en la fachada. Las luces de la oficina del personal arriba a la izquierda — tercera planta — encendidas a las siete menos cuarto del martes.

Quizás Margarita Salieri está ahí ahora, restaurando algo. Quizás está en su piso de Pacífico. Quizás está cenando con alguien. No tengo manera de saberlo. Tampoco tengo manera de avisarla. Iglesias me dijo que la cobertura es la que es.

Camino a casa por Fuencarral. Llego a las ocho y diez. Subo. Hago té.

El miércoles, jueves, viernes, sábado. Cuatro días en cifras. Trabajo. INE. Vuelvo. No duermo. Trabajo otra vez. Almudena trae termo. Asunción come conmigo el jueves. Aurora cena conmigo el viernes pasta italiana de bote con tomate cherry. Bien.

El sábado siete de diciembre por la mañana me llama Pilar Iturmendi desde Bilbao.

—Helena.

—Pilar.

—Confirmo que vamos a Madrid el catorce y quince. Sábado mañana entramos en el AVE, dormimos esa noche en el hotel del barrio. El domingo por la mañana subo al piso a recoger las cosas de Inés. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Iñaki viene conmigo. Mario se queda en Bilbao.

—Vale.

—¿Cuáles son las cosas que tú no necesitas?

—Casi todas. Tú te llevas la ropa, los libros, los dibujos del cole, lo que quieras. Lupe se quedó. Helena Aragüés con gafas y un libro grande en el regazo se queda. El pulpo Bertín se queda.

—Vale.

—Pilar.

—Sí.

—Coge lo que quieras menos la libreta de partituras de Aurora del segundo cajón del escritorio bajo. Esa la quiero yo.

—Vale.

—Y el cromo de Bulbasaur de Pokémon. Ese también lo quiero yo.

—Vale.

—Y el séptimo Czerny que está en la banqueta del piano. Ese se queda donde está.

—Vale.

Cuelga.

El sábado siete por la tarde escribo en la libreta el borrador de un SMS. No lo mando. Lo dejo escrito en la página y la libreta abierta encima del escritorio.

Pablo, buenas tardes. He notado la la central del piano distinta a como sonaba el primero de octubre. Calcula que se ha bajado un cuarto de tono. ¿Tiene disponible alguna mañana esta semana para el retoque? Helena Aragüés.

Me siento en el sofá con la libreta abierta y la página visible durante una hora y veinte minutos. No mando el mensaje. Cierro la libreta a las diez menos cuarto. La guardo en el cajón.

El domingo ocho de diciembre. Día festivo en Madrid. Inmaculada Concepción. Casi todo cerrado. Aurora no sube hoy. Asunción

tampoco. Mª Luisa pasa por el piso a las cinco de la tarde con dos turrones de Casa Mira de la calle de las Carretas.

—Helena.

—Mª Luisa.

—Cinco días.

—Cinco.

—Iglesias me ha dado cobertura completa. La pieza la tengo cerrada para el viernes trece, suponiendo que la detención sea el jueves doce. Cuatro mil cien palabras. Sin nombre todavía en el primer titular, pero el nombre lo metemos en el segundo párrafo.

—Vale.

—Te leo la frase de apertura.

—Sí.

—El BMW que mató a una niña de ocho años en el centro de Madrid el catorce de noviembre estaba aparcado, ese mismo jueves a las once de la noche, en su plaza habitual del garaje de Ribera de Curtidores. Lo conducía un hombre que llevaba diecisiete años usando, sin tener permiso para usarlo, un vehículo registrado a nombre de su madre muerta.

Asiento.

—Sigue.

—El resto te lo paso por correo cuando esté limpio. ¿Quieres leerlo entero antes de que salga?

—No.

—Vale.

—Helena.

—Sí.

—Cuando salga, va a haber periodistas en tu portal. Y en el INE. Y en Trafalgar diecinueve con Aurora.

—Sí.

—Te conviene irte unos días. ¿A Bilbao? ¿O a algún sitio neutro?

—Lo pienso.

—Vale.

Mª Luisa se queda hasta las nueve. Cenamos turrón y manzanilla. Antes de irse me da un abrazo de seis segundos. No me había dado un abrazo hasta hoy.

A las nueve y media subo el portátil al cuarto de matrimonio. Lo abro. Busco el número de Pablo Méndez en mis contactos. Lo selecciono. Pongo el dedo encima del icono del SMS sin pulsar.

Lo bajo.

Pongo el portátil sobre la mesilla.

Saco la libreta del cajón. Abro la página del borrador. Anoto debajo en una línea separada:

Si llamo el lunes o el martes a Pablo por el retoque y le quedo el miércoles 11, lo tengo en mi salón un día antes que en casa de Margarita Salieri. Iglesias no podría parar la cita conmigo sin alertar a Pablo. Tendría que decir que sí porque me lo prometió él. Iglesias se enfadaría. Pero ya no podría hacer nada.

Subrayo *ya no podría hacer nada*.

Cierro la libreta. La guardo en el cajón izquierdo del escritorio bajo. Encima de las hojas dobladas. Encima del cromo de Bulbasaur.

Cinco días hasta el jueves doce.

Cuatro hasta el miércoles once si decido.

CAPÍTULO 26

He decidido

He decidido a las cuatro y dieciséis de la madrugada del lunes nueve de diciembre. Llevaba despierta veintidós horas seguidas. La libreta abierta en la página del borrador del SMS encima de la encimera de la cocina. El móvil al lado.

No mando el SMS todavía. La decisión es interior. Mandarlo es ejecución. La decisión es saber que voy a mandarlo. Después.

Subo. Me tumbo vestida. A las cinco menos diez me duermo. Duermo dos horas. A las siete suena el despertador.

A las nueve menos diez entro al INE. Almudena ya está con el termo y dos pastas. La rutina lleva tres semanas establecida.

—Helena.

—Almudena.

—¿Mejor del fin de semana?

—Igual.

—Vale.

Trabajo dos horas. A las once me llama Iglesias por el fijo del despacho.

—Helena.

—Iglesias.

—Resumen del fin de semana. Méndez sin novedad fuera de lo que ya sabes. El sábado fue al supermercado y a la panadería. El domingo no salió. Hoy lunes igual.

—Vale.

—Tres días hasta jueves.

—Tres.

—Por nuestra parte, Margarita Salieri estará protegida desde mañana. Cuatro agentes turnándose desde las seis de la mañana del martes. El jueves a las once intervenimos cuando él suba al rellano del tercero D. Limpio.

—Vale.

—Helena.

—Sí.

—¿Está usted lista?

—Voy.

—Por si acaso le digo: si pasa cualquier cosa entre hoy y el jueves, llama. Cualquier cosa.

—Vale.

—Le llamo el miércoles por la tarde con el operativo final.

Cuelga.

No le he mentido. Iglesias me ha preguntado si estoy lista. Le he dicho que voy. Es la verdad. Lo que no le he dicho es lo otro. Lo otro tampoco me lo ha preguntado. Por eso no se lo cuento.

Mi cerebro registra esto como omisión activa. Lo guardo.

A la una y media bajo a la cafetería. Asunción está. Me hace un gesto para que vaya a su mesa. Voy.

Comemos los dos sándwiches que ha pedido por mí. Hablamos del informe trimestral del INE de País Vasco que ha llegado esta mañana. Hablamos de Almudena, cuya hija mayor ha cumplido seis años el sábado. Hablamos del director de la sección, que se prejubila en abril.

A los dieciocho minutos Asunción deja el sándwich.

—Helena.

—Sí.

—¿Estás haciendo algo que no me estés contando?

—No.

Asunción me mira tres segundos. Después dice:

—Vale.

Sigue comiendo.

A las dos menos veinte subimos cada una al suyo.

A las cinco salgo del INE. Subo al piso. No paso por la esquina de Eloy Gonzalo. La he evitado toda la semana porque no quiero hoy. Llego a las seis menos cuarto a Sagasta 28.

Hago té. Manzanilla. Una bolsita. Una taza.

A las siete saco la libreta. Borrador del SMS. Lo releo cuatro veces. No cambio una palabra. Lo cierro. La libreta vuelve al cajón.

Ceno yogur con galletas. A las nueve me tumbo vestida. No duermo.

A las dos y veinte de la madrugada del martes diez bajo a la cocina. Bialetti. Café tres tazas. Lo de siempre.

A las cinco de la madrugada me siento al piano. Levanto la tapa por primera vez desde el miércoles trece de noviembre. La tapa de roble lacado pesa. La levanto despacio. Las teclas blancas y negras estaban como Inés las dejó el miércoles trece a las seis y diez de la tarde — el sexto Czerny terminado en re mayor, la mano izquierda apoyada en la mitad del teclado, la derecha tres compases más arriba.

Toco la *la* central. La 440.

Suena distinta a como sonaba el primero de octubre. Más baja. Casi un cuarto de tono. Es real. Pablo tenía razón el día que vino — con la calefacción del invierno, los pianos verticales necesitan retoque. La calefacción la pongo todos los inviernos a veinte grados desde el primero de noviembre. Cuarenta días seguidos. El piano ha bajado de afinación como cualquier piano vertical.

No es pretexto. Es dato.

Mi pretexto y el dato coinciden. Esto es operativamente correcto.

Cierro la tapa.

A las siete y media salgo al INE.

Trabajo la mañana del martes diez. Almudena me trae el termo de café. A media mañana voy al baño y desde el baño, sentada en la taza con el móvil en las dos manos, abro la conversación con Pablo Méndez. Pulso *escribir*.

Tecleo el borrador exacto que llevo en la libreta. Lo releo una vez.

A las once y cuarenta y siete del martes diez de diciembre pulso *enviar*.

Pablo, buenas tardes. He notado la la central del piano distinta a como sonaba el primero de octubre. Calcula que se ha bajado un cuarto de tono. ¿Tiene disponible alguna mañana esta semana para el retoque? Helena Aragüés.

Salgo del baño. Vuelvo al despacho. Trabajo media hora más sin mirar el móvil.

A las doce y siete saco el móvil otra vez. La conversación con Pablo no tiene respuesta. La cierro. La vuelvo a abrir a los cuatro minutos. Sigue sin respuesta. La cierro. Almudena no me mira pero sé que me oye sacar y meter el móvil del bolsillo. Almudena no pregunta. Lo guardo en el cajón del escritorio para no volverlo a sacar hasta que vibre.

A las doce y catorce vibra el móvil. Mensaje.

Helena, buenos días. Lo tengo libre mañana miércoles 11 a las once de la mañana o el viernes 13 a las nueve y media. Hoy y mañana mismo si fuera urgencia también. Dígame qué le viene mejor. Tarifa retoque 30 euros. Un saludo. Pablo Méndez.

Lo leo. Mañana miércoles 11 a las once. Lo había previsto. El viernes 13 no me sirve. Lo entiendo: Pablo está libre el miércoles porque el jueves doce a las once tiene la cita con Margarita Salieri Bernabé. Profesionalmente le encaja todo.

Contesto a las doce y treinta y dos.

Pablo, mañana miércoles 11 a las once me viene bien. Sagasta 28, segundo izquierda. Helena.

A las doce y treinta y siete contesta.

Vale, Helena. Mañana a las once. Pablo.

Cierro el chat. Pongo el móvil en el cajón superior de mi escritorio del INE. Trabajo dos horas más sin pensar mucho.

A las dos y cuarto bajo a comer. Asunción está, hoy con Almudena. Como con las dos. Hablamos de la prejubilación del director.

Comemos rápido. Subimos.

A las cinco salgo del INE. Antes de salir paso por el despacho de Asunción a despedirme. Asunción me mira tres segundos.

—Helena.

—Sí.

—Mañana, ¿vas a venir al INE?

—Sí.

—¿Por la mañana?

—Sí.

—Vale.

Sale.

Vuelvo a casa. A las seis y veinte estoy en Sagasta 28. Subo.

Empiezo los preparativos.

Limpio el piano por fuera con la bayeta de seda. La tapa, las molduras, las patas, la banqueta. Quince minutos.

Saco del cajón superior del aparador del comedor las partituras viejas de mi madre. Son ocho. Bach el clave bien temperado libro uno, Chopin nocturnos, Schumann escenas de niños, Debussy preludios, dos libros de Czerny escolares que mi madre usaba para enseñar, y dos cuadernos manuscritos con piezas anotadas a mano. Los pongo en una pila ordenada encima del aparador donde Pablo los va a ver al pasar al salón. Pretexto adicional: *si tiene tiempo, le pregunto sobre estas partituras de mi madre, quiero saber si valen algo o si las puedo dejar a alguna biblioteca*.

Compruebo el agua del grifo. Saco la cafetera Bialetti. La lleno de café Marcilla para cuando se lo ofrezca. Si Pablo dice que no, no se lo hago. Si dice que sí, lo hago en el momento.

Saco las dos tazas finas largas que reservo para visitas, las mismas que el primero de octubre. Las pongo boca arriba en el escurridor.

Compruebo el azúcar y la leche. Saco el azucarero. Saco la jarra pequeña de leche.

Saco la libreta azul. La pongo en el cajón izquierdo del escritorio bajo, donde está. La cierro con llave.

La llave la pongo encima del cajón izquierdo de la cocina, dentro de un cuenco pequeño con tornillos sueltos. Es un sitio donde nadie miraría.

Saco el iPhone del cargador. Lo pongo en silencio. Compruebo que la grabadora de voz funciona. Hago una prueba de cinco segundos. La reproduzco. Funciona. Borro la prueba. Dejo el móvil en la encimera de la cocina con la batería al cien por cien.

Compruebo las dos rutas de salida del piso. La puerta principal del recibidor, llave por dentro echada con la llave puesta. La salida de servicio del descansillo de la cocina, que cierra con cerrojo desde dentro. La de servicio no la uso casi nunca pero está. La cerradura la engrasé hace tres semanas con WD-40 sin saber por qué. Ahora lo sé.

A las nueve menos cuarto ceno yogur con galletas Príncipe. A las nueve me siento en el sofá del salón. Miro el piano. La tapa cerrada. La banqueta limpia. Las partituras en el aparador. Las dos tazas en el escurridor.

Repaso mentalmente lo que voy a decir cuando él llegue. *Pablo, ha venido por el retoque. Le he servido un café. Hablamos del piano y de mi madre.* Después la conversación se desviará. No tengo guion para esa parte. Calculo que si yo conduzco, Pablo me sigue. Si conduzco con cifras y datos, Pablo no se va a sorprender. Pablo conduce con cifras y datos. Es lo que va a entender.

A las nueve y media subo. Me pongo el pijama por primera vez en cuatro días. Me meto en la cama.

Cuento.

A los doce no estoy dormida. A los noventa tampoco. A los trescientos tampoco. Sigo contando hasta los novecientos. Después dejo de contar.

A la una y veinte de la madrugada del miércoles once de diciembre, llevo dos horas en la cama sin dormir. Bajo a la cocina. Hago té. Manzanilla. Una bolsita. Una taza.

Me la bebo de pie en la cocina mirando el patio interior. La ventana de Clara, la viuda con los dos canarios del cuarto de enfrente, está apagada como siempre a esta hora.

A las dos subo. Me tumbo. A las cuatro y media me quedo dormida durante una hora y veintidós minutos.

A las seis suena el despertador.

Me ducho. Me visto con jersey gris y vaqueros, ropa de andar por casa, lo que llevaría una clienta para abrir la puerta a un afinador.

A las nueve menos cuarto bajo al portal a por el pan. La panadería de la esquina con Sagasta. Pago tres euros. Subo.

A las nueve y media estoy sentada en la cocina con el café de la Bialetti delante. Tres tazas seguidas. La cuarta no me la hago porque no quiero estar demasiado despierta cuando llegue.

A las diez y veinte saco las dos tazas finas del escurridor. Las dejo en la encimera al lado de la cafetera.

A las diez y cuarenta abro la tapa del piano. La la 440 sigue baja un cuarto de tono. Bien. Pretexto real.

A las once menos diez me siento en el sofá del salón con un libro abierto en el regazo que no estoy leyendo. *Persianas* de Lara Moreno. La página doscientos doce.

A las once menos dos suena el telefonillo.

Levanto. Descuelgo el auricular.

—¿Sí?

—Helena, soy Pablo Méndez.

—Suba.

Le abro.

Cuelgo el auricular del telefonillo. Me quedo de pie en el recibidor. Cuento los catorce segundos que tarda el ascensor en llegar a la segunda planta. Después oigo las puertas del ascensor abrirse. Después tres pasos en el rellano.

Pablo Méndez Méndez toca el timbre de mi piso a las once en punto del miércoles once de diciembre de dos mil veinticuatro.

Abro la puerta.

CAPÍTULO 27

Las once en punto

Pablo Méndez está en el rellano. Lleva el abrigo gris paño de la última vez en el portal. Maletín de cuero marrón en la mano izquierda. Mochila gris al hombro. Camisa azul abrochada hasta el último botón debajo del abrigo abierto. Las llaves Schaff alemanas le hacen un ruido pequeño en el maletín cuando se mueve.

—Helena.

—Pablo. Pase.

Pasa. Le señalo el perchero del recibidor. Cuelga el abrigo. Deja la mochila al lado, en el suelo. Sale en camisa azul.

—¿Le quito los zapatos?

—Como prefiera.

Se los quita. Lleva calcetines grises de hilo, limpios. Los pone al lado de la mochila. Camina al salón en calcetines.

El piano está abierto. La tapa levantada desde las diez y cuarenta. Las dos tazas finas en el escurridor a la vista desde la cocina, no llevadas al salón todavía. Las partituras de mi madre en la pila sobre el aparador del comedor.

Pablo entra al salón. Va directo al piano. No mira otras cosas del salón. No mira el sofá. No mira la nevera de la cocina por la puerta corredera entornada. Su atención está donde tiene que estar.

—Buenos días, instrumento.

Lo dice bajo. No me lo dice a mí. Se lo dice al Kemble. Es la primera vez que oigo esa frase en mi piso. La primera vez la dijo el primero de octubre.

Saca el maletín. Lo abre encima del taburete pequeño que tengo al lado del piano. Las cuatro llaves Schaff. El paño de fieltro gris. El diapasón electrónico. El cuaderno pequeño donde apunta. Bolígrafo. Tres ganchos de tipo desconocido. Una llavecita de afinar de tamaño menor para clavijas finas.

—¿Toco la la?

—Sí.

Toca la la central. Cuatro veces. Escucha entre cada una. Coge el diapasón electrónico. Lo enciende. Lo pone en el atril. Toca la la otra vez. Mira la pantalla del diapasón.

—Ha bajado un cuarto. Como dijo usted en el SMS.

—Sí.

—Cuarenta centavos, para ser exactos. Ha bajado bastante para seis semanas.

—Vale.

—¿Le pongo a 440 plana? ¿O prefiere medio cuarto arriba por si el invierno sigue bajando?

—440 plana.

—Vale.

Empieza. La la primero. La gira con la llave Schaff mediana. Toca, ajusta, toca, ajusta. La cadencia que recuerdo del primero de octubre, esa cadencia deliberada que no es prisa ni pereza. Reconozco que el oído de Pablo no ha cambiado.

Me siento en el sofá del salón. El libro de Lara Moreno abierto en la página doscientos doce que está abierto desde antes de las once. Pablo me da la espalda mientras trabaja. Lo veo de tres cuartos.

Lo registro.

Pelo blanco peinado para atrás. Camisa azul. Cinturón de cuero negro con hebilla discreta. Los calcetines grises se le bajan tres centímetros del talón cuando se pone de puntillas para coger la la más alta del teclado.

A los doce minutos Pablo lleva la la, do, sol y mi central afinadas. Pasa a las octavas. Trabaja por octavas. La izquierda y la derecha.

—Helena.

—Sí.

—El piano se ha portado bien. Aguanta mejor que muchos verticales de su edad.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y tres. Mil novecientos noventa y uno, ¿no?

—Sí.

—Mi madre tenía uno parecido en casa.

—¿Sí?

—Un Yamaha de 1976. Más viejo. También aguantaba bien. Hasta el final.

—Vale.

Sigue trabajando. La conversación se interrumpe diecisiete minutos. Lo cuento. Pablo afina las octavas dos y cuatro, después las uno y cinco, después se mete con las terceras. Como el primero de octubre. La misma rutina exacta.

El paño de fieltro gris encima del piano. Las llaves Schaff colocadas en orden de uso. El diapasón electrónico encendido con la pantalla iluminada en verde. Pablo no mira el diapasón cuando afina las terceras — solo lo usa para confirmar la la 440 base. Las terceras las afina de oído puro. Lo registro. Es lo que diferencia a un afinador profesional de uno con curso.

Su mano izquierda sostiene la cuerda mientras la derecha gira la llave. Pulgar contra clavija. Una rotación pequeña. Suelta la cuerda. Toca la tecla. Escucha. Cinco segundos. Vuelve a girar. Suelta. Toca. Escucha. Cuatro segundos. Vuelve a girar. Toca. Escucha. Está plana.

Pasa a la siguiente.

Voy a la cocina. Lleno la Bialetti. La pongo al fuego mínimo. Saco las dos tazas finas. Las llevo a la encimera al lado del fuego. Si Pablo dice que sí al café, las uso. Si dice que no, las dejo.

Vuelvo al salón. Me siento.

A los veintiún minutos Pablo está en la zona de las cuerdas más graves. La tapa se ha quedado abierta del todo. Las clavijas a la vista. Las cuerdas tensadas. Los martillos de fieltro debajo.

—Helena.

—Sí.

—¿Le importa si le pregunto una cosa?

—No.

—La niña, ¿sigue con los Czerny?

Pausa de Pablo. Tres segundos. Pablo está esperando mi respuesta.

—Mi hija murió el catorce de noviembre.

Pablo Méndez se queda quieto. La llave Schaff a medio camino entre dos clavijas. La mano izquierda apoyada en una cuerda baja. Tres segundos. Cuatro. Cinco. Después baja la llave despacio al paño de fieltro gris.

Se gira hacia mí. Las dos rodillas apoyadas en el suelo, la espalda recta. Lo registro. Pablo no se levanta del todo, se queda en la posición de trabajo pero girado.

—Helena. Lo siento mucho. No lo sabía.

—Aurora se lo dijo.

—Aurora me dijo que se había muerto una alumna suya. No me dio nombres. Yo no he querido preguntar.

—Vale.

—¿Cómo?

—Atropello en la calle, esquina Sagasta-Eloy Gonzalo. El catorce a las dos y veinticinco de la tarde. Coche se dio a la fuga. Lo está investigando la policía.

—Madre mía.

Pablo no me suelta los ojos. Quince segundos. La luz de las once y veintitrés de la mañana del miércoles entra por la ventana del salón en una banda inclinada que cae justo encima del piano y le da en el lado izquierdo de la cara a Pablo. Tiene un ojo más claro que el otro a esta luz. El derecho. El izquierdo está en sombra. Lo registro.

—Helena, ¿quiere que pare? Vuelvo otro día.

—No. Termine.

—¿Está usted segura?

—Sí.

—¿Quiere que hable o quiere que esté callado?

—Hable de lo que estaba hablando. De su madre.

Pablo me mira otros cinco segundos. Después asiente.

—Vale.

Se gira al piano. Coge la llave. Vuelve al trabajo. Ajusta dos clavijas más. La cadencia es la misma de antes. Si la noticia le ha afectado, no se nota en sus manos. Lo registro.

A los cuatro minutos él reanuda.

—Mi madre tocaba el piano y me enseñó a oír. Le debo todo lo que sé.

Es la frase de la entrevista de El Afinador 2006 casi exacta. La he leído tantas veces que la tengo en la cabeza palabra por palabra. La oigo ahora en su boca y la diferencia entre lo escrito y lo hablado es de una sílaba. *Lo que sé* en lugar de *todo lo que sé*. Pequeña.

—¿Cuándo murió?

—2007. Cáncer. Tenía sesenta y ocho años.

—Vale.

—No tuvo dolores grandes. Eso es lo que pido por las personas que quiero.

—Sí.

—Murió escuchando un nocturno de Chopin. Ese le digo a los clientes en consulta. Hay quien lo cree y quien no.

—¿Por qué cree usted que algunos no lo creen?

—Porque suena demasiado a guion.

—¿Pero es verdad?

—Es verdad.

—Vale.

Pablo afina tres clavijas más sin hablar. La conversación se queda flotando. Lo dejo. Helena clienta normal no presiona. Espera.

—Helena.

—Sí.

—Su hija se llamaba Inés. Aurora me ha mencionado a una Inés en otras visitas. ¿Era ella?

—Sí.

—Inés tocaba bien.

—Sí.

—Cuando yo afiné este piano el primero de octubre, ella entró al salón cuando terminé y tocó la la central. Una vez. La escuchó. La tocó otra vez. Inés tenía el oído de quien va a ser pianista si decide ser pianista.

—Vale.

—Iba a serlo.

—Probablemente.

—Lamento que se haya muerto.

—Gracias.

Hace tres movimientos más con la llave Schaff. Después la baja al paño definitivamente.

—Listo, Helena. La la está plana. He hecho retoque de tercera completo, octavas confirmadas. El piano sigue siendo el mismo. Aguanta bien.

—Vale.

Cierra el maletín. Recoge las llaves. Recoge el diapasón. Recoge el cuaderno donde apunta. Cierra. Cuando todo está dentro, se levanta. Tarda un poco en levantarse — la rodilla derecha le hace un click pequeño al estirar la pierna.

—Listo.

—¿Cuánto le debo?

—Treinta.

Voy a la habitación. Saco treinta euros del cajón con llave del despacho. Tres billetes de diez. Vuelvo al salón. Se los entrego en mano. Pablo los cuenta sin mirarme, doblándolos en cuartos, y se los

guarda en el bolsillo interior izquierdo de la camisa. Me firma una factura como pagada. La fecha es 11 de diciembre de 2024.

—Helena.

—Sí.

—Si me permite una observación final sobre el piano.

—Sí.

—Inés lo tocaba mucho. Treinta minutos al día por lo menos, calculo, por las marcas de presión en las teclas centrales. Cuando lo afiné en octubre, las teclas tenían ese desgaste y un mes y medio después el desgaste sigue donde estaba, no ha avanzado. Eso me confirma que el piano no se está tocando desde noviembre.

—No se está tocando.

—Le sugiero, si quiere, que abra la tapa una vez al día. Que toque una nota. Que cierre. Eso mantiene los martillos vivos.

—Vale.

—Es una sugerencia profesional. Sin presión.

—Vale.

Pablo recoge el maletín y vuelve al recibidor. Coge la mochila del suelo. Se la cuelga al hombro. Coge el abrigo. Se lo pone. Va a la puerta.

Cuento dos segundos. Después digo:

—Pablo.

—Sí.

—Antes de que se vaya. ¿Le hago un café?

Pablo se gira hacia mí. La mano derecha en el pomo de la puerta. Me mira tres segundos. Cuatro. Cinco.

—Si me lo invita, sí. Gracias.

—Vale.

Pablo Méndez vuelve al recibidor. Cuelga el abrigo otra vez. Se sienta en la silla del banco para quitarse los zapatos otra vez. La

mochila se la deja puesta a un lado.

Voy a la cocina.

La Bialetti lleva calentándose despacio veintidós minutos. El agua ya empieza a subir. Lo oigo.

Saco las dos tazas finas. Las pongo en una bandeja pequeña. Saco el azucarero. La jarra pequeña de leche.

Pongo todo en la bandeja.

Espero a que termine de subir el café.

Pablo está en el salón otra vez. Se ha sentado en el sillón pequeño al lado del piano. La banqueta del piano queda libre. Es la primera vez que se sienta sin el piano delante.

La Bialetti termina de subir. Apago el fuego.

Sirvo dos tazas. Una para mí. Una para Pablo.

Cojo la bandeja con las dos manos.

Voy al salón.

CAPÍTULO 28

El cuaderno

Llevo la bandeja al salón. La pongo en la mesa baja de roble entre el sofá y el sillón pequeño. Pablo está sentado en el sillón, las manos abiertas sobre las rodillas, esperándome. Ha cogido del aparador una de las partituras de mi madre, el Schumann *Escenas de niños*, y la tiene encima del muslo izquierdo.

—Le he servido café. Si quiere leche o azúcar, está aquí.

—Solo, gracias.

Le paso su taza. Coge con las dos manos. Bebe un sorbo pequeño. Lo deja sobre la mesa.

Yo cojo la mía. Bebo. La pongo también en la mesa.

—¿Su madre tocaba Schumann?

—Mucho.

—Una pieza buena. Las *Escenas* son difíciles porque parecen fáciles. Es de los engaños que tiene el repertorio infantil.

—Sí.

—La partitura es antigua. Edición Henle de los setenta, supongo. Le doy ochenta euros si la quiere vender. Por si.

—No la vendo.

—Vale.

Pablo deja la partitura encima del aparador como la encontró. La coloca con la esquina inferior derecha alineada con el borde del mueble. Es un gesto profesional, de oficinista de los años setenta. Vuelve al sillón. Bebe otro sorbo de café.

El reloj del salón marca las once y treinta y dos. El piano abierto al fondo. La la 440 plana. El cuaderno *Afinaciones* cerrado en el cajón izquierdo del escritorio bajo, todavía sin sacarlo. Las dos tazas humeando.

—Pablo.

—Sí.

—¿Usted afina pianos en otras ciudades, fuera de Madrid?

—Madrid capital sobre todo. He hecho ruta de provincias durante muchos años. Lo dejé en 2021 ya casi del todo. Solo conservo dos o tres clientas que me piden venir una vez al año.

—¿Qué ciudades?

—Las que me cogen de paso. Estaba antes en Aragón, La Rioja, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Andalucía occidental, Galicia. Provincias completas, no capitales. Pueblos.

—¿Pontevedra?

Pablo me mira tres segundos antes de contestar. La taza de café entre las dos manos. La cucharilla todavía dentro. No se la ha sacado.

—Pontevedra sí. Bastantes años.

—¿Marín?

Pausa. Cuatro segundos.

En cuatro segundos pasan cosas. El reloj de pared del salón tic-tac dos veces. La calefacción del piso hace el ruido pequeño de descarga térmica que hace cada cuarenta minutos en noviembre y en diciembre, hoy doblemente. Pablo respira por la nariz, despacio. Saca la cucharilla del café. La pone en el platillo. Se limpia el pulgar con el otro dedo sin proponérselo.

—Marín una temporada. Tenía una clienta arquitecta paisajista. Era una buena pianista para no ser profesional. Se murió.

—Yolanda Estévez.

Pablo no contesta inmediatamente. Termina el sorbo de café que tenía empezado en la boca. Lo traga. Pone la taza en el platillo. Lo apoya en la mesa.

—Yolanda Estévez. Sí.

—¿Cuántos años trabajó usted con ella?

—Desde 2007 hasta 2021. Catorce años. Una vez al año.

—Murió en diciembre de 2021.

—Sí. Por un mal funcionamiento de la calefacción. Su hija pequeña Marisol me llamó al mes siguiente para decírmelo. Por cortesía.

Habíamos coincidido en algunas afinaciones cuando ella estaba en la casa.

—Sí. Lo sé.

Pablo me mira. Lo registro. La luz de las doce menos veinte de la mañana del miércoles entra por la ventana del salón en una banda inclinada que cae justo a su izquierda. La barba de tres días que Pablo no tiene porque va afeitado siempre. La sombra del pómulo. La camisa azul sigue intocada en los pliegues.

—Helena.

—Dígame.

—¿Cómo sabe usted lo de Marisol Estévez?

—Hablé con ella el dos de noviembre.

—¿Aquí en Madrid?

—No. En Marín. Fui en el Alvia.

Pablo se queda quieto en el sillón. Las dos manos abiertas sobre las rodillas. No se levanta. No cambia de postura. Solo está más quieto que antes. La diferencia entre la quietud profesional de antes y esta quietud es de medio centímetro de tensión en los hombros. Lo registro.

—Vale.

Me levanto.

Voy al escritorio bajo del salón. Cojo del cuenco de tornillos sueltos de la cocina la llave del cajón izquierdo. Abro. Saco el cuaderno *Afinaciones* de Yolanda Estévez, que tengo dentro de su funda original de hule verde. Lo dejo encerrado con llave desde el cuatro de noviembre.

Vuelvo al sofá. Pongo el cuaderno encima de la mesa baja, en el espacio entre las dos tazas. Lo abro. Lo paso por la primera página, la segunda, la tercera. Llego a la página dieciséis, que es la del año 2021, la última.

La pongo girada hacia Pablo.

Pablo mira el cuaderno.

Hay una pausa larga. Más larga que cualquier otra que haya habido en esta conversación. La cuento. Catorce segundos.

Pablo lo coge con la mano derecha. La cicatriz blanca le cruza el tendón del índice. Lo gira hacia él. Pasa las páginas con el pulgar. Para en la 2006 — la primera entrada. *Don Pablo, 5 de noviembre 2006, afinación profunda. Cien euros. Va a venir cada año.* Letra de Yolanda en bolígrafo Bic azul, ligeramente inclinada a la derecha. Pablo conoce esa letra. La conoce porque a su lado hay otra letra, en el margen inferior derecho, también en Bic azul pero más reciente: *2018 — don Pablo me dijo lo del mantenimiento de las clavijas tres veces. Lo apunto para acordarme.* Esa segunda letra es de Yolanda doce años después de la primera. La misma persona escribiendo. Distinto pulso.

Pasa a la 2017. *Don Pablo me dice que sube a ciento veinte. La primera subida en once años. Le digo que vale.*

Pasa a la última, 2021. *Don Pablo el 18 de noviembre, tres horas y catorce minutos esta vez. Le he pagado al cierre. Me ha dicho que la calefacción nueva del salón le preocupa para el piano. Le he dicho que es la primera invierno con la nueva.*

Pablo lee la entrada de 2021 dos veces. Lo cuento. La primera lectura le toma siete segundos. La segunda once. Mueve los labios sin sonido en la segunda.

Después cierra el cuaderno.

Lo deja encima de la mesa baja.

Me mira.

—Helena.

—Sí.

—Esto se lo llevó Marisol Estévez.

—Sí.

—Lo tenía Yolanda en el desván de su casa de Cangas. En una caja con sus revistas profesionales.

—Sí.

—Era el único cuaderno donde Yolanda apuntaba lo del piano.

—Sí.

—Marisol no se lo iba a quedar. Se lo iba a tirar cuando vaciaran la casa.

—No lo tiró.

—Vale.

Pablo coge la taza otra vez. Bebe el último sorbo de café. La pone en el platillo. La deja en la mesa.

Mira el cuaderno.

Mira la pared del fondo del salón donde está el piano abierto con la la 440 plana.

Mira la nevera de la cocina por la puerta corredera entornada, donde están dos dibujos de Inés con imanes.

Mira a mí.

Treinta y cuatro segundos. Los cuento.

El piso pesa de un modo distinto ahora. La calefacción descarga una vez. Un coche frena fuera por la cuesta de Sagasta. La nevera hace el ruido pequeño del motor que arranca y se apaga. Pablo lo oye también pero no parece registrarlo. Su atención está aquí, en la mesa baja, donde están las dos tazas de café vacías y el cuaderno de tapa verde de Yolanda Estévez.

Pablo se inclina dos centímetros hacia adelante. Las dos manos las pone abiertas sobre las rodillas otra vez, palmas hacia arriba esta vez. No las había puesto así antes en toda la mañana. Es un gesto que reconozco — lo he visto en los vídeos de psicología pericial que vi en julio cuando empecé a leer sobre comportamiento de sospechosos. El gesto de las palmas hacia arriba es el gesto que hace la gente cuando está a punto de decir algo verdadero.

—Helena.

—Sí.

—Dieciséis afinaciones anuales mías a Yolanda. Eso es lo que hay en ese cuaderno. Dieciséis líneas. ¿Por qué esto que tenemos aquí

encima de la mesa es importante?

—Porque dieciséis es un número exacto.

—¿Sí?

—Dieciséis es el número de mujeres profesionales con piano y casa propia que han muerto por accidente doméstico en España entre 1999 y 2021. Cinco comunidades autónomas. Profesoras, restauradoras, biólogas, arquitectas, pianistas, técnicas. Todas tenían piano. Todas habían sido afinadas por un afinador madrileño con apartado de Correos 14087.

Pablo no parpadea. Lo registro.

—Hay una decimoséptima. Carmela Otero Vilagarcía. Vilagarcía de Arousa, dos mil catorce. Incendio doméstico, expediente cerrado en seis semanas. Hija de un cardiólogo de Cangas, soltera, profesora de canto en una academia local. Su nombre estaba en la carpeta de la revista *Música Antigua* que Yolanda Estévez guardaba en el mismo desván, en una pestaña con las palabras *llamar para 2014* escritas por ella misma con su Bic azul.

—Vale.

—Hay un atropello en Madrid el catorce de noviembre. La víctima es una niña de ocho años. El coche es un BMW serie 3 antiguo gris oscuro. Matrícula 1234-JKL-S. Está a nombre de una mujer muerta desde 2007. Concepción Méndez Vázquez. El BMW estuvo aparcado en la plaza catorce del garaje de la calle Ribera de Curtidores veintitrés desde el catorce de noviembre a las quince y cuatro hasta el veintinueve de noviembre a las nueve y cuarenta, cuando lo sacó usted para ir al cementerio.

Pablo cierra los ojos dos segundos. Los abre. Me mira.

—Helena.

—Sí.

—¿Por qué me ha llamado hoy aquí?

—Porque le tengo que hablar.

—¿De qué quiere hablar?

—De su madre.

Pablo Méndez Méndez se queda quieto en el sillón pequeño del salón de Sagasta veintiocho segundo izquierda durante diecinueve segundos. Lo cuento. Mira el cuaderno. Después me mira a mí. Después mira el piano abierto al fondo. Después mira por la ventana al patio interior, donde se ve el cuadrado pequeño de cielo gris de las once y cuarenta y dos del miércoles once de diciembre.

Las manos las tiene abiertas sobre las rodillas. La derecha le tiembla muy poco. Es la mano que tiene la cicatriz blanca en el dorso, atravesando el tendón del índice. La cicatriz se le ve ahora con la luz que entra. La conté el trece de noviembre en el portal. Hoy la vuelvo a contar. Es del mismo largo. Un centímetro y medio. Profunda pero antigua.

Pablo respira por la nariz dos veces despacio. Su pecho sube y baja. La camisa azul sigue abrochada hasta el último botón.

Inclina la cabeza dos centímetros hacia adelante.

Abre la boca.

CAPÍTULO 29

Lo que mi madre decía sin decir

Pablo respira por la nariz dos veces. Pone las manos abiertas otra vez sobre las rodillas, palmas hacia arriba. Las dos rodillas juntas. La espalda recta. La camisa azul abrochada hasta el último botón.

Empieza.

Mi madre se llamaba Concepción Méndez Vázquez. Nació el ocho de enero de mil novecientos treinta y nueve en Madrid, en la calle del Amparo, número trece. Era hija de zapatero, tercera de cinco hermanos. Dos murieron antes de los tres años. Mi madre aprendió a tocar el piano a los once años porque una vecina viuda de la planta de arriba le enseñaba a cambio de que mi abuela le planchara la ropa cada lunes durante seis años. Mi madre tocaba ya bien a los quince. Iba a entrar al conservatorio en mil novecientos cincuenta y siete. No la dejaron entrar porque su padre dijo que las mujeres profesionales son las que se quedan sin marido. Mi madre se casó en mil novecientos sesenta y cinco con un hombre que no la merecía. A los dos años él la dejó embarazada y se fue a Alemania a trabajar y no volvió. Mi madre nunca lo volvió a ver.

Yo nací el ocho de julio de mil novecientos sesenta y ocho. Soy hijo único. Mi madre nunca volvió a casarse. Trabajó treinta años en la mercería Cándido de la calle Argumosa para sostenernos. Por las noches tocaba el piano que había comprado de segunda mano en mil novecientos sesenta y seis con su primer sueldo de ayudante. Era un Petrof vertical de los años cuarenta. Ya viejo cuando lo compró. Lo tuvimos hasta su muerte. Lo regalé a una academia de la calle Carretas que aún lo tiene en el sótano sin afinar.

Mi madre me enseñó a tocar a los cuatro años. A los seis ya tocaba pequeñas piezas de Bach. A los siete me llevaba a las casas de las pianistas con las que ella misma seguía tomando clases. Mujeres que no habían entrado al conservatorio por las mismas razones que ella o por otras parecidas. En esas casas yo aprendí cómo era una mujer profesional sin marido con un piano en casa. Aprendí también qué pasa cuando una mujer cree que su instrumento es solo suyo. Cuando piensa que las teclas son su propiedad privada y no patrimonio de su sangre.

—¿Su madre le decía a usted esto literalmente?

Pablo se queda en silencio veintidós segundos. Los cuento. La calefacción se descarga otra vez con su clic pequeño. La luz del salón ha cambiado dos grados con el sol entrando más arriba.

No con esas palabras. Mi madre decía las cosas con menos palabras. Lo decía con la mano. Lo decía con la espalda. Lo decía con el piano. Yo aprendí a leer lo que ella decía sin que dijera. Mi madre me rompió la mano izquierda dos veces antes de los nueve años, las dos veces porque me había equivocado al tocar una pieza. La cicatriz que usted vio en el portal de su edificio es del segundo episodio. Mil novecientos setenta y seis. Yo tenía ocho años. La primera vez no dejó marca visible.

—Vale.

Mi madre tampoco era una persona mala. Mi madre era una pianista que no llegó a serlo. Esa es otra cosa. Una pianista que no llegó a serlo tiene una composición interior particular que no se compara con nada. Yo la entendí desde pequeño. La entendí en la mano. La entendí en la espalda. La entendí en el piano.

—¿Cuándo afinó usted el piano por primera vez en una casa?

Mil novecientos noventa y dos. Tenía veinticuatro años. La clienta se llamaba Margarita Lafuente. Madrid, calle Velázquez ochenta y cuatro. Cincuenta y cuatro años. Soltera. Profesora del Conservatorio Superior. Tenía un Bösendorfer vertical de mil novecientos sesenta. Le afiné cuatro veces durante dos años. Después se mudó a Suiza por trabajo. Margarita Lafuente está viva todavía, vive en Ginebra, tiene ochenta y seis años, no le hice daño porque no me cumplía la otra condición.

—¿Cuál era la otra condición?

Que mi madre la viera.

Pablo bebe el último sorbo de su café. La taza la deja en el platillo con cuidado. Lo apoya en la mesa baja. Sigue.

Yo afino pianos. Hay clientas que entran y salen de la vida sin atención particular. Hay otras que mi madre, en el momento de afinar yo, identificaba como pertenecientes al grupo. La identificación no era explícita. La identificación era una sensación que mi madre tenía y que yo aprendí a tener también. Una mujer

profesional sola con piano que se cree que el piano es suyo y que la música es suya y que la vida es suya. Es una clase muy específica. No incluye a todas las solteras. No incluye a todas las que tocan piano. Incluye a las que han hecho de su autonomía un altar.

Mi madre vio a Margarita Lafuente en mil novecientos noventa y dos pero mi madre no la condenó porque Margarita Lafuente tocaba como una niña pequeña, sin orgullo. Tocaba sin creerse dueña de nada. Eso la salvó. Y por extensión la salvé yo también, porque yo no tengo iniciativa propia en esto. Yo trabajo de la identificación de mi madre. Yo no decido. Yo cumplo.

—Yolanda Estévez. ¿Qué la distinguía a ella?

Yolanda Estévez era el patrón. Yolanda Estévez se construyó una casa en Marín con sus manos. Yolanda Estévez no quería tener marido porque, según le dijo a una hermana, los maridos eran una pesadez. Yolanda Estévez tenía piano porque le gustaba el piano. Yolanda Estévez no le debía nada a nadie y se lo decía a quien le preguntara. Mi madre la vio en el dos mil siete, la primera vez que afiné yo el Bechstein, y supo. Yo también supe. Mi madre estaba enferma ya entonces. Cinco semanas después se murió.

—Su madre murió el doce de octubre de dos mil siete.

Mi madre murió el doce de octubre de dos mil siete a las cuatro y dieciséis de la mañana. Yo estaba al lado. La calle Embajadores cuarenta y siete tercero, el mismo piso donde sigo viviendo. Mi madre falleció escuchando un nocturno de Chopin. Lo dije esta mañana. Es verdad. Pero hay otra verdad al lado: mi madre murió sin haber terminado el trabajo que ella había empezado con la mirada. Me lo dejó a mí para terminar.

Yo no me considero un asesino. Considéreme lo que quiera. Lo que ha pasado en estos diecisiete años se llama deber. No venganza. Mi madre no era una mujer vengativa. Yo tampoco lo soy. Cada visita que hago a un piano de cada una de las que mi madre identificó es un servicio. El piano se afina y la clienta se afina. Lo del piano lo hago yo. Lo de la clienta lo hace la propia clienta cuando llega su hora. Yo no las mato. Yo las acompaño.

—Yolanda Estévez murió por monóxido de carbono. La caldera tenía un defecto. Usted estuvo en la casa diez días antes.

Yo no toqué la caldera. La caldera de Yolanda Estévez tenía un defecto desde mil novecientos noventa y ocho. Yolanda Estévez nunca la cambió porque era de las que pensaban que las calderas viejas duraban más que las nuevas. Yo lo único que hice fue afinar el piano y, una vez terminada la afinación, cuando ella salió a la cocina a hacerme café, comprobar que la rejilla de la chimenea de la caldera tenía dos hojas secas atravesadas que llevaban tiempo ahí. Las hojas las dejé donde estaban.

—Vale.

Las dieciséis tienen historias similares. No idénticas. Similares. Cada una de ellas tenía algo en su vida que estaba ya casi roto y que yo solo dejé de arreglar. Una caldera con defecto. Un suelo de azulejo de baño desgastado. Una mochila de setas que la clienta había recogido el día anterior sin ser experta. Un balcón con la barandilla suelta. Cada una de ellas se convencía de que no necesitaba a nadie y por eso no había nadie que comprobara las cosas pequeñas. Yo solo me limité a no avisar de lo que vi.

—¿Carmela Otero Vilagarcía?

Eléctrica. La instalación del salón estaba mal hecha desde una reforma del dos mil once que hizo un primo suyo electricista no profesional. El radiador eléctrico de su despacho estaba puesto encima de una alfombra de fibra sintética. Tres meses después de mi última afinación, en febrero de dos mil catorce, el radiador se incendió por la noche mientras Carmela dormía. Cerró la puerta del despacho al irse a la cama porque no quería que sus gatos entraran a estropear los papeles. Por eso no se dio cuenta a tiempo.

—Vale.

Pablo se queda en silencio cuarenta y dos segundos. La luz del salón sigue cambiando. La una menos cuarto. El reloj de pared lo confirma.

Yo no soy un hombre raro. Mire usted lo que mire en mi vida, encontrará la vida de un afinador madrileño de cincuenta y seis años. Trabajo. Pago impuestos. Como en mi casa. Cuido las plantas del patio interior. Visito a mi madre cuatro veces al año en el cementerio de la Almudena. La gente del barrio me saluda. Los porteros me dejan subir sin preguntar. Yo soy lo que se ve. Lo otro es lo que mi

madre me dejó como tarea pendiente y yo cumplo porque las tareas pendientes de las madres no se pueden ignorar.

Tres segundos. Después:

Le voy a decir una cosa más sobre su hija.

Espera. Lo cuento. Doce segundos.

La niña no formaba parte. La niña era el atajo. Yo no tenía ningún problema con su hija. Su hija tocaba el piano como una pianista pequeña y mi madre, si hubiera estado viva, habría dicho que era de las salvables. Pero usted estaba acercándose. Usted estaba acercándose por una vía que no había imaginado. Una estadística del INE peinando casos rurales que nadie había peinado nunca. Yo no podía dejar que usted llegara. La niña era la única manera de pararla a usted sin que usted supiera por qué la había parado. Si yo hubiera ido a usted, usted habría sido la decimoctava. Pero usted ya sospechaba. La niña era operativa. Le pido disculpas por la palabra pero es la palabra exacta.

Pablo me mira tres segundos.

Lo siento.

Yo no contesto.

Pablo se levanta despacio del sillón. La rodilla derecha le hace el click pequeño otra vez. Va al recibidor. Coge la mochila gris del suelo, donde la había dejado al volver a quitarse los zapatos. La trae al salón. La pone encima de la mesa baja, al lado del cuaderno *Afinaciones* de Yolanda Estévez y de las dos tazas vacías.

Abre la mochila. Saca un paquete pequeño de papel marrón atado con un cordel. Lo deja encima de la mesa.

He traído té, Helena. Hace dos meses pensé que sería un detalle apropiado para la visita de hoy. Es un té que mi madre tomaba todos los días de su vida después de cumplir los cincuenta. Caja de madera tallada en Vietnam, hojas sueltas. Lo compré el primero de octubre en La Tetería de Lavapiés. Si me deja, lo preparo yo.

Lo cuento. Tres segundos.

—Vale.

Pablo coge el paquete. Va a la cocina por la puerta corredera del salón.

CAPÍTULO 30

El té

Oigo a Pablo abrir el grifo de la cocina. Llena la tetera. La cierra. La pone al fuego. Saca dos cosas de la mochila que se llevó con él al ir — el paquete de hojas y una caja pequeña de madera tallada que no había visto antes. La oigo abrir el armario donde guardo las tazas. Coge dos. No son las finas largas. Coge las gruesas de diario, las del Mercadona.

Eso lo registro. Pablo no quiere las tazas de visita para esto.

A las doce y cuarenta y nueve abro el bolsillo derecho del jersey gris con la mano izquierda apoyada en el costado del sofá. Compruebo que el iPhone sigue ahí. Compruebo que la luz pequeña roja sigue encendida en la parte alta. Llevo grabando desde que Pablo tocó el timbre a las once en punto, una hora cuarenta y nueve minutos atrás. La memoria del móvil tiene capacidad de doce horas más. El email programado a Iglesias y a Mª Luisa se va a enviar automáticamente a las dos y media de la tarde con el archivo de audio adjuntado en cuanto llegue a esa hora si yo no lo cancelo antes.

Cierro el bolsillo. Vuelvo a poner la mano abierta en el muslo.

A las doce y cincuenta y siete Pablo vuelve al salón con una bandeja. Dos tazas gruesas humeantes. Una tetera pequeña metálica. Una cajita de madera tallada con flores rojas que reconozco como vietnamita o tibetana. Lo pone todo en la mesa baja, retirando el cuaderno *Afinaciones* a un lado para hacer sitio. Reparte las tazas — una para mí del lado del sofá, una para él del lado del sillón.

Se sienta. Coge la caja tallada.

Esto es Pu-erh madurado en mil novecientos noventa y siete. Mi madre lo descubrió en mil novecientos noventa y nueve por una vecina china de la calle Esgrima que regentaba un bazar pequeño. Mi madre lo tomó cada día desde entonces hasta el día que murió.

—Vale.

Pablo abre la caja. Saca una bolsita de papel impermeable atada con un hilo dorado. La sirve sobre el infusor de la tetera. Vierte el agua hirviendo.

Cinco minutos en reposo. Después se sirve.

Esperamos.

Pablo no me mira durante los cinco minutos. Mira la tetera. Mira el reloj de pared del salón. Mira el piano abierto. No mira el cuaderno. No mira el sillón pequeño donde se sentaba antes. Tiene las dos manos sobre las rodillas otra vez.

Los cinco minutos son largos. Lo cuento. Trescientos segundos. La calefacción descarga dos veces. Un coche pasa por Sagasta abajo con el motor mal calado. Una ambulancia cruza la calle de Eloy Gonzalo a lo lejos. El reloj de pared del salón tic-tac doscientas noventa y siete veces — me adelanto un poco con su ritmo, será que el reloj se atrasa medio segundo cada minuto y nunca lo había contado tan despacio.

Pablo respira por la nariz cada cuatro o cinco segundos. No por la boca. La respiración es regular.

A las trece y cuatro Pablo se levanta. Sirve las dos tazas. La mía la sirve hasta llenarla tres cuartos. La suya también. Devuelve la tetera a la bandeja.

Se sienta. Coge su taza. La trae a la altura de la boca. Sopla dos veces. Bebe un sorbo. Mediano. Lo traga. Lo guarda en la boca un segundo antes de tragar. Esto es un gesto profesional de catador que ha aprendido. Un gesto de afinador con instrumento musical, traducido al té.

—¿Y bien?

Está como mi madre lo dejaba.

—Vale.

Cojo mi taza. Sopla una vez. Llevo el borde a los labios. La temperatura es la justa para beber. Pablo ha esperado los cinco minutos exactos de reposo y se ha servido en el momento en que la temperatura es bebible. Es un afinador. Mide.

Bebo un sorbo. Mediano como el suyo.

El té tiene el sabor terroso y maderoso del Pu-erh madurado. No tiene sabor a nada químico ni medicamentoso.

Pablo bebe un segundo sorbo. Yo bebo otro.

A las trece y siete Pablo deja la taza en la bandeja. Cojo la mía y la dejo también. La mía ya está por la mitad.

Helena.

—Dígame.

He puesto cuarenta miligramos de Mirtazapina disueltos en su taza antes de servirla. Es lo que mi madre tomaba para dormir los últimos años de su vida. La caja sigue en su mesilla, intacta desde dos mil siete. La traje hoy en la mochila. Le di a su taza. La mía no la tocó.

Cuento dos segundos.

—Vale.

Le va a hacer efecto entre los siete y los doce minutos. No es doloroso. Es un sueño que cae despacio, en capas. Mi madre lo describía como bajar una escalera con los ojos cerrados.

—Vale.

Pablo me mira tres segundos.

¿Sabe usted lo que es Mirtazapina?

—Antidepresivo serotoninérgico de segunda generación. Sedante a dosis bajas. Letal a partir de seiscientos miligramos en adulto, menos en personas con peso reducido o con baja resistencia. Yo peso cincuenta y dos kilos a fecha de esta mañana. Llevo veintisiete días sin dormir más de tres horas seguidas. Llevo siete sin comer una comida completa. Cuarenta miligramos en esta condición probablemente me dejen inconsciente en siete u ocho minutos en lugar de doce. Y los efectos serán más profundos.

He hecho el cálculo, Helena.

—Vale.

Pablo bebe otro sorbo de su té. Mira el reloj.

Yo no le miro. Llevo a la boca el resto de mi taza. Bebo el resto de un trago largo. Cuatro o cinco segundos. La dejo en la bandeja vacía.

Pablo me mira tres segundos.

—Hasta luego, Pablo.

Hasta luego, Helena.

A las trece y diez empiezo a notar el peso en los párpados. La luz del salón se vuelve un grado más amarilla. El reloj de pared lo oigo con menos definición.

A las trece y once mis brazos pesan. Las piernas también. Estoy quieta en el sofá. Los pies apoyados en el suelo. Las manos abiertas en el regazo.

Pablo me observa. No me toca. Espera.

Yo cuento.

Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Mi cerebro empieza a soltar las cifras. Esto también lo registro. La parte que registra todavía funciona. La parte que cifra se está apagando.

Mi madre. Mi madre está enterrada en el patio veintidós, columbario cuarenta y siete, del cementerio de la Almudena.

Inés. Inés está enterrada en el patio veintidós, fila tres, número catorce.

Yo me voy al mismo patio.

Pablo se levanta del sillón. Camina hasta el sofá. Se agacha al lado mío. Mira si me he caído del todo. Todavía no. Estoy en el sofá despierta, despacio.

Helena.

—Sí.

Voy a colocarla en el sofá. Voy a poner la caja vacía de Mirtazapina de su madre, que se la traigo, en la mesa baja. Voy a abrir su libreta del cajón por la última página. Voy a apagar el ordenador. Voy a recoger las dos tazas y a lavarlas y a dejarlas en el escurridor con el infusor del té sin huellas mías. Las hojas del Pu-erh las tiro. La cajita tallada me la llevo conmigo. La encuentran a usted aquí entre las quince y dieciocho horas según mi cálculo, cuando Asunción o Aurora o Mª Luisa se preocupen y suban. Por las notas de su libreta y por su pérdida reciente y por el frasco de su madre, el caso se cierra

como suicidio en cuarenta y ocho horas. Lamento mucho lo de su hija. Le doy a usted la salida que mi madre habría dado a esto.

—Vale.

Pablo me ayuda a tumbarme en el sofá con la cabeza apoyada en el cojín. Me pone las dos manos encima del pecho cruzadas como las cruza la funeraria. Me quita los zapatos. Los pone al lado del sofá. Me pone una manta ligera del respaldo del sofá encima de las piernas. Es una manta de Inés. Decorada con pequeños unicornios.

Va al cajón izquierdo del escritorio bajo. Lo abre. La libreta azul está dentro con las hojas dobladas encima y el cromo de Bulbasaur. La coge. La abre por la última página. La pone encima de la mesa baja al lado de las dos tazas, abierta por la última anotación que es de anoche.

Va a la cocina. Lava las dos tazas con jabón Fairy. Las seca. Las pone en el escurridor.

Lava el infusor. Lo guarda.

Lava la tetera por dentro y por fuera.

Vuelve al salón. Recoge el cuaderno *Afinaciones* de Yolanda Estévez. Lo guarda en su mochila. Recoge la cajita tallada vietnamita. La guarda. Recoge las hojas sueltas que quedan del Pu-erh. Las guarda.

Saca de la mochila otra cosa pequeña. La pone encima de la mesa baja al lado de mi libreta abierta: una caja de Mirtazapina vacía, de las antiguas, con la receta de mi madre todavía pegada en una etiqueta amarillenta. Mil novecientos noventa y siete. Doctor Casado, médico de cabecera de la calle Bravo Murillo.

Se inclina sobre mí. Me mira tres segundos. Las dos manos cruzadas sobre las rodillas.

Adiós, Helena. Inés tocaba bien. Lamento mucho.

Recoge el maletín. La mochila. El abrigo del recibidor. Se pone los zapatos. Abre la puerta.

Sale.

Cierra la puerta detrás de él con suavidad. La oigo cerrar.

A las trece y dieciocho minutos del miércoles once de diciembre de dos mil veinticuatro.

La luz del salón sigue cambiando. La una y veintitrés.

Mi bolsillo derecho.

El iPhone.

La luz roja.

Doce horas de memoria.

Email programado a las catorce y media. Lo escribí anoche a la una de la madrugada en la cocina. Destinatarios: Iglesias y Mª Luisa. Asunto: *Si recibes esto soy yo*. Cuerpo: cuatro líneas con la dirección, la hora, el código de la puerta del portal, la indicación de que el audio está adjunto.

Iglesias.

Mª Luisa.

Audio adjunto.

Una hora y siete minutos por delante.

Pablo ahora baja por Sagasta con la mochila al hombro. Tiene la cajita tallada de Vietnam dentro. Tiene el cuaderno *Afinaciones* de Yolanda. Tiene su maletín de cuero marrón con las llaves Schaff. Mañana a las once toca el timbre del tercero D de Núñez Morgado quince. Iglesias está esperándolo en el rellano. Esa parte ya está hecha.

Mi parte también.

Inés en el patio veintidós fila tres número catorce.

Mi madre en el patio veintidós columbario cuarenta y siete.

Yo voy al patio veintidós.

El piano abierto al fondo del salón. La la 440 plana. La banqueta limpia. Pablo el primero de octubre la afinó en noventa minutos. Pablo el once de diciembre la retocó en veinticinco. Eso me suma dos horas con Pablo en mi salón. Es bastante para una clienta.

Mi mano derecha la siento todavía. Mi mano izquierda no.

La manta de unicornios de Inés en mis piernas.
Cierro los ojos.

CAPÍTULO 31

El email

El email entró a las dos y treinta y uno de la tarde del miércoles. Mª Luisa Etxeberria estaba en su despacho de El Confidencial, segunda planta del edificio de Velázquez 92, cerrando la última revisión de la pieza para el viernes. La pieza tenía cuatro mil ciento veintisiete palabras y todavía no llevaba título definitivo.

El móvil vibró. Mª Luisa miró la pantalla.

Helena Aragüés — Si recibes esto soy yo

Mª Luisa Etxeberria llevaba treinta y dos años en periodismo de investigación y no había recibido nunca un email con asunto así. Lo abrió.

Mª Luisa: Pablo Méndez Méndez está en mi piso desde las once de hoy. Está aquí porque yo lo llamé el martes 10. He grabado la conversación en el iPhone. Está adjunta. Si recibes este mensaje a la hora prevista (14:30) yo ya no estoy. Llama a Iglesias y subid los dos a Sagasta 28 segundo izquierda. Llave de repuesto debajo del felpudo. Pablo va mañana a las once a casa de Margarita Salieri Bernabé, Núñez Morgado 15 tercero D, Pacífico. Que Iglesias mantenga el plan. La pieza que estás escribiendo se publica el viernes. Helena.

Mª Luisa leyó dos veces. La tercera vez no leyó.

Cogió el bolso, el abrigo, el portátil. Salió del despacho sin decirle a su jefa adónde iba. Bajó las escaleras a pie porque el ascensor tarda. En la calle Velázquez levantó la mano para coger un taxi. El primero pasó. El segundo paró.

—Sagasta veintiocho. Rápido.

—Vale.

Mientras el taxi cogía la Castellana en dirección norte, Mª Luisa Etxeberria llamó a Iglesias.

—Iglesias.

—Soy Mª Luisa. Lee tu correo. Te he reenviado un email de Helena Aragüés con un audio adjunto. Ahora. Voy a Sagasta veintiocho en taxi. Encuéntrate conmigo allí.

—¿Está pasando lo que creo?

—Sí.

—Voy.

Mª Luisa colgó.

El taxista la miró por el retrovisor. No preguntó nada.

A las dos y cuarenta y siete Mª Luisa puso los auriculares y abrió el archivo de audio del email. Dos horas dieciocho minutos. Empezó a las once en punto. El primer sonido era un timbre de portal y la voz de Helena diciendo *suba*.

Mª Luisa avanzó hasta el minuto noventa y dos.

—Pablo, ¿usted afina pianos en otras ciudades, fuera de Madrid? —Madrid capital sobre todo. He hecho ruta de provincias durante muchos años…

Avanzó hasta el minuto ciento treinta y tres.

—La niña no formaba parte. La niña era el atajo.

Mª Luisa Etxeberria sacó los auriculares. Cerró el archivo. Cerró los ojos.

El taxi entró por Sagasta a las tres y dos.

Iglesias ya estaba en la puerta del 28 con dos agentes en ropa de calle. Mª Luisa se bajó. Iglesias llevaba el móvil en la mano y el auricular blanco metido en una oreja. Estaba escuchando lo mismo que ella.

—Mª Luisa.

—Iglesias.

—Sube.

Subieron los tres por la escalera. Mª Luisa cogió la llave de debajo del felpudo del segundo izquierda. Abrió la puerta. Entraron en el recibidor.

—Helena.

Silencio.

Iglesias pasó delante. Cruzó al salón.

Mª Luisa entró detrás. Vio el sofá. Vio a Helena tumbada con la manta de unicornios encima de las piernas, las manos cruzadas sobre el pecho como se cruzan las manos de los muertos en los tanatorios. La cara pálida. Los labios algo azules.

Iglesias se agachó. Le puso dos dedos en el cuello.

—Pulso. Débil. Está viva.

Sacó el móvil. Marcó.

—112. Aragüés. Calle Sagasta veintiocho segundo izquierda. Mujer cuarenta y tres años, intoxicación medicamentosa, Mirtazapina cuarenta miligramos en peso reducido tras semanas de ayuno parcial y privación de sueño. Pulso débil. Manden helicóptero o ambulancia rápida. Voy con ella al hospital.

Colgó.

Mª Luisa se acercó al sofá. Se sentó en el suelo al lado de Helena. Le cogió la mano izquierda con las dos suyas.

—Helena. Vamos a hacer lo que has pedido. Tú aguanta.

Helena no respondió.

Sobre la mesa baja, al lado de las dos tazas finas que Pablo Méndez había lavado y devuelto al escurridor, estaba la libreta azul de Helena abierta por la última página. Una caja antigua de Mirtazapina con receta del doctor Casado de mil novecientos noventa y siete a nombre de María Aragüés Iturmendi. La cajita estaba vacía.

Iglesias sacó el móvil de Helena del bolsillo del jersey gris.

La luz roja seguía encendida.

Iglesias paró la grabación. Sacó el chip de memoria con un clip que llevaba en la cartera. Lo guardó en una bolsa de plástico pequeña que también llevaba. Selló la bolsa.

—Esto es prueba ahora.

—Sí.

A las tres y dieciocho llegó la ambulancia. Dos enfermeros. La misma mujer de cuarenta años que había llevado a Inés el catorce de noviembre. Reconoció el portal. Reconoció a Mª Luisa. No dijo nada. Hizo su trabajo.

Bajaron a Helena en camilla. Mª Luisa subió con ellos. El hospital Niño Jesús estaba a doce minutos por sirena. Iglesias se quedó en el piso con uno de los agentes — el otro fue al hospital con ellos. Iglesias necesitaba precintar la escena por dos cosas: la investigación del crimen de Pablo y la operación de mañana con Margarita Salieri.

En el hospital la doctora Murguía estaba de guardia. Era la misma del catorce de noviembre. Reconoció a Mª Luisa. Reconoció el apellido Aragüés.

—¿Otra vez?

—La madre esta vez.

—Madre de Dios.

Helena entró a unidad de cuidados intensivos a las tres y cuarenta y dos. La intubaron a las tres y cincuenta y nueve.

A las seis y veinte la doctora Murguía salió a la sala de espera. Le habló a Mª Luisa.

—Mª Luisa.

—Sí.

—No conseguimos remontarla. La saturación cae. La hemos perfundido con flumazenil y hemos hecho lavado gástrico. Pero el organismo está demasiado debilitado. Llevaba semanas en déficit calórico y de sueño. La Mirtazapina en esa dosis a su peso era suficiente.

—Vale.

—Quiero decirle que no es por mala suerte ni mala respuesta. Es porque a esta hora del día no la podemos sacar.

—Sí.

—¿Quiere que le avise cuando ocurra?

—Sí. Voy a estar abajo en cafetería.

—Vale.

A las siete y cuarenta y dos del miércoles once de diciembre Helena Aragüés murió en la cama de cuidados intensivos del hospital del Niño Jesús de Madrid. La doctora Murguía salió a la cafetería y se lo dijo a Mª Luisa Etxeberria sentada en una mesa al fondo con un café que se había enfriado dos horas antes.

Mª Luisa Etxeberria asintió. No dijo nada durante un minuto y medio.

Después sacó el móvil. Llamó a Iglesias.

—Iglesias.

—Mª Luisa.

—Acaba de morir.

—Vale.

—Mañana sigue.

—Mañana sigue. ¿Quieres venir al portal de Margarita?

—Sí.

—Te paso ubicación.

—Vale.

—Mª Luisa.

—Dime.

—Has hecho lo que tenías que hacer. Helena hizo lo que tenía que hacer. Mañana va a salir bien.

—Sí.

Cuelga.

Mª Luisa se quedó en la cafetería otra hora. Después fue a llamar a Asunción Berrocal. Después llamó a Mario Etxeberria a Bilbao. Después llamó a Iñaki Etxeberria por separado, porque la conversación con Iñaki era distinta. Iñaki escuchó sin decir nada durante cuatro minutos. Cuando Mª Luisa terminó, Iñaki solo dijo:

—Gracias por llamarme.

—Helena hizo lo que tenía que hacer.

—Sí. Lo hizo.

—Iñaki.

—Sí.

—Iñaki, ¿usted lo sabía?

—Sabía que ella iba a hacer algo. No sabía qué. Pero por las palabras que ella me dejó pasar a mi hijo el lunes dieciocho de noviembre, supe que ella iba a hacer algo que le costaba la vida.

—¿Por qué no me dijo nada?

—Porque no era mi decisión decirla. Era de ella. Ella la tomó.

—Sí.

—Mª Luisa.

—Dime.

—¿Lo cogen mañana?

—Mañana.

—Vale.

Colgó.

A las once y media de la noche Mª Luisa volvió al piso de Sagasta 28 acompañada por uno de los agentes de Iglesias para recoger la libreta azul, las hojas dobladas del cajón izquierdo, los dos dibujos restantes de la nevera, y el cuaderno *Afinaciones* de Yolanda Estévez que no, eso lo llevaba Pablo en la mochila. Recogieron lo que estaba.

Asunción se reunió con Mª Luisa en la cocina del piso a las once y cincuenta y dos. Llevaba en la mano un sobre blanco grueso. Lo dejó encima de la encimera al lado de la libreta azul.

—Mª Luisa.

—Asunción.

—Esto Helena me lo dio a mí el lunes nueve por la mañana, fuera de la oficina, en la cafetería de Bravo Murillo. Me dijo que si pasaba algo lo abriera yo. Me dijo *Asunción, deja el archivo limpio y*

ordenado si pasa algo grave. Yo creía que era depresión normal de duelo. No lo abrí. Iba a abrirlo el lunes que viene.

—¿Qué hay?

—Copias de todo. La libreta entera. Las dieciséis fichas plastificadas. El cuaderno de Yolanda Estévez fotografiado página por página. Los SMS de Pablo. La grabación de la cita del once de noviembre con usted. Las notas del Cap… la página final con instrucciones para Pilar Iturmendi.

—¿Para Pilar?

—Sí. Helena me pidió que llamara a Pilar el viernes trece, antes de la pieza, para cancelar la visita del catorce y quince. Helena no quería que Pilar se enterara de lo de ella por la prensa.

—Yo la llamo.

—Vale. Helena dejó escrito qué cosas de Inés van a Bilbao y cuáles se quedan. Está en la carpeta dos del sobre. Pilar puede venir cuando esté lista. No el catorce.

Mª Luisa cogió el sobre. Lo metió en su bolso al lado de la libreta azul. Tres documentos juntos: la libreta, las hojas dobladas, el sobre de Asunción. La memoria operativa entera de Helena Aragüés.

El piso se cerró a las doce menos cuarto con la cinta amarilla de la policía pegada en el marco.

Mª Luisa fue al hotel donde llevaba durmiendo desde el lunes 9. Se duchó. Se acostó vestida.

No durmió.

A las cinco de la mañana del jueves doce de diciembre se levantó. Hizo café en la cafetera de la habitación. Empezó a reescribir la pieza para el viernes.

Tenía ahora cuatro mil novecientas treinta y dos palabras.

El primer titular cambió.

Quién mató a Inés Aragüés y por qué — la historia de la mujer que cazó al afinador de pianos antes de morir.

Lo guardó como borrador. Lo iba a aprobar a las seis de la tarde, una vez detenido Pablo. El viernes a las seis de la mañana saldría en portada.

A las ocho y veinte Mª Luisa salió del hotel. Cogió un taxi a Pacífico.

Iglesias estaba en una furgoneta blanca aparcada en doble fila en Núñez Morgado, treinta metros antes del número quince. Mª Luisa subió a la furgoneta. Dentro: Iglesias, dos agentes uniformados, una agente joven con auricular, una mujer de mediana edad con chaleco de Servicios Sociales que se quedaría con Margarita Salieri después de la detención.

—Mª Luisa.

—Iglesias.

—Margarita está arriba. Le hemos puesto agente en el descansillo desde las siete por si Pablo madrugaba. No ha madrugado. Está saliendo de Embajadores ahora — me lo está confirmando el equipo allí.

—Vale.

—Quince minutos.

—Vale.

Pablo Méndez Méndez salió del portal de Embajadores cuarenta y siete a las nueve y cuarenta de la mañana del jueves doce de diciembre. Llevaba el abrigo gris, la mochila gris, el maletín de cuero marrón. Andaba al ritmo de siempre. Subió a un taxi en la plaza Lavapiés.

Los agentes de Iglesias lo siguieron en dos coches.

El taxi llegó a Núñez Morgado a las diez y cincuenta y cuatro.

Pablo Méndez se bajó. Pagó. Cogió maletín y mochila. Caminó los cuarenta y dos pasos hasta el portal del número quince. Marcó al telefonillo.

Margarita Salieri Bernabé contestó.

—¿Sí?

—Margarita, buenos días. Soy Pablo Méndez.

—Suba.

Pablo subió al tercero D. En el rellano había una agente joven que se levantó cuando él salía del ascensor. Pablo no la registró como agente — pensó que era una vecina.

Pablo tocó el timbre del tercero D.

Margarita Salieri abrió la puerta.

En ese momento Iglesias y los dos agentes uniformados subieron las escaleras desde el segundo. La agente joven del rellano cogió a Pablo por el brazo izquierdo. Iglesias se le puso delante.

—Pablo Méndez Méndez. Queda usted detenido por homicidio reiterado de mujeres entre 1999 y 2021, por homicidio de la menor Inés Aragüés Etxeberria el catorce de noviembre de 2024, por homicidio de Helena Aragüés Iturmendi el once de diciembre de 2024, y por tentativa de homicidio premeditado contra Margarita Salieri Bernabé en este momento. Tiene derecho a guardar silencio. Tiene derecho a un abogado. Lo que diga puede ser usado en su contra.

Margarita Salieri se quedó en el umbral con la puerta abierta.

—¿Qué?

La mujer de Servicios Sociales subió las escaleras a la vez que esposaban a Pablo. Se acercó a Margarita.

—Margarita, soy Berta Fernández de la policía. Te acompaño dentro. Te lo explico todo allí. ¿Vale?

—Vale.

Pablo Méndez Méndez no opuso resistencia. No habló. Bajaron al portal entre los dos agentes uniformados.

Mª Luisa Etxeberria estaba esperándolo en la acera de enfrente. Pablo cruzó la calle con los agentes. Cuando pasó a tres metros de Mª Luisa la miró tres segundos. Mª Luisa también lo miró. Ninguno de los dos habló.

Pablo entró en el coche de Iglesias. Las puertas se cerraron.

El coche arrancó.

A las once y dieciocho de la mañana del jueves doce de diciembre, Mª Luisa Etxeberria cogió un taxi de vuelta a su despacho de El Confidencial.

A las once y cuarenta y dos abrió el borrador de la pieza. Tenía cuatro mil novecientas treinta y dos palabras. Le añadió el último párrafo.

Pablo Méndez Méndez, cincuenta y seis años, afinador de pianos, fue detenido a las once horas y cuatro minutos del jueves doce de diciembre de 2024 en el rellano del tercero D de la calle Núñez Morgado quince de Madrid. La detención fue posible gracias a un audio grabado el día anterior por Helena Aragüés Iturmendi, estadística del INE, en su piso de la calle Sagasta veintiocho. Helena Aragüés murió esa misma noche en el hospital del Niño Jesús sin haber recobrado la conciencia. Tenía cuarenta y tres años. Era la madre de Inés Aragüés Etxeberria, la niña de ocho años atropellada el catorce de noviembre cerca de su casa. El caso queda cerrado.

Mª Luisa Etxeberria releyó el último párrafo dos veces. Lo dejó como estaba.

A las seis de la tarde aprobó la pieza para portada.

El viernes trece de diciembre a las seis de la mañana El Confidencial publicó la pieza.

A las seis y dos de la mañana ya estaba en todas las pantallas de España.

EPÍLOGO

El patio

La planta tiene dieciocho hojas en julio. Diez en febrero. Es una *Tradescantia zebrina* con las hojas a rayas plateadas y moradas. La compró el funcionario Antonio en el Carrefour de Arganda hace catorce meses por dos euros veinte y se la pasó a Pablo Méndez la primera mañana de patio. La maceta es de barro cocido sin esmaltar, capacidad medio litro. Pablo la riega tres veces por semana con agua del grifo del lavabo. Cuando hace mucho calor la riega cuatro.

Es la única cosa viva en la celda 14 del módulo siete del Centro Penitenciario de Madrid V, Estremera.

Pablo sale al patio interior cuarenta y cinco minutos cada mañana entre las diez y media y las once y cuarto. El patio interior del módulo de aislados son ciento ochenta metros cuadrados de cemento con dos bancos de hormigón y una pared exterior alta con alambre de espino arriba. Hay cinco hombres a esa hora. Pablo no habla con ellos. Ellos no hablan con él. Pablo recorre el perímetro del patio interior. Cuarenta y dos pasos hacia un lado, cuarenta y dos hacia el otro. Cuenta. A los seis recorridos completos se sienta en el banco del extremo norte que es el que le da el sol cuando hay sol y la sombra cuando hace calor. Mira las grietas del cemento. Cuenta los pájaros si hay pájaros.

A las once y cuarto vuelve.

Su celda es cuatro y medio por dos y medio. Cama, mesa, váter, ducha pequeña. Estantería con catorce libros que ha ido pidiendo a la biblioteca del módulo. Los catorce son de mantenimiento de instrumentos musicales, pianos sobre todo. Algunos los tenía en su piso de Embajadores cuarenta y siete antes y los pidió a la biblioteca después porque a la prisión no le dejaron traer sus libros propios. Le dieron los que tenía la biblioteca disponibles. Pablo los lee y los relee. Los conoce.

Hoy es martes. Los martes el funcionario Antonio le trae el correo a las doce y veinte. Hoy hay una carta. Sobre blanco con membrete del bufete Sevilla Ortega Asociados.

Pablo se sienta en la cama. Abre el sobre con el dedo. Lee.

Estimado Sr. Méndez. Le confirmo que la Audiencia Provincial ha rechazado el último recurso de revisión presentado en marzo. El régimen de visitas familiares queda denegado en su caso al no constar familiares directos identificables. Como le comenté, la Trabajadora Social del centro me confirma que sin solicitud expresa por su parte no podemos avanzar. Si desea reactivar el contacto con alguno de sus clientes históricos que ha mostrado interés (la Sra. Aliaga de Sagasta 28 ha escrito al despacho dos veces preguntando si podría visitarle), debe darnos consentimiento por escrito. Un saludo. Carlos Sevilla.

Pablo dobla la carta en cuatro. La deja sobre la mesa.

La Sra. Aliaga vivía en el cuarto B de Sagasta veintiocho. Pablo le afinaba el piano desde dos mil cinco. Cincuenta y siete años, viuda, sin hijos, profesora jubilada del Liceo Francés. Tocaba bien Chopin. Mi madre no la había identificado. Por eso seguía viva.

Pablo coge el bolígrafo de la mesa. Coge una hoja del cuaderno. Escribe:

Sr. Sevilla: no autorizo visita de la Sra. Aliaga. Gracias por la información. P. Méndez.

Lo mete en un sobre. Lo cierra. Lo deja para el correo de mañana.

A la una y treinta come en la celda. Lentejas con chorizo. Pan con dos lonchas de fiambre. Una manzana. Yogur Hacendado de los que también daban en el Mercadona de Embajadores. Pablo se las come en quince minutos.

Después se tumba en la cama. No duerme. Llevaba toda su vida durmiendo cuatro o cinco horas y ahora le sale lo mismo. Mira el techo.

A las cuatro y media abre el segundo libro de la estantería. *La técnica del afinador profesional*, J. Vidal, Editorial Música y Mecánica, 1987. Lo leyó por última vez en mil novecientos noventa y dos cuando empezó a hacer rutas por su cuenta. Lo está releyendo despacio, dos páginas al día.

Sigue por la página ciento doce. Capítulo sobre la regulación del macillo en pianos verticales con teclado bajo. Lee tres páginas. Las marca con una raya de uña.

A las cinco y veinte se levanta. Coge la regadera pequeña. La llena del grifo del lavabo. Riega la *Tradescantia*. Doce mililitros. La planta los acepta.

La mira un minuto.

Mañana le toca el patio otra vez. Después del patio le toca pedir el libro nuevo a la biblioteca. *Reparación y mantenimiento del piano vertical*, Reblitz, Ediciones Yamaha, 1996, edición en español. Lleva tres meses pidiéndolo. La biblioteca dice que ya casi.

Pablo se sienta en la cama. Mira la planta.

Su madre se llamaba Concepción Méndez Vázquez y está enterrada en el patio treinta y nueve del cementerio de la Almudena. Pablo no ha vuelto al cementerio desde el veintinueve de noviembre de dos mil veinticuatro. La planta de la *Tradescantia* es su única forma de cuidar algo vivo desde entonces.

Su madre no le habría reprochado nada. Su madre habría entendido. Su madre habría dicho que cumplir cuesta. Su madre habría dicho que el silencio que se escucha desde aquí también es una forma de afinación.

Pablo no piensa esto con esas palabras. Pero lo piensa.

Hace una semana, durante la sesión mensual con la psicóloga del módulo, una mujer joven de unos treinta años llamada Reyes, ella le hizo una pregunta que él no contestó pero que ha estado dándole vueltas. La pregunta era sobre Helena Aragüés.

¿Usted piensa en ella?

Pablo le había contestado que no.

Pero a partir de esa sesión, durante el paseo del patio, Pablo cuenta cosas que antes no contaba. Cuenta los pelos blancos en el cuello del recluso del módulo siete que se sienta siempre en el banco sur. Cuenta los caracteres de la inscripción en el chaleco del funcionario que pasa a las once. Cuenta los segundos que tarda él en hacer los cuarenta y dos pasos cuando hace sol y cuando hace nubes.

Estos conteos no son suyos. Estos conteos son los de ella.

Helena Aragüés contaba todo. Helena Aragüés era la única persona que había conocido en su vida que entendía lo que él hacía en términos operativos. No le interesaba como otras le interesaban. Le interesaba como una iguala. Helena había mirado los datos y había llegado al patrón. Después había hecho con el patrón lo que el patrón pedía hacer. Había llamado a Pablo a su piso por la mañana del once de diciembre. Le había servido café. Le había puesto el cuaderno de Yolanda Estévez encima de la mesa. Le había escuchado.

Helena Aragüés había sido la primera mujer que le había escuchado en cincuenta y seis años sin tratar de cambiarle nada.

Pablo no diría esto en voz alta. No hay a quien decírselo.

Cuando murió, se llevó con ella la única persona que había entendido lo que él hacía. Mi madre lo entendía en cuanto a propósito. Helena Aragüés lo entendía en cuanto a procedimiento. Las dos eran distintas y las dos hacían falta. Mi madre no podía haber sido testigo del trabajo. Helena Aragüés sí lo había sido. Solo durante dos horas dieciocho minutos. Pero entera.

Pablo apaga la luz de la celda a las nueve y cuarto. Se acuesta vestido. Le baja la luz del corredor por la rendija de la puerta a los ojos.

Cuenta hasta los cuarenta y dos.

Después deja de contar.

Mañana en el patio cuarenta y cinco minutos otra vez. Después riega la planta. La planta es lo único que sigue.